

RICHARD STARK

A QUEMARROPA

UNA
AVENTURA
DE
PARKER



se

Parker era un profesional. Cada uno de sus trabajos era garantía de éxito. No importaba cuán difícil o peligroso pudiera ser: si conseguía reunir un buen equipo y los beneficios eran razonablemente elevados, no había banco o caja fuerte que se le resistiera. Incluso bajo las condiciones más desfavorables, su sangre fría y su falta de escrúpulos pasaban por encima de cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Por ello, cuando su mujer y sus socios creyeron que sería una buena idea traicionarle y huir con su último botín, cometieron sin saberlo el mayor error de sus vidas. Peor aún: cuando le dispararon a quemarropa para acabar con su vida, deberían haberse cerciorado de que, efectivamente, Parker jamás sería capaz de levantarse de nuevo para cumplir la más sangrienta y cruel de las venganzas.

A quemarropa, publicada por primera vez en 1962, no solo es una de las obras cumbre de Richard Stark (seudónimo de Donald E. Westlake), sino que ha acabado convirtiéndose en un título imprescindible de la literatura criminal norteamericana.



Richard Stark

A quemarropa

Parker - 1

ePub r1.4

Titivillus 04.06.2019

Título original: *The hunter*
Richard Stark, 1962
Traducción: María Teresa Segur

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



INTRODUCCIÓN

Yo tenía la edad adecuada en el momento adecuado para que la aparición de los libros Gold Medal ejerciera gran influencia sobre mí. Estaban integrados en el tipo de ficción conocido como novela; pero en realidad no lo eran —o eso parecía al principio—. Eran escuetos, desiguales y toscos, como un vehículo todo terreno. La mayor parte de las veces parecían poco más que cuentos cortos de 50 000 palabras; con preliminares, muchos personajes y mucha preparación del ambiente, de las emociones, escenas y relaciones, para terminar con un tiroteo en un pantano. Ésos libros de bolsillo con lomo amarillo tenían fuerza, como una roca, pero carecían de belleza; sin embargo, eran interesantes.

Y, o los libros mejoraron o mi sentido crítico empeoró. Empecé a distinguir de manera gradual las flores de este nuevo jardín, y a darme cuenta de que también aquí había gradaciones, desde lo muy bueno hasta lo muy muy malo. Una vez hube separado a los escritores de los chapuceros, todo fue bien.

En términos generales, no creo que los escritores sepan quiénes son: es una incapacidad —y una ventaja— que comparten con los actores. Y probablemente es mejor así. El conocimiento de uno mismo puede conducir a la falta de naturalidad, y en un escritor la falta de naturalidad sólo conduce a la parodia de uno mismo. O al silencio.

Mientras los actores reciben una interminable provisión de identidades sustitutivas por medio de los papeles que les corresponde interpretar, los escritores tienden a iniciar la búsqueda de la identidad entre sus predecesores. Todos nosotros hemos empezado imitando a los escritores que nos gustaba leer. Ésos escritores habían hecho unos mundos tan reales y atrayentes para nosotros que intentamos trasladarnos a ellos y vivir allí.

Gold Medal me dio a conocer a John D. MacDonald, Vin Packer, Chester Himes, David Goodis y a alguien mucho más importante: Peter Rabe. (Despídete de tu jefe y mátales [1956] de Rabe es uno de los mejores libros, con uno de los

peores títulos que he leído jamás). La moderada descripción de la violencia, resultante del modesto carácter de Rabe más que de una modesta experiencia (razón por la que Hammett no la dominaba y Chandler nunca pudo utilizarla con éxito), estaba reducida en estos libros a una precisión lacónica que yo sólo podía admirar desde lejos.

(Y sigo haciéndolo. No he llegado a conocer a Rabe, y aunque me habría encantado, no estoy seguro de que hubiera sido conveniente. ¿Qué le habría dicho yo? ¿Qué se habría sentido obligado a decirme el pobre hombre?).

Rabe no fue mi único maestro, ni extraje todos mis conocimientos de la novela policial. Uno de los primeros libros de Gold Medal, una bonita novela del Oeste de Clifton Adams titulada *Un malhechor peligroso* (1950), cuyo tratamiento de la violencia era igualmente conciso, reticente y casi reacio, me familiarizó con el personaje que intenta adaptarse a su forzada separación de la sociedad. Peter Rabe, novela tras novela, perfeccionó esa idea.

Descubrí que era escritor cuando tenía once años; el mundo tardó bastante más en llegar a la misma conclusión. Sin embargo, en 1960, con más de veinticinco años, era finalmente un escritor publicado (por Random House y algunas revistas), había abandonado mi último empleo estable, y avanzaba con pasos vacilantes por el sendero de mi vocación. Lo que quería hacer era reunir brazadas de palabras tal como reunía brazadas de bolas de nieve cuando era niño; todas ellas con una piedra en medio. Quería explicar, pero más que eso quería impresionar. Todos sabemos lo que se siente cuando el director del colegio te llama a su despacho; mientras iniciamos esa mentira laberíntica, mientras echamos a andar sobre esa fina capa de hielo, aterrados pero obligados a defender la propia persona por medio del engaño, recurrimos al detalle sugerente, la deducción significativa, la referencia aparentemente ingenua, las palabras de doble intención, esperando que la acumulación de técnica anule el hecho de que el director tiene las pruebas de nuestra culpabilidad y nosotros no tenemos en qué basar nuestra defensa. Es entonces cuando el uso de las palabras crea un nerviosismo, y era ese nerviosismo lo que yo quería recrear, tanto para mí como para mis lectores, en mi elección de las palabras, cada una de ellas con una piedra en medio. (Más tarde me enteré de que la comedia utiliza los mismos métodos por motivos incluso más deshonorosos, pero ahora estoy hablando de mis primeros años).

En 1962, estaba intentando escribir una novela en primera persona en la que no se describiese ninguna emoción; sólo quería relatar los efectos físicos

secundarios de la emoción, mientras diversos acontecimientos de alta tensión acosaban al narrador y a su entorno. Por fin terminé el libro y Random House lo publicó en tela como «361» (1962), pero cuando iba hacia la mitad me detuve una temporada, obsesionado por la idea de un libro que consideraba digno de ser un Gold Medal.

Esto es lo que yo quería, claro, tener dos editores para mi obra, uno para tela y otro para rústica. Me parecía muy profesional disponer de una segunda opción a la que recurrir. Aunque Random House me había publicado un par de libros, estaba muy lejos de poder ganarme holgadamente la vida como escritor y, por desgracia, ya sabía que el robo era una táctica de última instancia.

La idea del libro se me ocurrió de un modo muy trivial: atravesando a pie el puente George Washington.

Había ido a ver a un amigo que vivía unos cincuenta kilómetros al norte de Nueva York, y había tomado un autobús para regresar a la ciudad. Sin embargo, tomé el autobús equivocado, uno que terminaba en el lado del puente de Nueva Jersey en vez del lado de Nueva York (donde podía enlazar con el metro). Así que atravesé el puente a pie, sorprendido del viento que hacia allí cuando apenas soplaba en ningún otro sitio y de lo mucho que se estremecía y balanceaba aquel puente aparentemente sólido bajo los impulsos del viento y del tráfico. Los coches pasaban a gran velocidad, el puente vibraba bajo mis pies, había tensión en toda la atmósfera.

Mientras iba en el metro, fui desarrollando mentalmente el personaje adecuado para ese ambiente, cuya propia velocidad, solidez y tensión pudieran equipararse a las del puente. Pasé revista a todas las personas que conocía, pero él adquirió rápidamente su propia fisonomía y su propia forma de andar; le vi cierto parecido con Jack Palance y me pregunté: ¿Por qué atraviesa el puente a pie? No es porque se haya equivocado de autobús. Porque está dominado por el furor. No un furor ciego, sino un furor sereno. Porque hay ocasiones en que las herramientas no sirven, ni martillos ni coches ni pistolas ni teléfonos, ocasiones en que lo único que te satisface es el uso de tu propio cuerpo, y el áspero roce de tus propias manos.

Así que escribí el libro, sobre este hijo de perra llamado Parker, y en el curso de la historia no pude evitar que empezara a gustarme, porque era tan definido; nunca tendría que meditar lo que haría después. Él siempre lo sabía. Y el interrumpido experimento sobre la ausencia de emociones de aquella novela en tela escrita en primera persona era algo ligeramente distinto en este libro en

rústica escrito en tercera persona. Supongo que, hasta cierto punto, Parker me gustaba por lo que no me decía de sí mismo.

Me gustaba, pero le maté. Al fin y al cabo, era un rufián y mataba a gente, y yo quería que alguien publicara el libro. En 1962, la mentalidad de la oficina de Hayes seguía predominando en las artes populares; los malos acababan mal. Lo máximo que podían esperar era un castigo «irónico»: Así que al final del libro Parker era abatido por las balas de la policía.

Yo también fui abatido; Gold Medal rechazó el libro. Fue algo muy deprimente. No se me había ocurrido que Gold Medal no apreciaría el hecho de que yo hubiera escrito un libro Gold Medal. A fin de evitar problemas contractuales con Random House, que tenía una opción sobre mi próximo libro, incluso había firmado el manuscrito con un seudónimo de Gold Medal: Richard, por Richard Windmark en *El beso de la muerte* (1947), y Stark, porque quería un nombre/palabra que significara desguarnecido, sin adornos. En otras palabras, me acicalé, pero mi familia natural no me reconoció, así que no tenía ningún sitio adonde ir.

Afortunadamente, los agentes no son dados a la desesperación, y se hicieron más contactos, y finalmente un editor llamado Bucklyn Moon, de Pocket Books, me telefoneó y dijo: «Me gusta Parker. ¿Hay modo de que rehaga el libro para que Parker se escape, y después nos escriba dos o tres libros anuales acerca de él?».

Naturalmente, mi primera reacción fue de excitación, pero la segunda fue de preocupación, y la tercera de confusión. ¿Quería escribir una serie? Nunca había pensado realmente en hacer una, nunca me había considerado esa clase de escritor —cualquiera que fuese el sentido que yo le diera a eso—, pero la idea, una vez expuesta, era muy tentadora. Había dinero, claro, y el dinero siempre es un factor importante. El dinero es la red, el asidero. El dinero es gravedad. El dinero es lo único que nos impide caer en el negro vacío interestelar.

Pero también estaba Parker; el personaje en sí. Un problema para mí, cuando por primera vez me propuse hacer una serie, había sido siempre que mis personajes persistían en agotarse a sí mismos en el curso de la primera historia. Una vez habían resuelto sus problemas, rehabilitado su nombre, vencido a sus enemigos, conquistado a la chica y obtenido todo lo que querían como un héroe corriente, habiendo luchado hasta la palabra «Fin», se suponía que cada uno de ellos empezaba a llevar una vida normal para siempre.

Pero no fue así con Parker, que me proporcionó cantidad de historias desde

el mismo principio, y la verdad es que hasta el sexto libro de la serie no tuve que idear una trama que no procediera directamente de las semillas plantadas en *El cazador* (1962). (Quizá por eso el número seis sea el más mediocre de todo el grupo).

Como he dicho, Parker había salido o había sido formado en cierto modo por aquel experimento en la carencia de emociones de «361» y su costumbre de hacer en vez de reaccionar le ha convertido para mí en el personaje de serie ideal; como no me dirá lo que realmente quiere, nunca puede agotarse por un exceso de satisfacción.

No pretendo ser hiperbólico cuando sugiero que mi propia creación aún me resulta misteriosa en ciertos aspectos. Anoto sus actos, y sé cuándo lo que escribo está bien, pero no siempre puedo explicarlo, y aun menos a mí mismo. ¿Por qué espera Parker en habitaciones oscuras? ¿Por qué es tan sumamente leal sin mostrar jamás camaradería? ¿Para qué es el dinero?

Volviendo a la sugerencia de Buck Moon, titubeé durante un tiempo, inseguro de lo que podría encontrar más adelante por ese camino. Era muy consciente de los peligros inherentes a las segundas partes. Gran número de escritores han vuelto a un pozo y lo han hallado envenenado. (Se escribió la segunda parte de *Un malhechor peligroso*, esa novela del Oeste de Gold Medal, y fue tan mala que casi destruyó al original). Sin embargo, por fin, gracias a Parker, y también gracias al dinero —una motivación que Parker entendería—, y también gracias a la prueba implícita de mis habilidades —otro asentimiento de Parker—, dije a Buck Moon que lo intentaría.

El cambio en *El cazador* fue enormemente fácil. En seguida resultó evidente que mi primer final había sido erróneo, que Parker no se habría permitido un final tan malo. Cuando le dejé liberarse de aquellos policías, fue incluso más rápido y menos emocional que de costumbre; supongo que porque yo le observaba, y la vida estaba comenzando. La mirada que me dirigió por encima del hombro mientras salía por la puerta giratoria, no expresaba gratitud, pero por otra parte tampoco expresaba desprecio. No es un engreído.

Unos cuantos años después de su nacimiento, hablé de Parker con un director cinematográfico que quería hacer una película —al final abortada— sobre uno de los libros, y este director declaró que en realidad Parker era francés, ya que la diferencia entre los ladrones de ficción franceses y los ladrones de ficción americanos es que los franceses roban porque eso es lo que hacen, mientras que los americanos roban con el fin de conseguir dinero para la operación de su

sobrina tullida. Los rufianes de lengua inglesa —aparte de Yago— tienen que ser explicados, mientras que los rufianes de lengua francesa son existenciales.

Se trataba de una distinción interesante, pero en aquel tiempo yo la consideré mínima, y sigo considerándola así, ya que en todos los demás aspectos Parker es tan americano como Dillinger. De hecho, creo que puede haber aparecido de vez en cuando en el pasado, en historias bélicas, policiales e incluso del Oeste, un individuo silencioso y moralmente neutral apenas visible en un Oscuro rincón del decorado, que súbita e inexplicablemente ayuda al héroe a salir de una situación apurada, y después vuelve a desvanecerse lacónicamente en las sombras, sin pedir o dar ninguna explicación. Naturalmente, eso era un falso romanticismo; sería necesario más que un héroe en apuros para impulsarle a prestar su ayuda. Pero los escritores sabían que estaba allí, escondido, y querían utilizarle de algún modo. Yo también, pero sin poner en un aprieto a ninguno de los dos.

Donald E. Westlake
Ciudad de Nueva York

Las oficinistas le miraban y se estremecían. Sabían que era un granuja, sabían que sus manos habían sido hechas para abofetear, sabían que su rostro jamás se iluminaría con una sonrisa al mirar a una mujer. Sabían lo que era, daban gracias a Dios por tener un buen marido, y no obstante se estremecían. Porque sabían cómo caería, de noche, sobre una mujer. Como un árbol.

Los oficinistas le rebasaban, asidos al volante de su automóvil, y apenas se fijaban en él. Un simple vagabundo que andaba por el puente. Ni siquiera tenía coche. Unos cuantos le vieron y se acordaron de si mismos antes de «llegar», cuando ellos no tenían coche. Creyeron identificarse con él. Creyeron que era lo mismo.

Parker atravesó el puente y giró a la derecha. Recorrió una manzana en esa dirección hacia la entrada del metro. Frente a él se extendían la calzada y las aceras, los grises edificios de apartamentos y los semáforos que pasaban del rojo al verde y del verde al rojo en todos los cruces. Y mucha gente, en movimiento.

Bajó los escalones que conducían al metro. El sol primaveral desapareció y su luz fue sustituida por tubos fluorescentes sujetos a paredes de azulejos blancos. Se acercó al mapa de la red de ferrocarriles subterráneos y se detuvo ante él, rascándose el codo y sin mirar el mapa. Sabía adónde quería ir.

El tren con destino al centro llegó en aquel momento, ya abarrotado, y las puertas se abrieron. Más gente se introdujo a empujones en él. Parker se volvió, abrió la puerta que ostentaba un «SE PROHÍBE LA ENTRADA» y la traspuso. A su espalda alguien gritó: «¡Eh, oiga!». Más allá, las puertas del tren metropolitano empezaban a cerrarse. Dio un salto, se abalanzó sobre la gente que viajaba en el vagón, y las puertas se cerraron tras él.

Fue hasta el centro, bajó en Chambees y se dirigió a la Delegación de Tráfico de Worth. Por el camino, pidió una moneda de diez centavos a un marica de caderas anchas y a todas luces postizas, y se detuvo en una sucia cafetería para tomar un café. Gorreó un cigarrillo a la camarera de la barra. Era un Marlboro. Arrancó el filtro, lo tiró al suelo y se colocó el cigarrillo entre los labios exangües. Ella se lo encendió, inclinándose hacia él con el pecho sobre la barra, como un ofrecimiento. Él se dejó encender el cigarrillo, hizo una inclinación de cabeza, echó la moneda de diez centavos sobre el mostrador y se marchó sin una palabra. Ella le siguió con la mirada, roja de furor, y arrojó la moneda a la basura. Media hora después, cuando la otra chica le dijo algo, la llamó perra.

Parker siguió hasta la Delegación de Tráfico y permaneció de pie ante la larga mesa de madera mientras rellenaba un impreso de carnet de conducir con una de las anticuadas plumas de mango. Secó el impreso con un secante, lo dobló cuidadosamente y lo metió en su cartera, que era de cuero marrón y estaba completamente vacía.

Salió de la delegación y fue a la oficina de correos, administrada por el gobierno federal, donde había bolígrafos. Extrajo la licencia y se encorvó sobre ella, rellenando con pequeños y rápidos trazos el espacio reservado para el timbre estatal. La tinta del bolígrafo era casi del mismo color, y Parker recordaba el timbre con claridad.

Cuando hubo terminado, parecía auténtico para cualquiera que no lo inspeccionara demasiado. Parecía como si el sello de goma no hubiese sido bien entintado o lo hubieran movido al apretarlo sobre el papel, o algo por el estilo. Emborronó aún más la tinta húmeda con el dedo, se lamió el dedo para limpiarlo y volvió a meter la licencia en la cartera. Después estrujó y dobló la cartera antes de guardarla nuevamente en el bolsillo de la cadera.

Fue andando hasta Canal Street y entró en un bar. El interior estaba oscuro y hacía frío. El camarero y el único parroquiano dejaron de mascullar al final de la barra y le miraron con expresión parecida a la de un pez en una pecera.

Pasó junto a ellos, sin hacerles caso, y empujó la puerta que conducía al lavabo de caballeros. Se cerró de golpe tras él.

Se lavó la cara y las manos con agua fría y sin jabón, porque no había agua caliente y no había jabón. Se humedeció el cabello y se lo peinó con los dedos hasta que le pareció bien. Se pasó la palma de la mano por la mandíbula y notó las púas de una barba incipiente, pero aún no se veía demasiado. Extrajo la corbata del bolsillo interior de la chaqueta, la alisó con los dedos, para eliminar las arrugas, y se la puso. Las arrugas seguían notándose. Llevaba un imperdible sujeto al forro de la americana. Lo cogió y prendió la corbata a la camisa, donde el imperdible no se viera. Estirada de este modo y con la chaqueta abrochada, no quedaba mal. Y tampoco se veía que la camisa estaba sucia.

Volvió a mojarse los dedos en el lavabo, y formó algo parecido a un doblez en las perneras de los pantalones, que resiguió varias veces hasta lograr una raya bastante aceptable. Después se miró en el espejo.

No tenía el aspecto de un Rockefeller, pero tampoco el de un vagabundo. Parecía un trabajador que hubiera pasado muchas horas sentado. No estaba mal. Tendría que conformarse.

Sacó por última vez el permiso de conducir y lo tiró al suelo. Se agachó junto a él y lo frotó contra el piso hasta que estuvo razonablemente sucio. Después lo estrujó un poco más, limpió el exceso de suciedad y lo metió en la cartera. Volvió a enjuagarse las manos y se dispuso a salir.

El camarero y su parroquiano dejaron de mascullar nuevamente cuando pasó, pero él se fijó.

Salió al exterior y se dirigió hacia el oeste, en busca del banco apropiado. Necesitaba un banco que tuviera muchos clientes del tipo que él remedaba.

Cuando encontró el que quería, se detuvo unos segundos y se concentró en variar la expresión de su cara. Dejó de parecer indigno y dejó de parecer malhumorado. Siguió esforzándose y cuando estuvo seguro de parecer preocupado entró en el banco. A su izquierda había cuatro mesas, dos de ellas ocupadas por hombres de mediana edad con trajes de color y corte discretos. Uno de ellos hablaba con una anciana que no conseguía hacerse entender en inglés. Parker se dirigió al otro y añadió una sonrisa a la expresión preocupada.

—Hola —dijo con un tono de voz más suave de lo habitual—. Tengo un problema y quizá pueda usted ayudarme. He perdido el talonario y no recuerdo mi número de cuenta.

—Eso no es ningún problema —contestó el hombre con una sonrisa profesional—. Si me da su nombre...

—Edward Johnson —dijo Parker, dándole el nombre que había escrito en la licencia. Extrajo su cartera—. Tengo un documento de identidad. Tome.

Le alargó el permiso de conducción.

El hombre le miró, asintió y se lo devolvió.

—Perfectamente —aprobó—. ¿Era una cuenta corriente?

—Así es.

—Un momento, por favor. —Descolgó el teléfono, habló un minuto y esperó, sonriendo con expresión tranquilizadora a Parker. Después habló de nuevo unos segundos y pareció desconcertado. Tapó el micro del teléfono con la mano y dijo a Parker—: Aquí no tenemos ficha de su cuenta. ¿Está seguro de que es una cuenta corriente? ¿No será una cuenta de ahorros?

—Compruébelo —dijo Parker.

El hombre siguió pareciendo desconcertado. Habló por teléfono unos momentos y después colgó, con el ceño fruncido.

—No tenemos ni una sola cuenta a ese nombre.

Parker se levantó. Sonrió y se encogió de hombros.

—Así son las cosas —dijo.

Salió y el hombre de la mesa se quedó mirándole, con el ceño fruncido.

En el cuarto banco donde probó, Edward Johnson tenía una cuenta corriente. Parker obtuvo el número de la cuenta y el saldo actual, así como un nuevo talonario para reemplazar al que había perdido. Edward Johnson sólo tenía seiscientos dólares y pico en su cuenta y Parker se compadeció de él.

Salió del banco, entró en una tienda de ropa masculina y compró un traje y una camisa, calcetines y zapatos. Pagó con un talón. El dependiente comparó su firma con la del carnet de conducir, y llamó al banco para averiguar si tenía bastante dinero en la cuenta para cubrir el talón. Así era.

Llevó los paquetes a la estación Greyhound de la calle 34, y fue al lavabo de caballeros. No tenía ninguna moneda de cinco centavos para abrir la puerta de un retrete, de modo que entró arrastrándose bajo ella, tras empujar los paquetes hacia el interior. Se puso las prendas nuevas, guardó la cartera en uno de los bolsillos y dejó la ropa vieja junto al retrete.

Anduvo hacia el norte hasta que llegó a una tienda de artículos de piel. Compró un juego de cuatro maletas por valor de ciento cincuenta dólares. Enseñó el permiso de conducir para identificarse, y ni siquiera llamaron al banco. Acarreó las maletas a lo largo de dos manzanas, y entonces obtuvo treinta y cinco dólares por ellas en una casa de empeños. Atravesó la ciudad y lo hizo dos veces más, de una tienda de maletas a una casa de empeños y consiguió otros ochenta dólares.

Tomó un taxi hasta la calle 96 y Broadway, y trabajó un rato en Broadway, esta vez comprando relojes y empeñándolos. Después fue a la avenida Lexington, hacia el centro de la ciudad, y siguió la misma técnica. En total llamaron cuatro veces al banco para preguntar si tenía bastante dinero en su cuenta. Ni una sola vez pusieron en duda la validez de su permiso de conducir como identificación.

Alrededor de las tres, había reunido algo más de ochocientos dólares. Utilizó otro talón para comprar una maleta de tamaño mediano y excelente calidad y después pasó media hora de compras, pagando en efectivo.

Compró una navaja de afeitar, espuma y loción, un cepillo de dientes y pasta, calcetines y ropa interior, dos camisas blancas, tres corbatas, un cartón de cigarrillos, una botella de vodka de cincuenta grados, un peine y un juego de cepillos, y una cartera nueva. Todo, excepto la cartera, fue a parar a la maleta.

Cuando la maleta estuvo llena, dejó de comprar y comió un bistec en un

buen restaurante. Dio poca propina e hizo caso omiso de la rencorosa mirada del camarero al marcharse con la maleta. Tomó un taxi hasta un hotel de tipo medio, donde dieron crédito a su carnet de conducir y no le hicieron pagar por adelantado. Obtuvo una habitación con baño y dio una propina excesiva al botones.

Se quitó la ropa nueva y tomó un baño. Su cuerpo era fuerte y musculoso, y estaba cubierto de cicatrices. Después del baño, se sentó desnudo en la cama y bebió lentamente el vodka de la botella, sonriendo a la pared opuesta. Cuando la botella estaba vacía, la tiró a la papelera y se quedó dormido.

Parker cerró la puerta tras sí, y esperó a que la mujer se levantara del suelo. Ella alzó los ojos hacia él; su rostro palideció intensamente, y sobre esta palidez apareció una marca roja donde él le había pegado.

Susurró su nombre y él dijo: «Levántate. Tápate». Parecía asqueado. La muchacha no llevaba nada bajo la bata azul, y al caerse, la bata se le había abierto desde la cintura. Tenía el vientre blanco, pero sus piernas estaban bronceadas.

—Me matarás —dijo ella.

Su voz carecía totalmente de energía. Tenía el inexpresivo acento del miedo sin esperanzas.

—Quizá no —repuso él—. Levántate. Haz café. —Le dio un puntapié en el tobillo—. Muévete.

Ella se arrastró hacia atrás, después dio media vuelta sobre sí misma, con el rubio cabello ocultándole la cara, y consiguió ponerse en pie.

En un momento dado, se quedó inclinada, de espaldas a él, apoyada sobre las palmas y las rodillas en el suelo. La miró y sintió un repentino deseo físico, como un cuchillo clavado en la parte baja del abdomen. Se agachó y le dio una palmada en el trasero. No le sirvió de nada.

La contempló. Ella se enderezó, siempre de espaldas a él, se abrochó la bata y después atravesó el apartamento en dirección a la cocina. Él la siguió.

Era un apartamento caro en un edificio caro de una manzana cara, en la zona de las calles Sesenta Este. La puerta de entrada daba paso a un vestíbulo, con un espejo y una mesa, un armario empotrado y una alfombra oriental. A la izquierda, dos peldaños conducían al salón, entre macetas de plantas. Había más plantas a lo largo de las paredes. Se veían otros muebles, pero los principales eran una mesa negra alargada y un sofá blanco.

En la pared de la derecha, una puerta doble de cristales emplomados daba al

comedor. De los pocos comedores que quedaban en Manhattan, éste era uno de los últimos. Estaba decorado como un comedor tradicional, con la mesa y las sillas de madera, los aparadores con puertas de cristal y estantes llenos de vasos, copas de coñac y jarras de cerveza, e incluso la lámpara de bombillas amarillas que colgaba sobre la mesa.

A la derecha del comedor estaba la cocina, con una puerta giratoria. Ella la empujó, y Parker entró tras ella. Se sentó a la mesa y miró el reloj de esfera blanca y manecillas negras que había en la pared blanca. Casi las cinco y media. La ventana de la cocina no dejaba ver más que oscuridad, pero amanecería al poco rato.

La joven abrió la puerta de un armario y bajó una cafetera eléctrica. Tuvo que buscar el cordón. Su cara era inexpresiva, sus movimientos ni lentos ni rápidos; pero evitó cuidadosamente mirarle, y cuando encontró el cordón se le cayó al suelo.

Al agacharse para recogerlo, le dejó ver sus senos. Eran blancos, como su vientre, turgentes, con la punta rosada, de aspecto suave. Ella ni siquiera se dio cuenta. Temía por su vida. No pensaba en su cuerpo.

Mientras se hacía el café, permaneció con la vista fija en la cafetera. El tuvo que avisarla cuándo estuvo hecho.

Cogió una taza. Él ordenó que sacara dos y ella así lo hizo, sirvió el café y se sentó frente a él sin mirarle.

—Lynn —dijo él.

Su voz era ronca, pero suave.

Ella alzó los ojos, como si unas poleas levantaran sus párpados. Le miró.

—Tuve que hacerlo —murmuró.

Él preguntó:

—¿Dónde está Mal?

Ella meneó la cabeza.

—Se fue.

—¿Adónde?

—No lo sé. Te lo juro.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses.

Él tomó un sorbo de café. Era más fuerte de lo que hubiera querido, pero no importaba. No debía haber venido.

A las cuatro de la madrugada, en el hotel, se despertó súbitamente. Los

efectos del vodka aún no se habían desvanecido. Y vino directamente aquí.

Se alegró de que Mal se hubiera marchado. Cuando se encontrase con Mal, no quería estar bajo los efectos del vodka:

Encendió un cigarrillo, y tomó más café. Preguntó:

—¿Quién paga el alquiler?

—Mal —dijo ella.

Él se levantó sin una palabra, y traspuso rápidamente la puerta que llevaba al comedor. Miró hacia la izquierda, a través de las puertas de cristal que daban paso al salón; después se dirigió hacia la derecha y abrió la otra puerta de un empujón. Metió rápidamente la mano y encendió la luz.

El dormitorio estaba vacío. Lo atravesó y registró el cuarto de baño, que también estaba vacío.

De nuevo en el dormitorio, vio a Lynn en el umbral, mirándole. Abrió el armario. Vestidos, blusas, jerseys. Zapatos de mujer en el suelo. Se acercó al tocador y echó una rápida ojeada a los cajones. Sólo objetos femeninos.

Meneó la cabeza. La miró, contemplándole todavía desde el umbral.

—¿Vives sola?

Ella asintió.

—¿Y Mal paga el alquiler?

—Sí.

—Muy bien. Volvamos a la cocina.

Nuevamente, ella abrió la marcha. Él apagó la luz del dormitorio y la siguió.

Terminaron el café en silencio y después él preguntó:

—¿Por qué?

Ella se sobresaltó, asustada, como si un petardo hubiera estallado junto a su oído. Le miró boquiabierta, sus ojos cobraron vida lentamente y contestó:

—¿Qué? No... no sé a qué te refieres.

Él agitó una mano, con impaciencia.

—El alquiler —precisó.

—Ah. —Ella asintió y se llevó las manos a la cara. Las mantuvo allí unos instantes, y después inhaló entrecortadamente y volvió a bajarlas. Su cara ya no era inexpresiva. Ahora estaba desencajada. Parecía como si unas pesas invisibles se hallaran cosidas a sus mejillas, tirando de la cara hacia abajo—. Un regalo de despedida, supongo —dijo, y su tono era desesperado, como antes.

—Sí —asintió él.

Volvía a hablar con furor. Echó el cigarrillo al fregadero sin levantarse.

Chisporroteó, mientras él encendía otro.

Ella dijo:

—Me alegro de que no estés muerto. ¿Verdad que es una estupidez?

—Sí.

Ella asintió con la cabeza.

—Me odias. Tienes motivos.

—Debería acuchillarte —declaró él—. Debería darte una cuchillada en los agujeros de la nariz. Debería hacer que parecieses una bruja, como la bruja que eres.

—Deberías matarme —dijo ella con desesperación.

—Quizá lo haga.

Ella dejó caer la cabeza sobre su pecho. Su voz fue casi inaudible.

—Sigo tomando pastillas —murmuró. Todas las noches. Si no tomo las pastillas no me duermo. Pienso en ti.

—¿Y en que vendré a buscarte?

—No, en que estás muerto. Y deseo estarlo yo en tu lugar.

—Toma demasiadas pastillas —sugirió él.

—No puedo. Soy una cobarde. —Levantó la cabeza y volvió a mirarle—. Por eso lo hice, Parker —dijo—. Soy una cobarde. Se trataba de tu vida o la mía.

—Y Mal paga el alquiler.

—Soy una cobarde —repitió ella.

—Sí. Ya lo sé.

—Nunca le di satisfacción, Parker. Nunca respondí, hiciera lo que hiciese.

—¿Por eso se fue?

—Supongo que sí.

Él sonrió, tristemente.

—Puedes conectar y desconectar —comentó con amargura—. Una máquina de hacer el amor. No significa nada para ti.

—Sólo contigo, Parker.

Él profirió una palabra como si diera un bofetón. Ella se sobresaltó y meneó la cabeza.

—Es la verdad, Parker —dijo—. Por eso necesito las pastillas. Por eso no me he ido de aquí ni me he buscado otro tipo. Mal me mantiene y no me pide nada que no pueda dar.

El café reemplazaba al vodka. Él se echó a reír, dio una palmada sobre la mesa y dijo:

—Es una suerte que el hijo de puta no estuviera aquí, ¿eh? Imagínate que irrumpo en la casa y él tiene a dos o tres fulanos en el salón. Permanentemente, por si acaso.

Ella asintió.

—Nunca se quedó solo mientras estuvo aquí.

—Está preocupado el hijo de puta. —Asintió. Tamborileó en el borde de la mesa con los primeros dos dedos de cada mano—. Piensa que quizá regresaré de la tumba —dijo. Se echó a reír y concluyó el tamborileo con un rítmico golpe de ambas manos sobre la mesa—. Tiene razón, ¿eh? Sí. He regresado de la tumba.

—¿Qué vas a hacer, Parker? —preguntó ella, con voz a la que finalmente había llegado el estremecimiento del miedo.

—Voy a chuparle la sangre —contestó él—. Le masticaré el corazón y lo escupiré en una cuneta para que los perros levanten una pata encima de él. Le desollaré y le arrancaré las venas y le ahorcaré con ellas.

Se enderezó en la silla, abriendo y cerrando los puños, con una mirada iracunda. Cogió la taza de café y la lanzó lejos. Rebotó en el frigorífico y se hizo añicos en el borde del fregadero; desde allí cayó al suelo.

Ella le miró fijamente, moviendo la boca, pero sin articular ningún sonido.

Él también la miró y sus ojos volvieron a endurecerse como el ónix. Sonrió con un lado de la boca y dijo:

—¿A ti? ¿Te refieres a ti? ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella no se movió.

—Aún no lo sé —dijo él. Su voz fue alta y dura, como un equilibrista sobre la cuerda floja, consciente de que su equilibrio nunca ha sido mejor. Alta, dura, penetrante—. Depende. Depende de ti. ¿Dónde está Mal?

—Oh, Dios mío —murmuró ella.

—Depende de ti —repitió él.

Ella meneó la cabeza.

—No lo sé, Parker. Lo juro por lo más sagrado. Hace tres meses que no le veo. Ni siquiera sé si está en Nueva York.

—¿Cómo recibes tu paga?

—Por medio de un mensajero —explicó ella—. El primero de cada mes. Me lo trae en un sobre, en efectivo.

—¿Cuánto?

—Mil.

Él dio una palmada, con los dedos rígidos, sobre la mesa.

—Doce de los grandes al año. Libres de impuestos. No está nada mal, Lynn. La oveja de Judas. —Se rio ásperamente, como un cuchillo que rasgase una lona—. La oveja de Judas —repitió—. Meneando la cola al deslizarse por el tobogán.

—¡Tenía miedo! Me habrían matado, Parker. Me habrían torturado y después me habrían matado.

—Sí. ¿Quién es el mensajero?

—Nunca es el mismo. No conozco a ninguno de ellos.

—Naturalmente —dijo él. Mal no confía en ti. Nadie confía en la oveja de Judas.

—Yo no quería, Parker, ¡te lo juro por todos los santos! Tú eras el único hombre al que he querido. El único hombre al que he necesitado. Pero tuve que hacerlo.

—Y volverías a hacerlo —aseguró él.

Ella meneó la cabeza.

—Ésta vez no... ahora no. No podría volver a pasar por esto.

—Tienes miedo de morir —dijo él.

Alargó las manos y las dobló, mirando la garganta de la muchacha. Ella se encogió.

—Sí. Sí, tengo miedo. También tengo miedo de vivir. No podría volver a pasar por todo esto.

—El primero de mes —dijo él—, hablarás con el mensajero. Le dirás: «Advierte a Mal que tenga cuidado. Parker está en la ciudad».

Ella meneó violentamente la cabeza.

—No tengo ningún motivo para hacerlo —repuso con desesperación—. Ahora soy sincera, Parker. Te estoy diciendo la verdad. Si tuviera que hacerlo, lo haría. Volvería a hacerlo, si no me quedara más remedio. Pero, no es así. Nadie sabe que estás aquí. Nadie sabe que estás vivo. Nadie me amenaza, nadie me obliga a traicionarte.

—Quizá quieras ponerte a salvo y te presentes voluntariamente.

—No. Esto no sería ponerme a salvo.

Él se echó a reír.

—¿También has estado en el ejército? ¿O sólo cerca?

Sorprendentemente, ella se ruborizó y su contestación fue hosca.

—Nunca he sido una ramera, Parker —dijo—. Y tú lo sabes.

—No. Vendiste mi cuerpo en lugar del tuyo.

Se levantó y salió de la cocina. Ella le siguió y él fue al salón. Contempló los muebles durante unos segundos y después se dejó caer en el sofá.

—Correré el riesgo —declaró—. Sí, correré un pequeño riesgo, Mal no puede confiar en ti, de modo que no te dejó ningún contacto. Ni un número de teléfono, ni visitas, ni nada. Por lo tanto, no puedes jugar a la oveja de Judas hasta el primero de mes, cuando venga el mensajero. Dentro de cuatro días, cuando venga el mensajero. ¿De acuerdo?

—Tampoco entonces —repuso ella, con voz y expresión terminantes—. No lo haría, Parker... nadie me obliga.

Él se echó a reír de nuevo.

—No tendrás la oportunidad —dijo—. Ni siquiera tendrás que tomar una decisión. —Se levantó con una precipitación que horrorizó a la mujer, pero no se acercó a ella—. Le recibiré yo mismo.

—¿Vas a quedarte? —preguntó ella. El miedo y el deseo se confundían en su expresión—. ¿Te quedarás?

—Me quedaré.

Le dio la espalda, cruzó el salón y volvió a entrar en el dormitorio. Ella le siguió, con la punta de la lengua temblando entre sus labios, y los ojos fijos tan pronto en él como en la cama.

Él dio la vuelta a la cama, se arrodilló junto a ella, delante de la mesilla de noche, y arrancó los cables del teléfono. Después volvió a levantarse.

Ella se había abierto la bata. Él la miró y el deseo le atenazó nuevamente, con más fuerza que la última vez. Ahora la recordaba. Ella preguntó:

—¿Te quedarás aquí?

Él meneó la cabeza.

—Para ti, ese árbol está muerto.

Fue hacia la ventana, descorrió las cortinas y miró al exterior. No había escalera de incendios y tampoco alféizar.

Ella susurró su nombre.

Él volvió a atravesar el dormitorio, en dirección a la puerta. Ella dio un paso hacia él, levantando los brazos.

Parker pasó junto a ella y siguió andando hacia la puerta.

La llave estaba en la cerradura, en el interior. La sacó, traspuso el umbral y cerró la puerta por fuera.

Al otro lado, ella pronunció su nombre, sólo una vez.

Él apagó las luces del salón y la cocina, y se echó en el sofá. En la oscuridad,

clavó los ojos en la ventana. Había mentido. El árbol no estaba muerto; tenía miedo de ella.

Su cadáver yacía, desnudo, sobre la cama. Él permaneció un momento en el umbral, mirándola. Las cortinas cerraban el paso al sol del mediodía, dejando la habitación tan fresca y oscura como la sala de una funeraria. El olor a perfumes, cosméticos y colonia contenía un vago recuerdo de flores. Una brisa ligera agitó las cortinas, y la luz del sol titiló entre ellas como la llama de una vela. A lo lejos se oía el zumbido del tráfico.

Ella yacía sobre la espalda, con los senos y el vientre aplanados. Al parecer se había compuesto para la muerte, con las piernas juntas, las manos cruzadas sobre la cintura y los codos pegados a los costados. Sin embargo, al quedarse dormida, se había movido, destruyendo la simetría.

Había doblado una rodilla, y la pierna derecha formaba un desgarrado ángulo recto, con la arrugada planta del pie derecho contra el lado de la rodilla izquierda, en una torpe parodia de una bailarina. Su mano izquierda aún reposaba, con la palma hacia abajo, sobre su ombligo, pero el brazo derecho se había desplazado y estaba extendido, con la palma hacia arriba y los dedos doblados. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha, y la boca abierta.

Parker entró en la habitación, dio la vuelta a la cama y cogió el frasco de píldoras vacío que había en la mesilla de noche. Impresos en la etiqueta estaban el nombre, la dirección y el número de teléfono de una farmacia. Mecanografiados debajo había el nombre de Lynn, el nombre de un médico, un número y las indicaciones: «Una al acostarse cuando sea necesario. No sobrepasar la dosis».

Parker movió los labios al leer.

Lo leyó dos veces; el nombre de la farmacia y la dirección y el número de teléfono, así como el nombre de su difunta esposa y el nombre del médico, el número y las indicaciones. Después tiró el frasco de píldoras en la papelera medio llena que había junto a la mesilla de noche, y se volvió para mirar nuevamente el cadáver.

Hizo ademán de tocarle la muñeca, para buscarle el pulso, pero no llegó a hacerlo. Un cadáver es un cadáver; no hay error posible. La piel está demasiado blanca, el pecho demasiado inmóvil, los labios demasiado secos, los ojos demasiado hundidos tras los párpados cerrados.

Tenía que librarse de ella. Debía pasar tres días allí y ella no podía quedarse con él en el apartamento. A pesar de todo su odio y seis meses en la cárcel,

nunca había planeado matarla. Golpearla, sí, mutilarla, producirle dolor y cicatrices, pero no verla muerta.

En el armario, encontró un vestido con cremallera colgado al fondo. Se lo puso, introduciendo a duras penas sus brazos rígidos en las mangas, después le dio la vuelta y cerró la cremallera y volvió a darle la vuelta. Le enfundó los pies en unos zapatos. Eran demasiado pequeños. O bien los pies habían empezado a hincharse o bien ella prefería los zapatos más favorecedores que cómodos.

Vestida, parecía menos muerta. Sin embargo, tampoco parecía dormida. Inconsciente. Como si la hubiesen golpeado. Le cerró la boca y permaneció cerrada.

En el umbral, la miró unos momentos. Después dijo:

—Siempre fuiste una estúpida. Nunca cambiaste.

Cerró la puerta.

Había un televisor en el salón. Encontró una botella de whisky en un armario de la cocina, rompió el precinto y miró los dibujos animados de la televisión. Después vio varias reposiciones de comedias de enredo y programas infantiles.

Las cortinas del salón estaban cerradas, pero supo cuándo oscureció por el reloj que había encima del televisor. Vio el noticiario de la hora de cenar y no lo mencionaron. No lo harían. La fuga tuvo lugar hacía tres semanas. En el otro extremo del continente. Un guardián muerto y un vagabundo fugado no son noticia en el otro extremo de un continente.

Jamás debería haber sucedido. Otro resultado de la estupidez de Lynn. Sesenta días por vago, y ahora tenían sus huellas en los archivos, sus huellas dactilares. El nombre que las acompañaba era Ronald Casper, pero no importaba. Podía utilizar cualquier nombre, incluso su nombre verdadero, pero sus huellas dactilares jamás cambiarían.

Le condenaron a sesenta días. Veinte días y agredió a un guardián, y añadieron seis meses. Ocho meses de su vida, escardando malas hierbas en una granja prisión. Aguantó seis, tuvo la oportunidad de fugarse y la aprovechó... y dejó tras de sí a un estúpido guardián con la cabeza medio desprendida de los hombros.

Ella fue la culpable de eso, como de tantas otras cosas. Le había traicionado, engañado y encarcelado, y puesto sus huellas en los archivos de Washington D. C. Le había obligado a atravesar un continente. Ella lo había hecho.

Ninguna otra mujer habría podido. Nunca había existido una mujer capaz de interesarle, hasta conocerla a ella. No volvería a haberla.

Y ahora le había dejado un cuerpo del que librarse. No podía dejarlo allí, tenía que recibir a un mensajero. No podía conservarla allí, no sería capaz de resistirlo. No podía llamar a la ley para que viniera a llevársela, como un ciudadano respetable, porque una mirada inquisitiva les revelaría que no era un ciudadano respetable.

La odiaba. La odiaba y la amaba, y nunca había experimentado estas emociones por nadie más. Ni amar ni odiar a nadie más. Quizás a Mal, al que pensaba matar, pero esto no era odio. Había cuentas que ajustar; había deudas que saldar. Eso era rabia, eso era furia y orgullo, pero no era odio.

El nivel de la botella de whisky siguió bajando, y la televisión empezó a transmitir sus mejores programas de variedades y películas del Oeste. Parker continuó sentado ante el aparato, con la luz blancoazulada reflejándose en su cara, perfilando las aristas de sus pómulos. La hora de máxima audiencia pasó, comenzaron las películas antiguas, y Parker las miró. Las películas terminaron, un clérigo rezó una oración, y un coro cantó el «Starnpangled Banner», mientras una bandera ondeaba en la pantalla, y después la emisión tocó a su fin. El sonido se redujo a un penetrante silbido y la pantalla quedó llena de trémulas manchas blancas y negras.

Se puso en pie, apagó el televisor y encendió las luces. La botella estaba vacía. Se sentía un poco achispado, y eso era malo. También ella tenía la culpa de eso, de hacerle beber demasiado cuando no debía.

Fue a la cocina y se preparó un bocadillo, que acompañó con medio litro de leche. Después se sintió cansado, de modo que hizo café, tomó tres tazas y se mojó la cara en el fregadero.

El dormitorio estaba a oscuras. La luz procedente del salón iluminaba los pies calzados de la muchacha.

Parker encendió la luz del techo y vio que ella se había movido. Sus brazos y piernas se habían torcido hacia su torso; tenía la cabeza echada hacia atrás y sus ojos estaban abiertos y fijos en las cortinas cerradas.

Le bajó los párpados y se mantuvieron así. Sus miembros se resistieron cuando intentó estirarlos. La cogió en brazos, como un recién casado a punto de traspasar el umbral con su esposa, y la sacó del dormitorio, atravesando el salón hasta la puerta principal.

El rellano estaba vacío. Apretó el botón y el ascensor subió desde la planta baja. Lo hizo descender hasta el sótano, con ella en brazos, y buscó la salida trasera del edificio.

Un callejón le llevó a la calle, a una manzana de la entrada principal del edificio. Giró hacia la derecha y anduvo la mitad de la manzana que le separaba de la Primera Avenida y Central Park. Por el camino, un hombre pasó junto a él, apresuradamente, sin dirigirle apenas una mirada. En la esquina, un taxi aminoró la velocidad y el conductor sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Quiere un taxi, señor?

—Vivimos al final de la manzana.

El taxista sonrió.

—Lleva una buena tajada, ¿eh?

—No está acostumbrada al vodka —dijo él.

El taxi siguió adelante. No había peatones. Esperó a que pasara un Jaguar sedán, que se dirigía hacia el norte de la ciudad, y la pareja que iba en él lanzó una ojeada, sonrió y apartó la mirada. Cruzó la calle y pasó por encima del bajo muro de piedra que bordeaba el parque.

La depositó entre unos arbustos. A tientas, sin ver lo que hacía, volvió a quitarle el vestido y los zapatos. Sacó su cortaplumas. Sosteniéndole la mandíbula con la mano izquierda para guiarse en la oscuridad, le atravesó la cara con un corte largo y profundo. De lo contrario, la ley trataría de identificarla publicando su fotografía en los periódicos. Y Mal leería los periódicos.

No había sangre en sus manos, y muy poca en el cortaplumas. Un cadáver no sangra demasiado. Secó el cortaplumas con el vestido, lo cerró y volvió a metérselo en el bolsillo. Enrolló los zapatos en el vestido, se puso el fardo bajo el brazo izquierdo, salió del parque y regresó al apartamento.

Ahora estaba muy cansado y apenas se sostenía en pie cuando llegó al apartamento. Apagó todas las luces y se echó en el sofá. Se quedó dormido inmediatamente.

Tres días sin más sonidos que los del televisor. El apartamento olía mal, como si ella aún estuviera allí. La espera se le hizo muy larga.

En la pared de la cocina había un calendario, con la fotografía de dos cockers spaniel ante un rosal. Pasó mucho tiempo mirando las fechas, sentado ante la mesa de la cocina con una taza de café en la mano.

El tercer día era el primero del nuevo mes. Parker esperó con desasosiego en el salón, acercándose constantemente a la puerta principal. Permanecía cinco minutos frente a la puerta, escuchando, aguardando el sonido del timbre, y regresaba al salón. En dos ocasiones alargó la mano y tocó el pomo, pero no abrió la puerta.

Aún había dos botellas de whisky en el armario de la cocina, pero no las tocó. Ella no le haría eso, nunca más. Le había perturbado por última vez.

Por el contrario, estaba preparando café cuando sonó el timbre. Se quedó inmóvil con la cuchara en el aire y la cabeza levantada, y se volvió hacia el sonido. Después terminó lo que estaba haciendo y atravesó el apartamento hasta la puerta principal. Abrió la mirilla y escudriñó la cara del mensajero. Nunca le había visto.

El mensajero era un individuo bajo y rechoncho, vestido como un figurín. Iba ataviado con un traje de solapas estrechas y un color azul chillón que nunca había estado de moda, y sólo llevaba abrochado el botón central de la chaqueta. Su camisa era tan blanca como la nieve bajo el sol, y una pajarita multicolor redondeaba el conjunto. La camisa parecía almidonada; no sólo el cuello, sino toda la camisa.

La cara que había sobre esta elegancia era gordinflona y risueña. Los ojos eran azules y pequeños, muy separados por la grasa. Una necia media sonrisa curvaba sus labios. Las orejas eran rosadas, grandes y carnosas. Y encima de la cabeza, ladeado con desenfado, llevaba un sombrero de paja.

La chaqueta del mensajero era tan ceñida que Parker vio el contorno del sobre del dinero en el bolsillo interior. Mal debía de estar muy seguro de sí mismo para enviar una cosa así.

Parker abrió la puerta. El figurín le miró como con sorpresa y la media sonrisa se desvaneció. Un delicado ceño frunció las cejas y una vocecilla estridente preguntó:

—¿Me he equivocado de apartamento? Sí, debo haberme equivocado.

—¿Busca a Lynn Parker?

—Sí. Sí —el figurín dobló la cintura, y miró hacia el interior del apartamento—. ¿Está aquí?

—Entre —dijo Parker.

—No, no. No debo. ¿Está ella aquí?

Parker alargó un brazo y le asió por la pechera de la camisa. Tiró de ella y el figurín entró tambaleándose, con los ojos y la boca muy abiertos, y las manos extendidas frente a él como si fuera a caerse. Parker dio una ojeada al rellano, vio que estaba vacío y volvió a entrar, dando un portazo.

El figurín empezaba a recuperar el equilibrio, y Parker le empujó otra vez, ahora hacia el salón. De un modo u otro se las arregló para no caerse de bruces.

Parker le siguió al salón, observando detalles que no había podido ver a

través de la mirilla, como los zapatos, que eran de un color bermejo con volutas perforadas en la punta. Y entre el borde superior de los zapatos y el borde inferior de las perneras de los pantalones había un espacio de unos cinco centímetros, ocupado por calcetines de un tono amarillo canario.

El figurín se hallaba, temblando, en medio de la habitación. Tenía las manos encima del pecho, con los dedos separados, para protegerse a si mismo o bien el sobre que debía entregar.

Parker alargó la mano.

—Deme la pasta.

—¡No debo! Debo... debo ver a la señorita Parker.

—Yo soy su marido.

Éste hecho no significaba nada para el figurín, resultaba evidente.

—Me dijeron... me dijeron que sólo entregara el sobre a la señorita Parker.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó Parker.

—¿Dónde está la señorita Parker? Debo..., debo ver a la señorita Parker.

—Yo me he hecho cargo de todo. Deme la pasta.

—Debo... debo telefonar. ¿Puedo telefonar?

Miró a su alrededor, y después volvió a fijar los ojos en Parker.

Parker se acercó rápidamente a él y dio un tirón a la solapa de su chaqueta. El único botón abrochado saltó con un chasquido, y Parker cogió el voluminoso sobre del bolsillo interior. Lo tiró al sillón que había a su izquierda.

El figurín agitó los brazos, exclamando:

—¡No debe hacerlo! ¡No debe hacerlo!

Parker levantó la mano izquierda, con los dedos juntos y extendidos, y golpeó al figurín en el abdomen, justo encima de la hebilla del cinturón adornada con un monograma de oro. El figurín abrió la boca, pero no exhaló ningún sonido. A cámara lenta, sus manos se doblaron sobre su estómago, sus rodillas se flexionaron y cayó hacia adelante sobre el puño derecho de Parker. Después se desplomó, inconsciente.

Parker le vació los bolsillos y examinó todos los objetos. En la cartera había un carnet de conducir, la tarjeta de una biblioteca, un décimo de lotería con el número 342, catorce dólares. El carnet y la tarjeta concordaban en que el figurín se llamaba Sidney Chalmers, y vivía en la Calle 92 Oeste.

En otro bolsillo había setenta y tres centavos en moneda suelta y un encendedor con las iniciales S. C. grabadas en letra gótica sobre uno de los lados. En el bolsillo lateral de la americana había un pedazo de papel con el

nombre de Lynn y su dirección. Nada indicaba dónde había recogido el sobre destinado a Lynn.

Parker le dejó tendido sobre la alfombra y fue a la cocina. Registró todos los cajones y finalmente encontró un rollo de cordel fino pero fuerte. Parker volvió al salón, ató las muñecas y los tobillos del figurín, y después le sentó con la espalda apoyada en el sofá y la cabeza recostada en un almohadón. Seguidamente, Parker le abofeteó y pellizcó hasta que empezó a gemir y retorcerse, y abrió los párpados.

Parker se enderezó ante el horrorizado figurín, y le miró con semblante inexpresivo.

—Dígame dónde está Mal Resnick.

El figurín se lamió los trémulos labios.

—¿Quién?

Parker se inclinó, le abofeteó con el dorso de la mano, se irguió y repitió la pregunta.

El figurín parpadeó como un metrónomo. Le tembló la barbilla. Gruesos lagrimones se deslizaron por sus mejillas.

—No sé a quién se refiere —gimió.

Al tipo que le dio el sobre.

—¡Oh, no debo!

—Oh, sí que debe —remedó Parker. Puso el pie derecho sobre los tobillos cruzados del figurín, y fue añadiendo peso gradualmente—. Claro que debe.

—¡Socorro! —sollozó el figurín—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Parker le dio una patada en el estómago.

—Palabras equivocadas dijo. No vuelva a hacerlo. —Esperó a que el figurín hubiera recobrado el aliento—. Deme su nombre.

—Por favor... me matarán.

—Yo le mataré. Preocúpese por mí.

El figurín cerró los ojos, y su cara adoptó una expresión de total y cómica desesperación. Parker esperó, y al fin el figurín dijo, sin abrir los ojos:

—El señor Stegman. El señor Arthur Stegman.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En... en Brooklyn. En la Compañía de Taxis Rockaway. En la calle Farragut, cerca de la avenida Rockaway.

—Muy bien. Se ha ahorrado problemas.

—Me matarán —sollozó—. ¡Me matarán!

Parker se apoyó sobre una rodilla, desató el cordel que rodeaba los tobillos del figurín, se irguió y dijo:

—Levántese.

No pudo hacerlo por sí solo; Parker tuvo que ayudarlo.

El figurín se tambaleó, respirando como un fuelle. Parker le hizo dar media vuelta, le empujó a través del salón hasta el dormitorio, le puso una zancadilla y lo envió de bruces al suelo. Volvió a atarle los tobillos, salió y cerró la puerta del dormitorio con llave.

Cogió el sobre lleno de dinero, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y abandonó el apartamento.

La línea del metro terminaba en la avenida Rockaway Parkway y la calle Glenwood en Carnasie. Parker preguntó su camino a la anciana que había en la taquilla de los billetes. La calle Farragut estaba a una manzana, hacia la derecha.

La Compañía de Taxis era una pequeña barraca situada en un solar entre dos casas particulares. El solar se hallaba cubierto de arena y maleza, y en él había tres coches antiguos pintados de blanco. La barraca era pequeña, de tablones blancos, con una ventana de luna en la parte delantera.

En el interior, una barandilla rodeaba al tipo sentado frente a una radio emisora y receptora. Adosado a la otra pared había un sofá sucio y destartado, y una puerta cerrada conducía a la habitación trasera.

Parker se apoyó en la barandilla, que le llegaba al pecho, y dijo:

—Estoy buscando a Arthur Stegman.

El tipo de la radio dejó el *Daily News* y contestó:

—Ahora no está. Quizá yo pueda ayudarlo.

—No puede. ¿Dónde está?

—No lo sé. Si me da su...

—Haga una conjetura.

—¿Qué?

—Sobre dónde está. Haga una conjetura.

El tipo frunció el ceño.

—Espere un momento, amigo. Usted quiere...

—¿Está en su casa?

El tipo se mordisqueó el interior de la mejilla durante unos segundos, y después dijo:

—¿Por qué no va a preguntárselo?

Volvió a coger el periódico.

—Con mucho gusto —respondió Parker—. ¿Dónde vive?

—Aquí no proporcionamos ese tipo de información —dijo el tipo.

Dio la vuelta en su butaca giratoria y se concentró en el periódico. Parker tamborileó con la uña del pulgar sobre la barandilla:

—Está cometiendo un error —declaró.

Sidney se ha largado.

El tipo de la radio alzó los ojos y frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—Para usted, quizá nada. Para Stegman, mucho.

El tipo de la radio reflexionó unos momentos. Después, meneó la cabeza.

—No —dijo—. Si Art quisiera verle, le hubiera dicho dónde encontrarle.

—Aquí mismo —repuso Parker.

—Para eso, lo único que se necesita es una guía telefónica. No sirve.

Volvió a concentrarse en el periódico. Parker meneó la cabeza con impaciencia y se dirigió hacia la puerta del fondo de la habitación. El tipo de la radio se levantó de un salto, gritando algo, pero Parker no le hizo caso. Abrió la puerta y entró en la estancia contigua.

Había seis hombres sentados en torno a una mesa redonda, jugando al siete y medio. Alzaron la vista, y Parker dijo:

—Estoy buscando a Stegman.

Un tipo de rostro encarnado, con el sombrero echado hacia atrás, le espetó:

—¿Quién demonios le ha invitado?

El que llevaba el uniforme de policía dijo:

—Lárguese.

El tipo de la radio entró en aquel momento y se dirigió al hombre de rostro encarnado:

—No ha querido aceptar un no como respuesta. —Hizo ademán de querer agarrar a Parker—. Vamos, hombre. Ya es suficiente.

Parker descargó un golpe sobre la mano extendida, y levantó la rodilla. El tipo de la radio profirió un gemido y apoyó la frente en el hombro de Parker. Parker dio un paso hacia un lado, haciendo caso omiso del hombre, que se desplomó junto a la pared.

—Sigo buscando a Stegman.

El que llevaba el uniforme de policía tiró las cartas sobre la mesa y se levantó.

—Esto me parece una agresión —dijo.

El de rostro encarnado añadió:

—Willy firmará la denuncia, Ben. No te preocupes.

Otro de los jugadores, un hombre alto de expresión dura, con una camisa blanca y sin corbata, dijo:

—Ése pájaro parece ser de los que se resisten al arresto. ¿Qué crees tú, Ben?

—Quizá deberías ayudarme, Sal —dijo el policía.

Parker meneó la cabeza.

—Se equivocan. Tengo un mensaje para Stegman.

—Esperen un momento —ordenó el tipo de rostro encarnado. Ben y Sal se detuvieron donde estaban—. ¿Cuál es el mensaje?

—¿Usted es Stegman?

—Le daré el recado cuando le vea.

—Sí. Usted tiene que ser Stegman. He venido a decirle que Sidney se ha largado.

Stegman se inclinó hacia adelante en su silla.

—¿Qué?

—Ya me ha oído. Se ha largado con los mil dólares. Ni siquiera ha ido a casa de la chica.

—Usted está loco. Sidney no se atrevería a... —Se interrumpió, dirigió una rápida mirada a los demás jugadores, y se puso en pie—. Continúen sin mi. Usted, venga conmigo; hablaremos fuera.

—¿Qué hay de la agresión? —preguntó Ben, el policía.

Stegman hizo un gesto de impaciencia.

—Al diablo con eso. Sigán jugando.

—¿Y si Willy quiere presentar una denuncia?

—No querrá, ¿verdad, Willy?

Willy, ya levantado, pero con la cara lívida, contestó:

—No. Lo único que quiero es el desquite.

Stegman meneó la cabeza.

—En tu tiempo libre, Willy —dijo—. Usted, venga.

Parker le siguió a la oficina delantera, donde Stegman pasó al otro lado de la barandilla y cogió una de las llaves que colgaban del panel de la pared.

—Me llevo el Chrysler, Willy —gritó hacia la habitación trasera—. Bajo a la playa. Volveré dentro de veinte minutos.

—Veinte minutos. De acuerdo —Willy asomó la cabeza por la puerta y miró a Parker—. Estaré libre a partir de las seis —dijo.

Parker le dio la espalda y salió de la barraca detrás de Stegman. Stegman señaló un Chrysler tipo limousine de nueve plazas.

—Nos llevaremos éste. En la oficina no podemos hablar. No hay intimidación. Ésos tipos no saben nada de este asunto.

Subieron al coche, y Stegman se puso al volante y lo sacó a la calle. Por el espejo retrovisor, Parker vio al policía en el umbral del barracón, con el ceño fruncido.

Stegman condujo hasta la esquina de la avenida de Rockaway, y giró a la izquierda.

—Puede empezar cuando quiera —dijo.

Parker señaló la radio emisora y receptora que había debajo del salpicadero.

—Si no ha regresado dentro de veinte minutos, Willy le llamará, ¿no es así?

—Y si no contesto —repuso Stegman—, llamará a todos los demás coches que tengo. ¿Cómo ha sabido lo de Sidney?

—Estaba con la chica. Lynn Parker.

Stegman le lanzó una ojeada, y después volvió a concentrarse en el tráfico.

—Veo que sabe muchas cosas. ¿Cómo es que no le conozco?

—Acabo de llegar a la ciudad. Tenga cuidado, hay muchos niños.

—¿Pretende enseñarme a conducir?

—Quizá sea mejor que esperemos hasta llegar a esa playa.

Bajaron nueve manzanas por la avenida Rockaway, después tomaron la carretera de circunvalación y salieron a un ancho muelle adoquinado que llevaba a Jamaica Bay. Había un par de casas baratas al final del muelle. El resto era aparcamiento, con unos cuantos árboles raquíuticos y un paseo de cemento alrededor.

Stegman se detuvo en el aparcamiento, que se hallaba casi vacío.

—La bahía está contaminada —dijo—. Nadie puede bañarse. Los jóvenes vienen de noche y se besuquean, eso es todo. —Cambió de posición en el asiento, para volverse hacia Parker, y preguntó—: Y ahora, ¿qué es todo esto de Sidney? Él no se atrevería a largarse con la pasta.

—No lo ha hecho Parker, extrajo el sobre de su bolsillo y lo tiró encima del salpicadero. Yo se lo he cogido.

Stegman alargó la mano hacia el interruptor de la radio.

—¿Qué demonios es esto? ¿Qué se propone?

Toque ese interruptor y le rompo el brazo.

La mano de Stegman se detuvo.

Parker hizo un movimiento de aprobación con la cabeza.

—Estoy buscando a Mal Resnick —dijo. Usted me dirá dónde puedo encontrarle.

—No. Aunque lo supiera, la respuesta seguiría siendo no.

—Me lo dirá. Quiero comunicarle que no tiene que seguir pagando a la chica.

—¿Por qué no?

—Está muerta. Igual que su gordo marica. Usted también puede estar muerto, si quiere.

Stegman se pasó la lengua por los labios. Volvió la cabeza e indicó los pequeños edificios de piedra del final del muelle.

—Allí hay gente —dijo—. Lo único que tengo que hacer es gritar.

—No llegaría a hacerlo. Tome aliento y es hombre muerto. Abra la boca más de la cuenta y es hombre muerto.

Stegman le miró de nuevo.

—No veo ningún revólver —observó—. No veo ningún arma.

—¿Ve estas dos manos? —replicó Parker—. Es todo lo que necesito.

—Está loco. Es de día. Estamos en el asiento delantero de un coche. Si la gente nos ve pelear...

—No habría ninguna pelea, Stegman. Le tocaría una sola vez y estaría muerto. Míreme. Sabe que no es una baladronada.

Stegman le miró a los ojos, y Parker esperó. Stegman parpadeó y desvió la mirada hacia la radio. Parker dijo:

—No dispone de tanto tiempo. No llamará hasta dentro de diez minutos. Estará muerto dentro de cinco si no me dice dónde está Mal.

—No sé dónde está. Es la verdad. Le creo —parece lo bastante loco para intentarlo—, pero ésta es la verdad. No sé dónde está.

—Él le da la pasta.

—Tengo una cuenta corriente en el banco próximo a mi oficina. En la avenida Rockaway. En ella hay cien dólares para mantenerla abierta. Todos los meses Mal deposita mil cien dólares. Después yo hago un talón y los saco. Me quedo cien para mí y envío el grande a la chica. Un mensajero distinto todos los meses, como él quería.

Parker se pellizcó la mejilla.

Stegman añadió:

—Le tiene miedo a esa chica. Ésta es la impresión que me dio.

—Tuvo que dejarle un medio de comunicarse con él.

—No. Dijo que ya nos veríamos —repuso vivamente Stegman, meneando la cabeza—, señor —exclamó—, no sé nada de todo esto. No sé quién es usted, ni la chica, ni el porqué de los pagos. Mal y yo éramos socios en los viejos tiempos, antes de que él se marchara a California. Hace tres meses vino a verme y me pidió que le hiciese un favor. Yo sacaría cien pavos al mes, y no tendría ningún problema, ni con la ley ni con nadie. Así que accedí, qué demonios. Pero ahora aparece usted y habla de matarme. No soy amigo de Mal hasta ese punto. Es la pura verdad. Si sabía que iba a pasarme esto, que se presentaría un tipo con la intención de matarme, debería haber escogido a otro. Debería haberme dicho lo que podía ocurrir. ¿Cree que habría salido en coche con usted? Parker se encogió de hombros.

—Está bien.

—Le diré una cosa. Por lo que sé, está en Nueva York.

—¿Cómo lo sabe?

—Él mismo me lo dijo. Cuando vino a verme para pedirme este pequeño favor. Le pregunté si le gustaba el Oeste, y me contestó que no pensaba volver. A partir de entonces, se quedaría en la gran ciudad. Dijo que allí se sentía solo.

—Entonces, ¿dónde puede estar? Usted le conoce desde hace años. ¿Dónde puede haberse metido?

—No tengo ni idea. Ha estado fuera mucho tiempo.

—Podría averiguarlo.

—Podría decir que lo averiguaría. Entonces usted bajaría del coche y yo seguiría ocupándome de mis propios asuntos. Y ordenaría a mis conductores que, si volvían a verle, le dejaran fuera de combate. —Se encogió de hombros—. Lo sabe tan bien como yo.

Parker asintió.

—Bueno, ya le encontraré de algún otro modo. Si quiere recuperar a Sidney, envíe a alguien al apartamento de Lynn Parker. Lo tengo encerrado en el dormitorio.

—Creía haberle oído decir que estaba muerto.

—No lo está.

—¿La chica también está allí?

—No. Ella está en el depósito. Bueno, ya podemos regresar. Déjeme en el metro.

—Muy bien —Stegman se detuvo ante un semáforo en rojo y meneó la

cabeza—. Esto me servirá de lección. No más favores.

—Ha tenido suerte. Hasta ahora.

Stegman volvió la cabeza.

—¿Qué quiere decir, hasta ahora?

—Si tropieza casualmente con Mal en algún sitio, no me mencione.

—No se preocupe, amigo. ¡No más favores!

Cambió tres veces de tren, pero no le seguía nadie. Estaba irritado. Eso significaba que Stegman decía la verdad, y que era un callejón sin salida. De otro modo, el perseguidor le habría llevado a la conexión.

Quería a Mal. Quería a Mal entre sus manos...

Todo comenzó diez meses atrás. Eran cuatro: Parker y su esposa, Mal y un pájaro canadiense llamado Chester. Chester fue el que lo organizó. Había oído hablar del tráfico de armas y enseguida vio que constituía un buen negocio. Metió en él a Mal, y Mal metió a Parker.

El plan era perfecto. Ochenta mil dólares en concepto de municiones, con incrementos a lo largo del camino que elevaban el total a noventa y tres mil y pico. Las mercancías eran norteamericanas, recogidas aquí y allí, y transportadas a Canadá en camiones. Resultaba más fácil introducir el género en Canadá que en México o sacarlo de Estados Unidos por vía marítima, y una vez en Canadá no había dificultades para facturarlos por vía aérea.

Había un pequeño aeródromo en Keewatin, cerca del lago Angikuni, y durante el buen tiempo las carreteras estaban pasables. Disponían de dos aviones, que hacían dos viajes cada uno y primero se dirigían hacia el oeste sobre el MacKenzie y el Yukon hasta el Pacífico, donde giraban hacia el sur. Una escala en una isla para repostar, y después otra vez hacia el sur. Los compradores eran fidelistas sudamericanos con un aeródromo en las montañas y sedientos de sangre.

Chester se enteró de la transacción por medio de un amigo suyo que conducía uno de los camiones hasta Canadá. Averiguó los detalles de la operación y comprendió que, en un negocio como éste, el pago tendría que ser en efectivo. Eso significaba que debía robarlo. Jamás se solicitaría el auxilio de la ley, y no había nada que temer de un puñado de guerrilleros que luchaban en el otro extremo del continente.

En cuanto a los americanos y canadienses que efectuaban la venta, no les importaría, ya que eso no constituiría su ruina. Seguirían teniendo las municiones, y siempre hay un mercado para municiones.

El chófer del camión no sabía cuándo o dónde se realizaría el intercambio, pero Chester le arrancó el nombre de un individuo que lo sabía, un abogado de San Francisco llamado Bleak, uno de los financieros que había proporcionado el dinero para la compra inicial de las armas. También se enteró de que disponía de cinco semanas antes de que las armas llegaran al aeródromo de Keewatin.

En aquella época Chester era un ignorante en lo referente a operaciones tales como el robo a mano armada. Su experiencia se reducía a contrabando de una u otra clase. Había introducido pornografía en el país y la había distribuido en Chicago o Detroit, había transportado cigarrillos hacia el norte y whisky hacia el sur, había llevado mercancías robadas a Canadá para su venta a domicilio, y cosas así. Había pasado unos meses a la sombra, en una cárcel de Michigan, cuando le detuvieron en la frontera con un coche robado. El número del motor seguía estando allí para que todo el mundo lo viera. Y en la rueda de recambio había muchos paquetes de Chester field.

Chester sabía que el dinero de las municiones estaba al alcance de su mano, pero también era lo bastante listo para saber que no podía robarlo él solo. Así que viajó a Chicago, con toda la información, y allí se puso en contacto con Mal Resnick.

Mal Resnick era un cobarde chismoso que había echado a perder una operación del sindicato cuatro años antes, y en aquella época se ganaba la vida a duras penas. Su expulsión del sindicato tuvo lugar cuando se puso nervioso y perdió cuarenta mil dólares de cocaína pura al confundir a un policía de paisano con un traficante de la organización. Le saltaron tres dientes y lo echaron a la calle, diciéndole que ganara los cuarenta grandes y después volviera. En el último año había trabajado dos o tres veces como intermediario para Chester en la venta de la pornografía.

La debilidad de Chester consistía en creer que las personas eran lo que ellas creían ser. Mal Resnick, a pesar del error del sindicato, aun se consideraba a sí mismo como un personaje, un tipo listo con agallas y conexiones. Chester le creyó, y por eso acudió a Mal con la historia de las municiones y los noventa y tres mil dólares. Discutieron el asunto en la cocina de Mal, llena de cucarachas, y Mal, que vio el negocio tan claramente como Chester, decidió tomar parte en él.

La operación, en este punto, tropezó con un obstáculo que amenazó con paralizarla eternamente. A pesar de sus promesas y sus jactancias, Mal no conocía a nadie digno de agregar al grupo, pero no podía confesárselo a Chester.

Se quitó de encima al hombrecillo, mientras buscaba desesperadamente a viejos conocidos del sindicato, con ninguno de los cuales había tenido relaciones demasiado estrechas, y todos los cuales estaban satisfechos con su propio trabajo. Ni siquiera prestaron oídos a su proposición. Esto duró diez días, hasta la noche en que Parker y su esposa pararon casualmente el taxi de Mal.

Parker no era un hombre del sindicato, y nunca lo había sido. Hacía uno o dos trabajos al año —una nómina, un coche blindado o un banco— y nunca robaba más que dinero en efectivo. Jamás trabajaba con más de cuatro o cinco socios, y nunca entraba en un negocio a menos que estuviera seguro de la competencia de sus aliados. Tampoco trabajaba siempre con las mismas personas.

Guardaba su dinero en las cajas fuertes de los hoteles, y vivía en lujosos hoteles de ciudades igualmente lujosas —Miami, Las Vegas y Palm Springs—, trabajando sólo cuando sus reservas descendían por debajo de los cinco mil dólares. Nunca le habían perseguido por uno de sus trabajos y jamás había sido fichado por la policía.

Mal conoció a Parker, seis años antes, a través de un pistolero del sindicato que en cierta ocasión había trabajado con Parker en Omaha. Reconoció a Parker y de inmediato le hizo la proposición.

En otro momento, Parker ni se habría molestado en escuchar. Pero el nivel de sus recursos era bajo, y el asunto por el que estaba en Chicago le había fallado. Las relaciones de Mal con el pistolero del sindicato constituían una especie de referencia, de modo que escuchó. Y la idea le atrajo. No habría que preocuparse por la ley y eso sería un cambio agradable. Y noventa y tres de los grandes era un buen bocado que compartir.

Mal presentó a Parker y Chester, y este primer encuentro sirvió para acabar de convencer a Parker. Chester era un granuja de poca monta, pero serio, inteligente y discreto. No había duda de que su información procedía de una fuente digna de crédito, ni de que resultaría muy útil en el momento de dar el golpe.

En opinión de Parker, lo único malo del trabajo era Mal. Era un fanfarrón y un cobarde, y podía estropear las cosas de un modo u otro, antes, durante o después.

Pero Chester confiaba en él, y tenía derecho a tomar parte en el asunto, de modo que no había nada que Parker pudiera hacer, excepto planear librarse de él en cuanto el trabajo hubiese terminado. Los fanfarrones y cobardes suponían un

riesgo y Parker había logrado burlar tanto tiempo a la policía eliminando sistemáticamente los riesgos lo antes posible.

Algo que podía hacer para compensar la participación de Mal era meter a un par de hombres más. Convenció a Chester de que necesitaban al menos cinco hombres para ejecutar la operación con éxito, y después se puso en contacto con Ryan y Sill, dos buenos elementos que también habían renunciado al trabajo por el que él había venido y aún estaban en Chicago.

Disponían de tres semanas y durante este tiempo Parker fue tomando gradualmente las riendas del asunto. Buscó los fondos necesarios y les proporcionó una avioneta alquilada. Tanto si el dinero cambiaba de manos en el lago Angikuni como en la isla del Pacífico, necesitarían un avión para llegar allí. Ryan sabía pilotar, y tenía los permisos requeridos. Parker también se encargó de armar al grupo.

Menos de una semana antes de la fecha del intercambio, abordaron la avioneta alquilada en Chicago y volaron a San Francisco. Una vez en la ciudad, Ryan y Sill siguieron al abogado, Bleak, hasta conocer sus horarios y costumbres. Después, con un solo día por delante, irrumpieron en su apartamento a las dos de la madrugada.

Bleak era un hombre de edad avanzada, un viudo cuyos intereses financieros, aparte de la abogacía y el comercio de armas, incluían bienes inmuebles, especulación en bolsa y acciones en un negocio de fabricación de aviones. Vivía solo en un apartamento enclavado en la cima de una colina, sin más compañía que la de un criado filipino, al cual Ryan mató mientras dormía.

Bleak no quería hablar, pero Parker encargó a Mal que se ocupara de él en la creencia de que los cobardes son los mejores torturadores. Mal trabajó con entusiasmo, y antes del alba Bleak les había dicho todo lo que querían saber.

El dinero, les explicó, debía ser transportado por vía aérea desde Sudamérica hasta Canadá. Dos hombres del grupo de vendedores estarían en la isla elegida para repostar. El dinero les sería entregado allí, y estarían vigilados por un grupo de revolucionarios hasta que los aviones despegaran de Canadá con el segundo y último cargamento de armas. Entonces uno de los pilotos se comunicaría por radio con la isla y los dos hombres podrían marcharse con el dinero.

Ésta parte de la operación resultaba delicada, pues incluía conversaciones radiofónicas entre individuos de ambos lados de la transacción, y ambos lados habían elaborado señales en clave para advertir de cualquier traición. Ninguno de los grupos confiaba demasiado en el otro.

Según les dijo Bleak, la isla era una roca pequeña y desierta, llamada Keeley y situada unas doscientas millas al sudoeste de San Francisco. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Guardia Costera había mantenido una pequeña base allí, desde la cual operaban aviones cazasubmarinos, pero hacía quince años que el lugar estaba abandonado. El aeródromo aún era practicable y la gasolina necesaria ya había sido llevada a la isla y almacenada. Los dos hombres del grupo de Bleak ya se encontraban allí, y los aviones que transportaban el dinero llegarían a la una de la madrugada siguiente.

Antes de dejar el apartamento, Ryan degolló al anciano. De lo contrario, a pesar de sus protestas, habría recurrido al teléfono y cambiado todo el plan.

Al este de la ciudad, en lo alto de la colina, había una propiedad privada normalmente desocupada, la antigua residencia de una estrella cinematográfica. Había tenido una avioneta, una Piper Club, y la propiedad incluía una pequeña pista de aterrizaje. El avión alquilado estaba allí. Fueron allí en un microbús Volkswagen robado, y Lynn se quedó esperando en la casa mientras los demás subían al avión y despegaban hacia la isla.

Encontraron la isla de Keeley en la segunda pasada, y al aterrizar fueron tiroteados desde la destartada cabaña de control. Parker agarró una de las ametralladoras, saltó del avión y, mientras los otros le cubrían, echó a correr hacia el almacén más cercano. Dio la vuelta al almacén y barrió la cabaña de control hasta que agotó las municiones.

Entonces esperó, y no oyó más que silencio.

Cuando irrumpió en la cabaña, los dos defensores estaban muertos.

Ryan colocó el avión fuera de la vista, en uno de los hangares que aún se mantenían en pie, y se sentaron a esperar. Habían llegado al atardecer. Los hombres muertos habían depositado pequeñas latas llenas de gasolina a ambos lados de la pista, para encenderlas cuando llegaran los aviones de Sudamérica. Ryan y Sill salieron a encenderlas poco después de medianoche, y el primer avión aterrizó entre sus luces vacilantes a la una y veinte. Se detuvo al final de la pista, y el segundo avión tomó tierra un par de minutos después.

En la cabaña de control, cinco hombres observaban. Mal no dejaba de humedecerse los labios y Chester inspeccionaba su rifle para asegurarse de que estuviera realmente cargado, pero los otros tres aguardaban inmóviles.

Del primer avión salieron tres hombres y doce del segundo. Entre esos doce había dos que llevaban abultados maletines. Éstos dos permanecieron detrás de

los otros. Los grupos se encontraron, y atravesaron la pista hacia la cabaña de control.

—Esperen —susurró Parker—. Esperen.

El primero estaba alargando la mano hacia el pomo de la puerta cuando Parker empezó a disparar. Tenía a su cargo una ametralladora en la ventana de la izquierda de la puerta, y Sill disponía de la otra en la ventana de la derecha. Chester y Mal tenían rifles en las ventanas que había más allá a ambos lados. Ryan estaba en un barracón, el edificio más próximo hacia la derecha, con el tercer rifle. Además, todos llevaban un arma portátil.

La descarga inicial eliminó a siete de los quince. El resto se diseminó, y los pilotos y los hombres que llevaban los maletines echaron a correr hacia los aviones. Parker alcanzó a uno de los portadores de los maletines y Ryan al otro. Quedaron tendidos sobre la agrietada pista de asfalto, con los maletines junto a su cuerpo.

Cuatro de los sudamericanos se precipitaron hacia el barracón donde Ryan estaba escondido. Éste alcanzó a uno de ellos, Sill alcanzó a dos más, y el cuarto consiguió entrar en el edificio, donde Ryan le acorraló y remató.

El combate fue breve y desigual. El último sudamericano buscó refugio en un almacén. Llevaba dos pistolas, y finalmente tuvieron que incendiar el cobertizo. Después inspeccionaron los maletines para asegurarse de que contenían el dinero, y subieron a bordo de su propio avión. Al amanecer volvían a estar en California, donde aterrizaron en la pista enclavada detrás de la casa. Allí contaron el botín, que se elevaba a noventa y tres mil cuatrocientos dólares. Tras deducir los gastos de financiación, les quedaron noventa mil dólares justos.

Ya habían decidido la partición. Chester, como el hombre que había hecho posible la operación, recibiría un tercio: treinta mil dólares. Mal y Parker recibirían un cuarto: veintidós mil quinientos. Y Ryan y Sill se dividirían la sexta parte restante: quince mil, siete mil quinientos para cada uno. Parker también pretendía quedarse con la tajada de Mal, lo que le proporcionaría un total de cuarenta y cinco mil dólares, el cincuenta por ciento del botín. Así era como debía ser.

En la mansión abandonada, hicieron las cuentas y las partes, y pensaban pasar la noche allí —todos necesitaban dormir— antes de regresar a Chicago y separarse. Parker planeaba librarse de Mal aquella noche, pero no había contado con una traición, y menos con una que implicara a su esposa.

La casa aún estaba amueblada, y Parker y su esposa se quedaron despiertos

hasta muy tarde, en la cama de la estrella cinematográfica que había en el dormitorio de la estrella cinematográfica. Hicieron el amor, fumaron, e hicieron el amor. Siempre ocurría lo mismo después de un trabajo. Entonces se sentía impetuoso y fuerte, exigente y jubiloso, y daba a sus emociones la única liberación que les permitía. Siempre, durante uno o dos meses después del trabajo, lo hacían todas las noches, y a menudo más de una vez en la misma noche. Después su pasión iba mermando gradualmente, disminuyendo como sus reservas de dinero hasta llegar prácticamente al celibato antes del siguiente trabajo. El ciclo era siempre el mismo, y Lynn se había acostumbrado a él, aunque no sin dificultades.

A las dos de la madrugada Parker se levantó de la cama, se puso la camisa y los pantalones y cogió la automática de la mesilla de noche.

—Ahora me voy a ver a Mal —le dijo, y se dirigió hacia la puerta.

Cuando tenía la mano en el pomo, ella pronunció su nombre. Él se volvió, inquisitivo, irritado, y vio el arma de reglamento en su mano. Tuvo el tiempo justo de pensar que debían ser Chester o Mal —los dos a quienes había dado los revólveres— antes de que ella apretara el gatillo y una fuerte punzada en el estómago le dejase sin aliento y conocimiento.

Fue la hebilla del cinturón lo que le salvó. La primera bala dio en la hebilla, incrustándola en su carne. El arma saltó en la mano de Lynn, de modo que las cinco balas siguientes pasaron por encima de su cuerpo y se clavaron en la madera de la puerta. Pero ella le había disparado seis proyectiles, y le había visto caer, y no pudo menos que creerle muerto.

Se despertó con una sensación de calor y asfixia. Habían prendido fuego a la casa. Estaba echado de bruces y, cuando dobló las rodillas bajo su cuerpo con la intención de levantarse, el dolor le traspasó el estómago y, al mortecino resplandor del fuego, vio sangre en su camisa y sus pantalones.

En el primer momento pensó que la bala le había alcanzado, pero después comprendió lo que había sucedido. La hebilla de plata, con una P negra grabada, había sido machacada en forma de una taza con bordes dentada. Debajo de ella, la piel tenía un color púrpura, y parecía estar sangrando por todos los poros. El estómago le dolía horriblemente, como si hubieran introducido en él varios kilos de hierro.

Se levantó únicamente porque quiso levantarse, no porque fuera posible, y empezó a andar, apoyando casi todo su peso en la pared. Con el pecho y los

hombros apretados contra la pared, salió lentamente de la habitación y llegó al rellano.

Debería haber abandonado la casa en seguida. El otro extremo del rellano ya estaba en llamas, y una espesa humareda llenaba el hueco de la escalera. Pero tenía que saber quién había sido. Hizo el circuito de las habitaciones donde habían dormido los demás.

Mal no estaba. Chester yacía muerto, con la garganta cortada. Sill se encontraba allí, también muerto. Ryan no estaba.

Ryan los había matado a ambos; su estilo era inconfundible. Y Mal había dado el revólver a Lynn, para matarle. Mal lo había planeado, eso estaba claro, pero habían tenido demasiada prisa por marcharse antes del amanecer. Ella le había disparado seis tiros, y le habían dejado sangrando en el suelo, pero no se habían asegurado. Y éste fue su error.

Cuando intentó bajar la ancha escalera envuelta en llamas y humo, las piernas le fallaron y se cayó, rodando y golpeándose, hasta aterrizar, nuevamente inconsciente, al pie de las escaleras. El calor volvió a despertarle, y se arrastró hacia la puerta. Al nivel del suelo había menos humo; no veía más que la puerta, al final de una llanura de madera barnizada. Las líneas paralelas del suelo se sucedían a lo largo de la llanura hasta converger en la puerta, como los paisajes rayados de una pintura surrealista.

Al fin llegó a la puerta y trepó por su superficie rococó hasta el recargado pomo. Necesitó ambas manos para darle la vuelta, y después se echó hacia atrás, agotado, abriendo la puerta con el impulso. Sólo entonces pudo arrastrarse a través del umbral y la terraza y entre dos de las columnas, y dejarse caer sobre el frescor del césped.

Al cabo de un rato, tuvo la fuerza suficiente para ponerse a gatas y arrastrarse en torno a la casa y por el sendero que conducía a la pista de aterrizaje. A medio camino, en la oscuridad, tropezó con una pierna, enfundada en un zapato y unos pantalones. Buscó en sus bolsillos y encontró una caja de cerillas. Al encender una, vio los ojos vidriosos de Ryan. Se estremeció, algo que no solía ocurrirle cuando se enfrentaba con la muerte, y apagó inmediatamente la cerilla.

Pero ya había visto los agujeros de bala en el pecho del hombre muerto.

El avión había desaparecido. Mientras estaba tendido en el suelo junto a la pista de aterrizaje, descansando, oyó el débil sonido de una sirena y comprendió que debía alejarse. Ésta vez, consiguió levantarse y sostenerse en pie sin

sujetarse a nada. Atravesó la pista de aterrizaje dando tumbos y se internó en el bosque que había al otro lado.

Cuando llegó a la valla que rodeaba la propiedad, buscó un lugar donde el terreno fuese blando y, cuando lo encontró, empezó a sacar tierra con las manos hasta que pudo arrastrarse por debajo. Después siguió adelante, tambaleándose montaña abajo, y a continuación a lo largo de un valle hasta que, cuando las primeras luces del alba perfilaban las montañas situadas ante él, se desvaneció.

Pasó tres días tendido entre la maleza, nunca más que semiinconsciente. El hecho de que pasara tres días prácticamente inmóvil y que no ingiriese ningún alimento durante ese tiempo, aceleró la curación de la herida. Cuando recobró totalmente el conocimiento sólo sintió un dolor muy tenue en el estómago, amortiguado aún más por las fuertes punzadas del hambre. Logró ponerse en pie sin sentir más que un ligero vértigo, causado por el hambre, y andar sin nada más preocupante que una ligera rigidez en las articulaciones. Dejó el valle, dirigiéndose hacia el oeste, con la intención de encontrar el camino de regreso a la civilización.

Su aspecto era deplorable. No llevaba zapatos ni calcetines, su camisa y sus pantalones estaban rotos y sucios de tierra y sangre, tenía la cara y las manos llenas de arañazos y contusiones, y no podía andar normalmente. Al fin llegó a una carretera y anduvo cinco minutos por ella antes de que la policía del estado le detuviera. Se hallaba demasiado agotado para resistir, y le acusaron de vagancia.

Al quinto mes de estar recluido en la granja, escribió una cuidadosa carta a un tipo que conocía en Chicago, pidiéndole informes sobre Mal con muchos rodeos. Firmó la carta con su nombre de presidiario, Ronald Casper, porque sabía que pasaría por las manos del censor antes de ser echada al correo, pero al principio de la carta intentó dejar claro quién era realmente.

Recibió la contestación tres semanas después, una contestación tan cauta en su redacción como lo había sido su pregunta, pero se enteró de lo que quería a través de las noticias sobre parientes inexistentes. Al parecer, Mal había abandonado Chicago hacía bastante tiempo, con una mujer que no podía ser otra que Lynn. Había saldado su deuda con el sindicato y volvía a formar parte de él. Le habían visto recientemente en Nueva York, gastando mucho y dándose buena vida. Lynn aún estaba con él.

Así que Parker aguardó, y cuando se le presentó una oportunidad la aprovechó. Mató a un guardián en vez de esperar los dos meses que le quedaban

por cumplir. Tenía que poner manos a la obra.

Quería a Mal Resnick... le quería a su merced. No ansiaba recuperar el dinero. No ansiaba recuperar a Lynn. Sólo tener a Mal a su merced.

Primero fue a Palm Springs, pero los mil quinientos dólares que guardaba en la caja fuerte del hotel habían desaparecido. Lynn se los había llevado. Supo sin necesidad de comprobarlo que también se había llevado las demás reservas.

Él no era un ladronzuelo ni un trabajador errante. No tenía los conocimientos, la experiencia o el temperamento necesarios. El viaje a través del país fue muy duro, pero se mantuvo con vida. Mendigó el dinero de la comida, viajó en camión cuando le recogieron en la carretera y en tren cuando no tuvo más remedio, y se dirigió hacia el Este. Evitó a la gente que conocía y se arrepintió de haber escrito al amigo de Chicago.

No quería que Mal supiera que estaba vivo. No quería que Mal se asustara y huyese. Le quería tranquilo y satisfecho, como un personaje rico e influyente. Quería que continuara donde estaba, sonriendo, esperando que Parker le pusiera las manos encima.

SEGUNDA PARTE

Mal continuaba allí, sonriendo, esperando que Parker le pusiera las manos encima. Él no sabía que esperaba a Parker; él creía estar esperando a una jovencita llamada Pearl, una drogadicta que sólo tenía dos malas costumbres. Era la otra mala costumbre lo que ahora interesaba a Mal. Continuaba allí, envuelto en su bata japonesa de seda con un dragón bordado en la espalda, y sonreía, y esperaba a Pearl y Parker.

Allí era el salón de su suite en el hotel de la Familia. El hotel de la Familia era una estructura de piedra de aspecto respetable en la mejor zona de Park Avenue, con el nombre de Oakwood Arms en la marquesina. El edificio tenía una altura de once pisos, con dos alas en forma de L que sobresalían hacia la avenida Lexington, y ocho de sus once pisos albergaban a inocentes, respetables y opulentos huéspedes. Los huéspedes de los pisos uno, dos y tres no eran inocentes ni respetables, ni opulentos. Eran hombres de la Familia, y consideraban el Oakwood Arms como su hogar. En el tercer piso estaban los permanentes, Mal Resnick y otros que trabajaban en Nueva York y habían optado por vivir allí, donde nunca se hacían preguntas porque ya se conocían las respuestas. El segundo piso estaba parcialmente ocupado por otros permanentes y parcialmente reservado para huéspedes pasajeros, hombres de la Familia procedentes de otras partes del país y ocasionalmente de ultramar, de paso en la ciudad para una conferencia o de vacaciones. Cuando un hombre del sindicato decía a sus lugartenientes: «Me alojaré con la Familia mientras esté en Nueva York», sabían que se refería al Oakwood Arms.

En el primer piso estaban las salas de conferencias, los bares y salones de baile, y los cuartos privados que los huéspedes inocentes, respetables y opulentos nunca veían. En el hotel de la Familia jamás se cometía ninguna ilegalidad, y nunca se había visto entrar o salir de él a un hombre buscado por la policía. La dirección jamás había contratado a ningún detective privado, a pesar

de lo cual sus informes sobre los posibles empleados habrían sido la envidia de los funcionarios gubernamentales destinados en Los Alamos.

La policía nunca había hecho una batida en el lugar, seguramente porque sabían que constituiría una pérdida de tiempo, pero el hotel estaba preparado incluso para esa emergencia. Salidas laterales bien ocultas en las primeras tres plantas conducían a edificios contiguos, y los encargados de los tres pisos estaban dispuestos a alertar a los huéspedes de la Familia antes de que la ley pudiera entrar siquiera en los ascensores.

Sólo gradualmente había alcanzado el hotel la lujosa respetabilidad y seguridad de que ahora disfrutaba. A comienzos de la Prohibición fue comprado por el sindicato del licor como una tapadera, donde el alcohol podía ser almacenado con relativa seguridad en un sitio convenientemente cercano a las tabernas clandestinas del centro de la ciudad. Durante esos primeros años nadie se esforzó demasiado para proporcionar al establecimiento la fachada de un hotel normal, pero después de que la policía empezara a tomar medidas enérgicas y realizara varias batidas en el lugar, el sindicato comprendió que el edificio sólo podría ser útil si realmente aparentaba ser lo que no era. El licor restante fue retirado, el hotel fue vendido sobre el papel a un hombre de paja, se contrató a nuevos empleados que no sabían nada sobre los verdaderos dueños o propósitos del hotel, y durante seis años éste fue un negocio honrado que no produjo al sindicato más que un pequeño beneficio legítimo.

En 1930, con la fachada de respetabilidad firmemente establecida, el Oakwood Arms se convirtió de nuevo en una tapadera, pero esta vez el hampa lo usó con más cuidado y discreción. Al finalizar la Prohibición en 1933, el hotel empezó a funcionar como un centro para conferencias de negocios, mientras los sindicatos del licor se fusionaban y dispersaban, y se fusionaban nuevamente en una frenética reorganización de influencias e intereses, cambiando el licor súbitamente legalizado por artículos muy rentables y todavía ilegales, como el juego, la sindicación, la prostitución y los narcóticos.

A partir de entonces, el Oakwood Arms había desempeñado su papel en los negocios de la Familia. Se utilizaba más como residencia permanente o temporal de los ejecutivos de la Familia que para cualquier otra cosa, con diversas conferencias y fiestas ocasionales. Desde el fracaso de 1957 en los Apalaches, más y más elementos de la Familia habían utilizado el hotel como un lugar de reunión seguro. Era tranquilo y cómodo, y una garantía de que no se producirían problemas con la ley.

Todo esto explicaba la total despreocupación con que Mal Resnick, envuelto en su bata japonesa y sentado en el salón de su suite del tercer piso del hotel, esperaba a Pearl, la muchacha que sólo tenía dos malas costumbres.

Mal era un hombre rollizo, bajo y corpulento, con anchos hombros inclinados y una prominente barriga, piernas y brazos tan cortos como gruesos, y una cabeza cuadrada asentada sobre un cuello recto. En los viejos tiempos, sus manos eran grandes y ásperas, encallecidas por el trabajo, pero ahora sólo eran rechonchas, con la carne concentrada en torno a los huesos de los dedos y una piel suave y rosada. Era un taxista, con el cuerpo de un taxista y los movimientos de un taxista, y eso jamás podría cambiar.

A su alrededor estaban los símbolos de su éxito, el tocadiscos estereofónico empotrado en la pared, el bar bien surtido, la moqueta de pelo largo y los lujosos sillones y sofás. Su suite estaba compuesta únicamente por dos habitaciones, salón y dormitorio, lo cual proclamaba su ubicación en uno de los peldaños inferiores como ejecutivo de la Familia. Pero el hecho de que pudiese vivir allí proclamaba en voz aún más alta que detentaba cierto poder dentro del hampa, que lo había conseguido; no era un mercenario ni un gorrón, era uno de los Muchachos.

Consultó su reloj y vio que eran las siete y cuarto. Eso significaba que Pearl se retrasaba quince minutos y Mal volvió a sonreír. Pearl se retrasaba y Pearl sería castigada. Ella lo sabía, y no obstante acudiría, y cualquiera que fuese el castigo elegido por él, ella lo aceptaría.

A veces llegaba a pensar que estaba tan insensibilizada por las drogas que sus castigos no significaban prácticamente nada para ella, pero siempre desechaba la idea. Él se encargaba de que los notara.

Cuando Mal le ponía las manos encima para hacerla sufrir, ella sufría. Y si era necesario algo más para traspasar la capa aislante con que la heroína había recubierto el sistema de Pearl, tanto mejor. Mal tenía paciencia. Mal tenía tiempo. Mal tenía incentivos.

Volvió a mirar el reloj, vio que eran las siete y veinte, y entonces sonó el teléfono. Alargó descuidadamente la mano, seguro de que Pearl le llamaba con resignado pánico desde alguna cabina telefónica, y se acercó perezosamente el auricular a la oreja.

—Mal —dijo.

—Mal, soy Fred Haskell. Siento llamarte a casa, pero...

—No lo sientas, querido. Límitate a no llamar.

—Es que —replicó Haskell—, he pensado que esto podría ser importante. Quizá debería ir a verte en seguida.

Haskell era un ejecutivo subalterno, ubicado uno o dos peldaños por debajo de Mal en la cadena de mando de la Familia. Mal aún recordaba, con toda claridad la última vez que se perjudicó a sí mismo con un estúpido error en los negocios de la Familia, de modo que ahora no se dio demasiada importancia. Por el contrario, preguntó:

—¿Algún asunto de negocios, Fred?

—No estoy seguro. He recibido una llamada de ese tipo de los taxis de Brooklyn. Stegman. Quería ponerse en contacto contigo.

Mal frunció el ceño. No le gustaba que le recordaran a Stegman o a Lynn, o algo relacionado con esa operación.

—No le habrás dado mi número, ¿verdad, querido? —dijo.

—Diablos, no, Mal... ya me conoces. Le he dicho que no te veía desde hace meses.

—Buen chico.

—Pero él me ha dicho que averiguara dónde estabas. Ha dicho que tenía que hablar contigo, que era importante.

El ceño de Mal se intensificó. ¿Es que ese asunto iba a atormentarle de nuevo? Era imposible. A menos que Lynn hubiese decidido súbitamente que quería más pasta.

Tenía que librarse de aquella ramera; no valía la pena. Uno de los grandes al mes significaba mucho dinero, y la verdad era que él no podía permitírselo. ¿Y qué había recibido de ella? Nada. Se la había llevado a la cama unas cuantas veces, y todas las veces se limitó a permanecer inmóvil, cerró los ojos y estuvo a miles de kilómetros de allí. Él intentó hacerla sufrir y lo logró con facilidad, pero no consiguió absolutamente nada más. ¡Al demonio con todo! ¿Representaba un peligro para él? Si ahora se libraba de ella, ¿qué demonios podría hacerle? Nada de nada. No sabía dónde estaba, y aunque lo supiera no tenía nada que temer físicamente de ella. Y si difundía el rumor de dónde y cómo había obtenido la pasta para pagar a la Familia, bastaría con que él dijera que era una ramera mentirosa y vengativa, que la había mantenido durante cierto tiempo y después se había cansado de ella, razón por la que ahora intentaba desquitarse. Nadie la escucharía.

Así pues, ¿por qué seguir manteniéndola? Si se trataba de acallar su conciencia, era una estupidez. Y no podía ser nada más.

Por lo tanto, tomó una decisión. Si quería más dinero, se libraría de ella. Preguntó a Haskell:

—¿Te ha dicho de qué se trataba?

—Ha dicho que un tipo había ido a buscarte. Que había matado a una mujer y después había ido en tu busca.

¿Un tipo? ¿Ryan? No, estaba muerto. Todos estaban muertos. ¿Uno de los sudamericanos? ¿Cómo demonios habrían podido averiguar quién participó en el atraco? ¿Alguien de la Familia que hubiese vendido las armas? Ellos tampoco podían relacionarle con aquel asunto.

—¿Qué aspecto tenía ese tipo?

—No me lo ha dicho. Sólo ha dicho que un tipo que no se andaba con rodeos había ido a buscarte.

—¿Qué no se andaba con rodeos? Al diablo con eso.

—He pensado que debías saberlo, Mal, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, sí, has hecho bien. Escucha, quiero hablar con ese hijo de perra.

—¿Con Stegman?

—¿Con quién va a ser? Prepárame una entrevista.

—¿En tu casa?

—Vete al infierno, querido. Nos encontraremos en Landau's, junto al puente. En la parte de atrás.

—En Landau's, junto al puente.

—A las nueve.

—¿Ésta noche?

—¿Cuándo quieres que sea, idiota?

—No sé si podré localizarle, Mal, esto es lo malo. —Localízalo, querido. Hazlo. Su asquerosa compañía de taxis aún debe estar abierta.

—De acuerdo, Mal, lo intentaré.

—No lo intentes, querido. Hazlo.

Mal colgó bruscamente y se levantó de un salto. ¿Quién era? ¿Quién demonios era? Atravesó el salón a grandes zancadas, quitándose la bata sin detenerse. Bajo ella, su rechoncho cuerpo estaba desnudo, obeso y flácido, con un uniforme bronceado de lámpara solar.

Se vistió, murmurando por lo bajo, recordando nombres y caras, intentando deducir quién había sido. Había matado a una mujer y había ido en busca de Mal. Había matado a una mujer y había ido en busca de... Había matado a Lynn.

Vestido y calzado, fue otra vez al salón, tambaleándose ligeramente. Había

matado a Lynn. Tenía que ser ella; era la única mujer que le relacionaba con Stegman. Había matado a Lynn.

¡Oh, santo Dios!

En aquel momento, sonó el timbre. Se quedó inmóvil, mirando la puerta. El timbre volvió a sonar y él gritó:

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

Una voz tenue contestó:

—Soy yo, cariño. Soy Pearl.

Abrió la puerta con brusquedad y ella entró, con la boca abierta, dispuesta a formular toda clase de excusas.

—Es Parker —dijo él, y le dio dos puñetazos en el estómago.

La muchacha cayó al suelo, y él pasó sobre su espalda en dirección al rellano.

De día, la sombra del puente de Manhattan se cierne sobre las ventanas del Landau's bar y Grill. De noche, hay demasiadas sombras para determinar el origen de ninguna.

Mal aparcó su coche de la Familia a dos manzanas de distancia y fue andando hasta Landau's. Los clientes regulares apiñados a lo largo de la barra le contemplaron por el espejo de la pared mientras atravesaba la estancia, y torcieron el gesto al ver que llevaba traje y corbata. Pero no se volvieron ni le interpelaron, ni hicieron nada para llamar su atención. Sabían, vagamente, que Landau's era distinto de los otros bares del barrio, que llevaba una especie de doble vida. Trajes y corbatas se congregaban de vez en cuando en la habitación trasera, y convenía dejarlos solos.

Stegman ya estaba allí y parecía nervioso. Se levantó cuando vio entrar a Mal y dijo:

—¡Caray, me alegro de verte! Éste sitio es un agujero.

Mal cerró la puerta de la pequeña habitación.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Qué? Era grande. Un hijo de puta de aspecto imponente, Mal. Me amenazó sin un revólver ni un cuchillo, nada. Dijo que si tenía que matarme lo haría con las manos, y te juro que le creí.

—Es Parker —murmuró Mal para sí.

—Tenía las manos grandes, Mal —Stegman alzó sus propias manos, con los dedos curvados—. Le sobresalían todas las venas.

—¡El hijo de perra! —exclamó Mal.

—No me gustaría que anduviera tras de mí, te lo aseguro.

—¡Cállate! —gritó Mal, cerrando los puños—. ¿Quién te crees que soy, un don nadie? Tengo amigos.

—Claro que sí, Mal.

—¿Acaso debería temer a ese hijo de perra? Ni siquiera podrá acercarse a mí.

Stegman se pasó la lengua por los labios.

—He pensado que querrías saberlo, Mal.

—Lo único que he de hacer es señalarle —declaró Mal—. Descuelgo el teléfono, pronuncio su nombre y es hombre muerto. Y esta vez continuará estando muerto.

—Por supuesto. He pensado que querrías saberlo para poder tomar las medidas oportunas.

Mal se dirigió súbitamente hacia la única mesa de la habitación, retiró una silla y se dejó caer en ella.

—Siéntate —ordenó—. Cuéntame todo lo que dijo.

¿Qué dijo sobre mí?

Stegman se sentó al otro lado de la mesa y apoyó las palmas de las manos sobre su superficie. De todos modos, le temblaron ligeramente.

—Dijo que podías dejar de pagar a la chica, que estaba muerta. En el depósito. Dijo que te estaba buscando. Eso es todo.

—¿No dijo quién era? ¿Ni por qué?

—Nada. Sólo lo que te he dicho.

—Y añadió que si me veías se lo comunicaras.

Stegman meneó la cabeza.

—No, no lo hizo. No añadió nada.

El camarero abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Quieren algo, señores?

—Una cerveza —dijo Stegman.

—Nada —dijo Mal—. Paz y tranquilidad.

El camarero esperó, mirando a Stegman.

—¿Cerveza o nada?

Stegman se encogió de hombros con inseguridad.

—Nada —repuso—. Quizá más tarde.

—Ya le llamaremos —añadió Mal.

El camarero se alejó y Stegman dijo:

—Esto es todo lo que hubo, Mal. Te lo he contado todo.

—¿Qué le contaste a él?

—Nada. ¿Qué iba a contarle? ¿Qué podía contarle, si ni siquiera sabía dónde estabas?

—¿Qué hay del dinero?

Stegman asintió rápidamente.

—Sí. Eso sí que se lo conté. Le hablé de la cuenta corriente. Quería saber cómo recibía el dinero.

Mal se mordisqueó el labio inferior y miró hacia el otro lado de la habitación.

—No puede seguirme el rastro a través de eso. Los estados de cuenta van a tu nombre. El banco no le diría nada.

—Es lo que yo pensé —dijo apresuradamente Stegman—. No perjudicaba a nadie contándole la verdad. ¿Qué iba a hacer?

—No lo sé. Antes estaba muerto y ahora no lo está. No sé lo que puede hacer. ¿Qué más le dijiste?

—Nada, Mal —Stegman separó las manos—. ¿Qué podía decirle? No sabía nada más.

—Entonces, ¿por qué no te mató?

Stegman parpadeó.

—Debió creerme.

—Le diste algo más. Para salvar tu maloliente pellejo, le diste algo más. Un nombre, tal vez... el de alguien que sabe dónde encontrarme.

—Te juro por Dios, Mal...

—El nombre de Haskell, tal vez. ¿Verdad?

—Por mi madre, Mal...

—Deja a tu madre en paz. ¿Lo hiciste o no? —Mal agitó una mano, impidiendo contestar a Stegman—. Espera un momento. No quieras protegerte de nada. No voy a por ti. Si le hablaste de Haskell, quiero que Haskell esté preparado, eso es todo... Tú no tienes por qué preocuparte.

—No le hablé de Haskell dijo Stegman. No le di ningún nombre, lo juro.

—Entonces, ¿qué? Le dijiste que yo estaba en Nueva York.

La negativa acudió a los labios de Stegman, y después retrocedió hasta su garganta. Asintió.

—Tenía que darle algo, Mal —dijo—. No paraba de abrir y cerrar las manos.

—Está bien. Está bien —Mal asintió, moviendo todo el torso—. No importa,

Art, no te preocupes. Significa que se quedará en la ciudad. No estuvo tan mal.

—Tenía que darle alguna pista, eso es todo, para que no pensara que no quería hablar.

—Me parece muy bien. Ahora procura que yo no piense lo mismo. ¿Dónde dijo que podías localizarle?

—No me lo dijo, Mal. ¡Santo Dios, no te miento! Ni siquiera tenía la intención de contártelo, pero hemos sido amigos...

—Tonterías. Tenías miedo de que me encontrara y yo lo averiguase.

—Mal, hemos sido amigos.

—¿Dónde debes llamarle? Si te topas conmigo, deberás llamarle.

Stegman sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ni siquiera lo sugirió, Mal. Ni siquiera lo sugirió.

Mal guardó silencio, mordiéndose el labio inferior, reflexionando.

Finalmente dijo:

—De acuerdo. Es su forma de actuar. Tampoco habría confiado en ti.

—Tú sí que puedes confiar en mi, Mal. Por el amor de Dios...

—Sí, lo sé... somos amigos.

—Hemos sido amigos durante muchos años, Mal.

—Le tenías. Y le dejaste escapar. —Mal asintió—. Muy bien, Art. Ahora vuelve a encontrarle.

Stegman levantó las manos.

—¿Qué? ¿Cómo quieres que lo haga? No sé nada de él.

—No me importa cómo lo hagas; hazlo.

—No sabría por dónde empezar, Mal. Por el amor de Dios, dame una oportunidad.

—Te estoy dando una oportunidad, bastardo. Te estoy dando la oportunidad de enmendar tu error.

—Mal, no hay manera de...

Mal se inclinó sobre la mesa.

—Querido —dijo—, tiene que haber una manera. ¿Me oyes? Tengo amigos, y eso significa que tiene que haber una manera. A menos que quieras conducir tú mismo todos tus taxis.

Stegman abrió la boca para protestar, pero después volvió a cerrarla y bajó la mirada hacia la mesa.

—Lo intentaré, Mal —dijo—. No sé cómo demonios lo haré, pero lo intentaré.

—Buen chico —Mal se retrepó en la silla, sonriendo—. Él está solo. Yo tengo a toda la Familia de mi parte. ¿Qué puede hacer?

—Nada, Mal.

—Ve a buscar un par de cervezas, Artie.

Stegman se apresuró a ponerse en pie.

—En seguida, Mal. No te preocupes, yo invito.

Mal ni siquiera había hecho ademán de querer sacar la cartera.

Mal enfiló el pasillo del tercer piso del hotel de la Familia y llamó con los nudillos a la puerta de la suite 312. Esperó, y cuando la muchacha rubia con el sujetador rojo y las pequeñas bragas rosa abrió la puerta, dijo:

—Quiero hablar con Phil. Dile que soy Mal Resnick.

—De acuerdo.

La muchacha volvió a cerrar la puerta, dejándole en el pasillo. Encendió un cigarrillo y después, al recordar el asma de Phil, miró a su alrededor en busca de un lugar donde tirarlo. El suelo estaba cubierto por moqueta de pelo largo y el recipiente de arena más próximo se hallaba junto a los ascensores. Estaba a medio camino de regreso cuando la puerta se abrió de nuevo y la rubia asomó la cabeza al pasillo. Él le hizo una seña y apresuró el paso, sintiéndose como un tonto.

Ella le miró inexpresivamente y se apartó cuando llegó a la puerta. La siguió al interior, jadeando un poco, y la oyó decir:

—Cierre la puerta.

—Desde luego.

—Phil dice que le espere aquí. Vendrá en seguida.

—De acuerdo. Gracias.

La muchacha desapareció por una puerta, sin volverse a mirarle, y Mal se acomodó en el sofá blanco, contento de tener una oportunidad para recuperar el aliento.

Paseó la mirada por el salón, que era casi el doble de grande que el suyo y estaba amueblado incluso con más lujo. Phil tenía cuatro habitaciones, y todas eran como ésa. Phil se hallaba muy arriba en la cadena de mando, tan arriba como Mal pudiera llegar directamente. Algún día, se dijo a sí mismo, él tendría cuatro habitaciones como ésa y una rubia como la del sujetador rojo. Eso era material de primera.

No tendría más saldos como Pearl. Sólo material de primera, con sujetadores rojos llenos a rebosar, con traseros semicubiertos por pequeñas bragas rosas, y

vientres planos con aquella ligera protuberancia en la parte baja del abdomen. Eso era lo que él quería y eso era lo que tendría. Era prudente, hacía su trabajo y daba pruebas de su valor. Estaba destinado a realizar grandes cosas, y él lo sabía.

Phil le hizo esperar más de diez minutos. Cuando finalmente salió, no llevaba más que un par de pantalones grises. Una mancha de lápiz de labios destacaba claramente sobre la piel de su pecho, debajo del pezón izquierdo. Mal le miró, y comprendió que Phil le había tenido esperando mientras él se desfogaba. Con aquella rubia. Mal mantuvo el rostro inexpresivo. No le importaba esperar.

Llegaría el día en que le esperaran a él en el salón mientras se desfogaba con una rubia como aquélla. Ya tenía subalternos, tipos que esperaban cuando él decía que esperaran, y tenía mujeres. Pero las tendría mejores.

¿Qué podía hacer Parker contra él? Estaba asentado, estaba en el buen camino, estaba subiendo. ¿Qué podía hacer aquel hijo de perra por sí solo?

—¿Cómo te va, Mal? —preguntó Phil, y le volvió la espalda para acercarse al bar y servirse una copa. De regreso, dijo—: ¿Quieres algo? Las bebidas están allí.

—Gracias, Phil.

Mal se apresuró a servirse un whisky con un cubito de hielo y un chorro de vichy. Cuando volvió, Phil estaba tendido en el sofá, de modo que se acomodó en la butaca de cuero.

Phil dio un sorbo a su bebida.

—Pareces nervioso, Mal. ¿Algún tropiezo en la operación?

—No, no, nada de eso. Todo marcha como una seda, Phil. Yo me encargo de ello, ya lo sabes.

—Por supuesto. Eres un buen administrador, Mal.

Mal sonrió.

—Gracias. Quería preguntarte si podrías arreglarme una entrevista con el señor Fairfax.

—¿Con George? —Phil enarcó una ceja y después meneó la cabeza—. Lo siento, chico —dijo—. En este momento George está en Florida.

—El señor Carter, entonces.

—El señor Carter —repitió Phil—. Sólo lo mejor, ¿eh, Mal? ¿Estás seguro de que no puedo encargarme yo?

Una pregunta, difícil de contestar. Phil podía ayudarle y Phil podía perjudicarlo... en el trabajo, en la carrera. Mal sonrió torpemente y dijo:

—La verdad es que este asunto no atañe a la Familia. Al menos, directamente. Es algo personal. Pero tendría que hablar con el señor Fairfax o el señor Carter.

Phil reflexionó, hundiendo los cubitos de hielo que había en su vaso. Después dijo:

—Veré lo que puedo hacer por ti, Mal. No te prometo nada, compréndelo, pero veré lo que puedo hacer.

—Te lo agradecería mucho, Phil.

—Sin embargo, —insistió Phil—, tengo que saber de qué se trata. Ya lo sabes. No puedo ir a ver a Fred Carter y decirle: «Un tal Mal Resnick —es uno de los muchachos— quiere verle», sin saber de qué se trata. Ya lo sabes. Él me dirá: «Phil, ¿qué quiere ese muchacho?». Comprendes a lo que me refiero, ¿verdad?

Mal se mordió el labio inferior.

—Te lo explicaré —dijo—. Hay un tipo que anda tras de mí.

—¿Un muchacho de la Familia?

—No, no... de fuera de la Familia.

Phil asintió.

—De acuerdo.

—Yo pensaba que estaba muerto. Sin embargo, ha aparecido de repente y me está buscando.

—Y... ¿qué es lo que quieres, Mal? ¿No puedes ocuparte de ese tipo tú solo?

—Claro que puedo, pero no sé dónde buscarle. Se encuentra en la ciudad, pero no sé dónde. Ahora bien, está metiendo la nariz, está haciendo preguntas, está removiendo las cosas. Quiero encontrarle, ¿comprendes a lo que me refiero? Antes de que haga mover peligrosamente el barco.

—Quieres que te ayudemos a encontrarle, ¿no es así? Y después tú mismo te encargarás de él.

—Por supuesto. Eso es. Yo libro mis propias batallas, Phil, pero necesito ayuda para encontrar a ese hijo de puta.

—¿Qué es ese tipo? Has dicho que no está en la Familia.

—Es un atracador, un estafador. Un independiente.

—¿Tiene socios?

Mal no lo sabía con certeza. Conociendo a Parker, seguramente no. Querría ocuparse de esto por sí solo.

—Ningún socio. Trabaja en solitario.

Phil terminó su bebida, sin apresurarse, y después se levantó.

—De acuerdo, chico —dijo—. Hablaré con el señor Carter. No te muevas de tu habitación. ¿Entendido?

Mal se levantó, apurando de un trago el resto de su Scotch con vichy.

—Así lo haré —dijo—. Muchísimas gracias, Phil.

—No tiene importancia, chico —Phil sonrió y le dio una palmada en el hombro—. Siempre que tengas un problema, ven a hablar conmigo. ¿De acuerdo?

—Desde luego, Phil. Gracias.

—Muy bien. Y ahora, si me disculpas, chico, tengo un pequeño asunto...

—¡Oh, naturalmente! —exclamó Mal—. Naturalmente.

Se dirigió hacia la puerta, vio que aún tenía el vaso vacío en la mano, y se desvió hacia el bar. Después sonrió rápidamente a Phil, que permanecía en medio de la habitación esperando que se marchara, y salió.

El edificio de oficinas tenía treinta y siete pisos de altura. En letras doradas sobre la puerta de cristal escarchado de la 706 figuraban las palabras: «FREDERICK CARTER, Inversiones». Mal abrió la puerta y entró en una antesala vacía. Se oyó el tenue sonido de un timbre cuando cerró la puerta.

Dos sofás, dos lámparas de pie, dos mesitas auxiliares y un montón de ejemplares atrasados de U. S. News & World Report. Una puerta de madera sin rótulo alguno al fondo de la habitación. Mal titubeaba, preguntándose si debía o no debía sentarse y esperar, cuando la puerta se abrió y un hombre alto y de anchos hombros, que parecía un vaquero cinematográfico, pero llevaba un impecable traje gris oscuro, salió y cerró la puerta tras de sí. Mal oyó el chasquido de la cerradura.

El hombre dijo:

—¿En qué puedo servirle?

Había un indicio de aspereza en aquella voz que quería ser suave.

Mal repuso:

—Soy Mal Resnick. Tengo una cita con el señor Carter.

—Resnick —repitió el hombre—. Sí, lo recuerdo. Dese la vuelta, por favor.

Mal dio media vuelta y el hombre se acercó para cachearle. Extrajo su cartera del bolsillo, leyó su carnet de conducir y volvió a poner la cartera en su sitio.

—Muy bien —dijo el hombre—. Venga conmigo.

Mal volvió a dar la vuelta, satisfecho de no haber cedido al impulso de llevar un arma —con Parker en Nueva York, quizá necesitaría una, quizá se toparan en la calle o algo por el estilo— y esperó a que el hombre abriera la puerta y le indicara el camino.

Atravesaron un despacho gris con muebles grises y funcionales, y traspusieron otra puerta hasta una especie de salón-bar.

—Espere aquí. Haga el favor de no beber —recomendó el hombre sin sonreír.

Mal esperó y, tras un par de minutos, el hombre reapareció, sostuvo la puerta abierta y dijo:

—El señor Carter le recibirá ahora.

—Gracias.

Mal entró en el despacho del señor Carter. El hombre volvió a cerrar la puerta y fue a sentarse impasible, en un rincón de la derecha. El señor Carter dijo:

—Acérquese, Resnick. Tome asiento.

El señor Carter era un hombre impresionante. Su semejanza con Louis Calhern resultaba asombrosa. Sentado tras una mesa de caoba maciza, traía a la mente visiones de Wall Street y altas finanzas, de acciones de ferrocarril, de la industria siderúrgica y la banca. Libros de leyes y tratados de economía llenaban las estanterías protegidas con puertas de cristal. Fotografías de presidentes, sin firmar, adornaban las paredes.

Le señaló una butaca de cuero marrón frente a la mesa, y Mal se apresuró a sentarse en ella, procurando mantenerse erguido y alerta.

—Phil me dice que tiene un problema personal para el que necesita nuestra ayuda. ¿Es así?

Mal tragó saliva. No era un buen principio.

—Bueno, es un problema personal, pero creo que la Familia resultaría perjudicada si este tipo continuara husmeando.

El señor Carter hizo una tienda de campaña con los dedos.

—Es una posibilidad —admitió—. Ahora bien, hay tres maneras de enfocar esta situación. —Las fue enumerando con los dedos—. Primera, podríamos darle la ayuda que pide. Segunda, podríamos ignorar el problema y dejar que lo solucionara usted solo, lo mejor que pudiera. Tercera, si nos pareciese que había verdadero peligro para el buen funcionamiento de nuestra organización, podríamos reemplazarle.

Mal parpadeó, y miró instintivamente por encima del hombro hacia el otro individuo, pero continuaba sentado en el mismo lugar, impassible.

—Cada una de estas alternativas —prosiguió tranquilamente el señor Carter— tiene sus ventajas. Hemos hecho una inversión en usted, Resnick, de tiempo, dinero y adiestramiento. Después de un error en Chicago, se ha desenvuelto muy bien en la organización. Si nos decantamos por la primera alternativa y le damos nuestra ayuda, estaremos protegiendo nuestra inversión, lo cual siempre es una buena política de negocios.

—Se lo agradecería, señor Carter —dijo rápidamente Mal—. Haría un buen trabajo y le aseguro que no lo lamentaría.

Si elegimos la segunda alternativa —continuó el señor Carter, sin hacerle caso—, la de ignorar el problema y abandonarle a sus propios recursos, hay otra ventaja digna de considerarse. Los hombres de nuestra organización tienen que ser duros y competentes. Si resolviera este problema usted solo, nadie dudaría de que es el tipo de hombre que necesitamos, el tipo de hombre capaz de prosperar en nuestra organización. Mal asintió vivamente.

—Quiero resolverlo yo solo, señor Carter —aseguró—. Lo único que quiero es un poco de ayuda para encontrar a ese tipo. Una vez esté localizado, yo me ocuparé de él.

—Sin embargo —dijo el señor Carter—, no hay que olvidar el asunto de Chicago. Es cierto que compensó su error pagando lo que nos debía, pero no es menos cierto que cometió un error. Y esto nos induce a dudar. Quizá no posea el temple que nosotros requerimos. Es un buen administrador en su zona, pero ser un buen administrador no basta. Quizá el error de Chicago, y el hecho de permitir que un aspecto de su vida personal se convierta en un posible peligro para la organización, sean indicadores de que no es usted nuestro tipo de hombre. En este caso, lo más razonable sería eliminarle como un factor de la organización. Eso suprimiría inmediatamente el peligro externo que usted nos ha traído.

Mal permaneció en silencio, con todos los nervios en tensión. Sus labios temblaron. Pero no se le ocurrió nada que decir.

El señor Carter contempló la tienda de campaña que había formado con los dedos. Sus labios se fruncieron y relajaron, una y otra vez. Finalmente, levantó los ojos y dijo:

—Antes de tomar una decisión, quizá deba saber algo más sobre su problema. Según Phil, un hombre ajeno a la organización tiene algo contra usted,

y ha venido a Nueva York en su busca, aparentemente para matarle. Usted afirma que trabaja solo y que es un ladrón profesional. ¿Es así?

Mal asintió.

—Así es. Roba nóminas, bancos y cosas por el estilo.

—¿Cómo se llama?

—Parker.

El señor Carter frunció el ceño.

—¿Es que no tiene nombre de pila?

—No sé cuál es. Siempre se hace llamar Parker. Su esposa debía saberlo, pero nunca me lo dijo. No se me ocurrió preguntárselo.

—¿Tiene la esposa de Parker algo que ver con este ajuste de cuentas?

—Sí, señor.

—En otras palabras, el que le persigue es un marido cornudo, ¿no es así?

Mal reflexionó, pensando con rapidez. Si decía que sí, no tendría que contestar ninguna pregunta embarazosa sobre aquel asunto del atraco. Pero ¿se molestaría la Familia en ayudar a un tipo que tenía problemas con un marido celoso? Probablemente no. Mal tomó aliento.

—No es sólo eso, señor Carter —dijo.

—Sí. Me lo imaginaba. ¿De dónde sacó los ochenta mil dólares, Resnick?

—Señor Carter, yo...

—Éste es el motivo por el que ese hombre está aquí, ¿verdad? ¿Los ochenta mil dólares que usted nos pagó?

Mal se mordió el labio.

—Sí.

El señor Carter se retrepó en la butaca de cuero, que crujió como para denotar su lujosa calidad.

—Nunca le hemos preguntado de dónde sacó ese dinero, Resnick —dijo—. No era asunto nuestro. Usted nos adeudaba cierta cantidad, nos la pagó y le dimos una segunda oportunidad. Ahora parece ser que, después de todo, sí que era asunto nuestro. ¿De dónde sacó el dinero, Resnick?

—De un... robo. Un atraco, señor Carter.

—¿Y quién fue el atracado? ¿Ése Parker?

—No, señor.

—¿Formaba él parte de la banda que realizó el atraco?

—Sí, señor. —Y usted se quedó con su parte, ¿no es así?

—Sí, señor.

El señor Carter asintió, mirando por encima de la cabeza de Mal hacia la pared de enfrente.

—Traicionó a su socio en beneficio propio. Una acción que no siempre es censurable, sobre todo si existe un buen motivo. Y esta vez existió un buen motivo. Quería reembolsarnos el dinero de su error.

—Así es, señor Carter. —Mal se inclinó ansiosamente hacia adelante—. Verá, yo organicé todo el asunto, y Parker intentó traicionarme primero. Pero no lo logró, y le pagué con la misma moneda.

—No debería haberle dejado con vida, Resnick —observó el señor Carter—. Éste fue un gran error de criterio.

—Pensaba que estaba muerto, señor Carter. Le disparé, y le aseguro que parecía muerto. Y después prendí fuego a la casa donde se encontraba.

—Comprendo —el señor Carter apoyó las palmas de las manos en el secante verde que había sobre su mesa y se miró las uñas—. Hay algo más —dijo—. ¿Dónde tuvo lugar ese atraco?

Mal ya había previsto esta pregunta, y sabía que esta vez la verdad sería más peligrosa que cualquier mentira. Siempre existía la posibilidad —nada descabellada en este caso— de que el propio señor Carter o algún amigo suyo hubiera invertido dinero en aquel negocio de armas. Tenía que mentir.

Pero quizá el señor Carter verificara sus declaraciones. Mal recordó haber oído decir a Parker que él y Ryan trabajaron juntos en Des Moines poco antes del atraco en la isla. Mal ignoraba los detalles, pero sabía que el robo había tenido lugar y no estaba enterado de ningún otro. De modo que dijo:

—En Des Moines, señor Carter, hace aproximadamente un año y medio. Una nómina.

—Comprendo. Y usted se largó con el dinero de Parker y la esposa de Parker, ¿no es así?

Mal asintió.

—Sí, señor.

El señor Carter se permitió una fría sonrisa.

—Así pues —dijo—, lo que ese tipo tiene contra usted es perfectamente comprensible.

—Era él o yo, señor Carter.

—Por supuesto. ¿Sigue la señora Parker con usted?

—No, señor. Rompimos hace unos tres meses. Me he enterado de que él la ha matado.

—¿Qué la ha matado? ¿Cree que antes averiguó dónde podía encontrarle?

—Ella no lo sabía, señor Carter.

—¿Está seguro?

—Sí, señor.

—Muy bien.

El señor Carter volvió a hacer una tienda de campaña con los dedos, y se miró las uñas. Sus labios se fruncieron y relajaron, como un pez, y el silencio reinante en la habitación se prolongó. El silencioso hombre del rincón cambió de posición, haciendo un ligero ruido, y Mal dio un salto, volvió la cabeza y le miró con temor. Respiró nuevamente cuando vio que el hombre seguía sentado, impassible, fumando un cigarrillo.

Mal quería un cigarrillo. Lo necesitaba. Pero no le pareció correcto encender uno. Se pasó la lengua por los labios y esperó.

Finalmente, el señor Carter levantó la mirada.

—Como recordará —dijo—, tenemos tres alternativas posibles. —Las fue enumerando con los dedos—. Ayudarle, abandonarle a sus propios recursos, o eliminarle de la organización. Por el momento, creo que nos decidiremos por la segunda. Si consigue resolver este problema por sí solo, tanto mejor. Si resulta que tropieza con demasiadas dificultades, vuelva y hablaremos, y decidiremos si es mejor adoptar la primera o la tercera alternativa. —Volvió a esbozar su fría sonrisa—. Creo que ésta es la mejor decisión que podemos tomar.

Mal se puso en pie a duras penas, con un agudo dolor en la boca del estómago.

Gracias, señor Carter.

—No tiene importancia. Para eso estamos. Ah, Resnick. Es usted responsable del trabajo de un grupo dentro de la organización. Ése grupo ya tiene bastantes obligaciones. No podrán ayudarle en este asunto personal.

—No, señor —dijo Mal.

—Otra cosa. Quizá sería mejor, hasta que este asunto se resuelva de uno u otro modo, que abandonara el Oakwood Arms. Como es natural, le reservaremos la suite. No queremos que suceda nada desagradable en el hotel. ¿Lo comprende?

—Sí, señor —asintió Mal.

El hombre silencioso le acompañó hasta la puerta principal.

Mal estaba al teléfono, contando las llamadas. A la décima, apretó las palancas de la horquilla con el pulgar, cortando la comunicación, y marcó otro

número. Pearl no estaba en casa. Quizá se hallara nuevamente en aquel bar de mala muerte.

Tampoco estaba allí. El camarero reconoció su voz y le dijo que no, que Pearl no estaba. Le irritó que el camarero reconociera su voz. Dependía demasiado de Pearl; tendría que recurrir a otra.

Se le ocurrió que podía estar en el hotel, esperándole, ignorante de que se había mudado, y que él podía dejarle al menos un recado en recepción. Pero... al diablo con eso. Quería otra cosa, algo bueno. Algo como la rubia de Phil.

Titubeó, tentado de llamar al Oakwood Arms, pero finalmente marcó otro número. Contestó una mujer, una mujer con una voz ronca y áspera por el tabaco, y él dijo:

—Mal Resnick, Irma. Me iría bien una chica.

—¿A quién no, cariño? ¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

—Quiero algo de primera, Irma —repuso, imaginándose lo que quería—. Una rubia, algo que esté realmente bien. Para toda la noche.

—Mal, cariño —repuso ella—, hacia mucho tiempo que no llamabas. Hay algo que quería decirte.

—¿Qué?

—El sobre, cariño. Las últimas dos chicas se me quejaron. No había bastante dentro del sobre.

Él se echó a reír, a pesar de que no tenía ningunas ganas de hacerlo.

—¿Qué demonios, Irma! ¿No estarías de acuerdo en hacer una pequeña rebaja a un compañero de la Familia?

—No, cariño. Las chicas también han de ganarse la vida. Tienen su precio y les gustan los clientes que pagan el precio establecido, ¿comprendes lo que quiero decir?

Mal no estaba de humor para discutir.

—De acuerdo —repuso bruscamente—. De acuerdo, de acuerdo. Pagaré hasta el último centavo. ¿Satisfecha?

—Del todo, cariño. Y ahora vuelvo a preguntarte, ¿cuánto estás dispuesto a pagar?

—Ya te he dicho lo que quería. Una rubia, algo que esté realmente bien. Joven, Irma, joven y pechugona.

—Hablas de unos cien dólares, cariño.

Mal frunció el ceño y se mordió el labio, y después asintió convulsivamente.

—De acuerdo —dijo—. Cien dólares. Por toda la noche.

—¿Qué más? Estás en el hotel de la Familia, ¿verdad?

—No, me he mudado. En el St. David, calle Cincuenta y siete, habitación quinientos dieciséis.

—¿Quieres llevarla a cenar, a un espectáculo, o algo así?

—Quiero tenerla aquí, Irma. En la cama, ¿me entiendes?

Irma prorrumpió en roncadas carcajadas.

—Una rubia atlética —dijo—. Llegará hacia las ocho.

—Estupendo.

Mal colgó y paseó la mirada por la habitación, pero no había bar. Treinta y dos dólares diarios, y no había bar. Volvió a coger el teléfono y llamó al servicio de habitaciones. Dos botellas, vasos, hielo. Así se entonaría.

Apenas eran las siete. Tenía que matar una hora. Paseó por la habitación, irritado. Cien dólares por acostarse con una mujer; era irritante. Parker resucitado de entre los muertos; era irritante. El abandono en que le había dejado la Familia; era irritante. Incluso la habitación era irritante.

La habitación formaba parte de una suite de cuatro. Ignoraba lo que le había impulsado a hacer esto: pedir una suite de cuatro habitaciones que le costaba treinta y dos dólares diarios, del mismo modo que ignoraba por qué tiraba cien dólares en una mujer que no podría hacerle más que Pearl. Lo más probable, puesto que no se conocían, era que le hiciese incluso menos.

Pero, con razón o sin ella, había malgastado su dinero en la chica y la suite. Sabiendo que ninguna de ambas cosas valían la pena.

La suite, por ejemplo. Ése salón. Era antiguo. La pintura era reciente, los muebles y adornos eran nuevos, los cuadros de la pared eran nuevos, pero la habitación seguía siendo vieja, y con aquella vejez que las habitaciones de hotel denotan a pesar de haber sido remozadas. Y además de vieja, era impersonal. La suite del hotel de la Familia era suya, era donde vivía. En esta suite no vivía nadie, ni ahora ni nunca, del mismo modo que los compartimentos de un cochecama. Podían estar ocupados, pero nadie podía vivir en ellos.

La chica tampoco valdría la pena. Estaba haciendo las cosas mal, estaba cometiendo errores estúpidos, y lo peor era que lo sabía. El hecho de saber que Parker estaba vivo le había inquietado más de lo que quería admitir. Su visita al señor Carter, por ejemplo. No había ganado nada, y quizá había perdido.

Ahora el señor Carter le estaba observando. Ahora tenía que encontrar a Parker, no sólo evitarle sino encontrarle. Esto era una prueba y la Familia estaba observando, y si ahora fallaba no volverían a darle una oportunidad. Ésta vez

estaba demasiado arriba en la cadena de mando para que se contentaran con echarle a la calle. Ésta vez tendrían que matarle.

Tenía que trabajar solo. Si no hubiera ido a ver al señor Carter, habría podido utilizar a algunos muchachos del grupo, e incluso asignar a uno de ellos la tarea de acabar con Parker. Ahora había perdido esa oportunidad. Tenía que trabajar solo.

Sabía que Stegman no encontraría a Parker. Era imposible que Stegman encontrara a Parker. Tenía que hacerlo él, sólo él.

De repente dejó de pasear. Se le había ocurrido una idea. Había un modo de utilizar a la Familia. Era muy peligroso, pero podía hacerlo. Tendría que hacerlo. No había ningún otro modo.

Atravesó la habitación a grandes zancadas hasta el teléfono y marcó rápidamente un número. Cuando Fred Haskell contestó, dijo:

—Fred, quiero que hagas correr un mensaje de mi parte.

—Desde luego, Mal. Lo que me digas. ¿Cómo te fue con Stegman?

—Muy bien, muy bien. Es sobre esto. Ése tipo que me está buscando, ese tal Parker. Ahora me he mudado del hotel de la Familia. Me hospedo en el St. David, calle cincuenta y siete, habitación quinientos dieciséis. Haz correr el mensaje. Si alguien pregunta por mí, a cualquiera de los muchachos, si ese Parker aparece, decídle dónde estoy.

—¿Quieres que se lo digamos?

—Eso es. No en seguida, porque entonces se olería algo raro. Pero dejadle saber dónde estoy. Después llámame inmediatamente. ¿Lo has entendido? Que no te llamen a ti, que me llamen a mí.

—De acuerdo, Mal. Lo que tú quieras.

—Diles que me llamen inmediatamente.

—Se lo diré, Mal.

—De acuerdo.

Mal colgó y respiró profundamente. Muy bien. Cuando llegara el momento, contrataría a un par de tipos para que le ayudaran. A veces trabajaban para la Familia, a veces no; eran independientes. No sería como utilizar a gente de la Familia.

En aquel momento llamaron a la puerta. Mal se sobresaltó y sus ojos se posaron involuntariamente en el teléfono. Preguntó:

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones.

—Un momento. Espere un momento.

El revólver estaba en el dormitorio, encima de la cama, junto a la maleta. Fue allí rápidamente, lo cogió y volvió al salón con él. El bolsillo de la bata era grande; el revólver era un 32 bastante pequeño, de fabricación inglesa. Empuñó fuertemente el revólver dentro del bolsillo y abrió la puerta.

Un muchacho con el uniforme rojo y negro de botones introdujo un carrito metálico con el licor, los vasos y el hielo. Mal cerró la puerta tras él, y sólo entonces soltó el revólver. Rebuscó en el fondo del bolsillo, más allá del arma, y sus dedos tropezaron con dos monedas de veinticinco centavos. Fueron a parar a la mano abierta del botones, y Mal volvió a asir el revólver cuando abrió la puerta para que el botones saliera. En el rellano no había nadie más.

Nuevamente solo, se sirvió una copa, lanzando frecuentes ojeadas al teléfono. Consultó su reloj y vio que sólo eran las siete y cuarto. Cuarenta y cinco minutos. Cuarenta y cinco minutos. Si llegaba antes de la hora, le daría otros diez.

Fue al dormitorio, sacó la maleta de encima de la cama y alisó la colcha. Se quedó mirando el lecho. Su mano derecha se cerró en torno al revólver.

Llegó con sólo cinco minutos de adelanto, de modo que decidió no darle los diez dólares de propina. Cuando llamó a la puerta, Mal actuó del mismo modo que con el botones, empuñando fuertemente el revólver en el bolsillo y preguntando quién era. No oyó lo que contestó, pero se trataba de una voz femenina, así que abrió la puerta, y ella le sonrió y entró.

Era una maravilla. Mejor que la de Phil, mil veces mejor. Parecía una deslumbrante secretaria particular de la avenida Madison, o una estrella estilo Grace Kelly.

Era rubia, como él la había pedido, con una melena corta esmeradamente peinada. En la coronilla llevaba un pequeño sombrero con un velo. Iba vestida con un traje gris y un pañuelo de seda verde, como en una foto del Vogue.

Tenía las piernas largas y bien torneadas, enfundadas en unas finas medias de nailon, e iba calzada con unos zapatos verdes de altos tacones. Andaba como una modelo, poniendo un pie exactamente delante del otro, moviendo la pelvis de un lado a otro, balanceando suavemente el brazo izquierdo y la mano enguantada, mientras sujetaba con la mano derecha un minúsculo bolso negro y el otro guante junto a su cuerpo, debajo del pecho.

Tenía una cara de facciones bien dibujadas y cutis suave, finas cejas que se arqueaban sobre unos grandes ojos verdes, una nariz aguileña, una boca de

labios perfectos tenuemente pintados, un cuello largo y fino, y hombros de camafeo.

Mal la miró y comprendió que nunca tendría nada mejor. Aunque viviera cien años, nunca volvería a tener nada tan bueno como eso. Quizá mejor en la cama, eso no lo sabía, pero no más hermosa, ni más deseable ni más perfecta.

Ella sonrió, traspuso el umbral con su andar de modelo, y dijo: «Hola, Mal, soy Linda», mientras alargaba la mano izquierda enguantada, con la palma hacia abajo y los dedos ligeramente doblados. Su voz era cálida como el terciopelo, su dicción clara y perfecta.

—Hola —contestó él, con una amplia sonrisa.

Olvidando el revólver, sacó la mano del bolsillo y estrechó brevemente la de ella, después de lo cual la muchacha pasó junto a él y Mal cerró la puerta. Se volvió a mirarla de espaldas y vio una columna recta, una cintura de avispar; unas caderas suavemente curvadas. Era más alta que él, pero no importaba. En la cama, él sería más alto.

Mal secó las húmedas palmas de las manos en los costados de la bata.

—¿Quieres una copa, Linda?

—Sí, gracias.

Volvió a sonreírle, con una sonrisa cálida e impersonal, dejó el bolso y un guante encima de una mesa auxiliar y después se quitó el otro guante.

Mal sirvió las bebidas, sin dejar de mirarla, satisfecho de todos sus movimientos, la gracia con la que anduvo hasta el espejo redondo que había entre las ventanas, y la hermosa línea de su cuerpo cuando levantó los brazos. Bajó ligeramente la cabeza y mirándose al espejo retiró los dos alfileres del sombrero, se quitó el sombrero, volvió a clavar los alfileres en él y lo dejó encima de la mesa que había debajo del espejo.

La contempló mientras bebían, sentados de lado en el sofá. Ella se volvió un poco hacia él, con las rodillas juntas, perfectos el traje, el cuerpo, la cara, la voz y el lenguaje, todo armonizado en una maravillosa simetría, como la idealización de una máquina de carne, sangre, huesos, músculos y partes femeninas. En este momento no la quería físicamente, aún no. Se contentaba con lo que tenía: su aspecto, su presencia, su seguridad, la certeza de que la tendría esa noche, de que tenía toda aquella noche para poseerla tan completamente y tan a menudo como quisiera.

—Tengo entendido —dijo ella— que eres un ejecutivo de la organización.

Mal sonrió.

—Sí. Soy lo que podríamos llamar un administrativo.

Y se encontró hablándole de su trabajo, de la responsabilidad que implicaba, de los problemas que debía resolver, de los tipos que trabajaban para él.

Y ella respondió con preguntas acertadas, con una expresión de interés en la cara, con comentarios inteligentes. Él continuó hablando, sabiendo que la estaba impresionando e interesando, satisfecho de si mismo y de ella, más animado y contento que nunca en su vida. Cuando volvió a mirar el reloj eran las diez menos siete minutos.

Se interrumpió en mitad de una frase, anonadado por su estupidez. Habían pasado dos horas, se habían ido para siempre, y la muchacha ni siquiera se había quitado la chaqueta.

Ya era hora. Más que hora.

Pero ¿cómo debía comenzar? Había pasado todo aquel tiempo hablando, y aquélla era una jovencita de primera clase. No podía decirle de repente que separara las piernas; tenía que comportarse con urbanidad. ¿Cómo demonios debía comenzar? Ella le miró, sonriendo, y dijo:

—¿Te parece bien que me quite los zapatos? Hace horas que los llevo.

—Sí —contestó distraído—. Claro que sí, adelante.

Ella cruzó una pierna sobre la otra, produciendo un susurro de nailon, y se quitó el zapato. Estaba medio vuelta hacia él, y en esta posición Mal tenía una buena vista de toda la pierna cruzada, la tira más oscura del final de la media y la blanca piel del muslo.

Alargó impulsivamente un brazo y pasó la mano por la parte posterior de la pierna, hasta llegar al muslo.

—Eres fantástica, Linda —dijo—. Lo mejor de lo mejor.

Ella volvió a sonreír.

—Ayúdame a quitarme las medias, ¿quieres, Mal?

—Por supuesto que sí.

Se arrodilló ante ella y le bajó las medias a lo largo de las bien torneadas piernas. Ella se quitó la chaqueta y el pañuelo de seda verde, y la blusa blanca con el lazo en el cuello. Llevaba un sujetador blanco. Era mejor que rojo, pensó él, mirándola... más discreto, más refinado.

Ella le pasó un dedo por la mandíbula.

—Creo que ahora deberíamos ir al dormitorio —dijo suavemente.

—Sí.

La siguió hasta el dormitorio. Ella iba descalza, con la falda gris y el sostén

blanco, cuya tira le llegaba a la altura de la barbilla.

Le pidió que se lo desabrochara y él lo hizo así, y después ella se quitó la falda, el portaliqas y las bragas.

Para entonces él ya se había quitado la bata, los pantalones y los calzoncillos, y cuando la joven se echó en la cama, Mal estaba preparado.

Debería haber sabido que una muchacha capaz de cobrar cien dólares por una noche de compañía tenía que valerlos en todos los sentidos. Por su aspecto, sí. Por su habilidad para hacer que el cliente se sintiera a gusto e interesado e importante, sí. Pero sobre todo, tenía que valerlos en la cama. Y los valía.

La excitación y el deseo contenido y la pericia de la muchacha le liquidaron casi inmediatamente. Se quedó asombrado, humillado y enfurecido: el joven que iba a la matinée y llegaba cuando la representación estaba terminando. Se mordió fuertemente el labio inferior y ella murmuró:

—No tiene importancia, Mal. Esto es sólo el precalentamiento.

Pero él se conocía a sí mismo y sabía que no era un campeón; no había nacido para correr carreras de relevos él solo.

—Déjame levantar, Mal —susurró ella—. Vuelvo en seguida, y no te preocupes por nada.

Él dio media vuelta y la siguió con la mirada mientras se levantaba de la cama y salía de la habitación. Haber tenido algo así y sólo para unos cuantos segundos, era realmente muy amargo.

Pero cuando ella regresó, Mal descubrió al fin la verdadera razón por la que le estaba pagando, por hacerlo más hombre de lo que era. Con sonriente y suave premura, ella volvió a ponerle a punto, y por segunda vez él cerró los ojos y gozó de los mejores momentos de su vida. Y después se durmió, satisfecho.

Cuando se despertó vio que la lámpara de la mesilla de noche seguía encendida y ella estaba durmiendo a su lado. El despertador marcaba las tres y media. Ella estaba tumbada sobre la espalda, con un brazo extendido a lo largo del cuerpo, y el otro doblado, con la mano encima del estómago. Tenía el cabello en desorden, el lápiz de labios había desaparecido de su boca y su cuerpo relucía bajo la luz mortecina. La miró y sólo sintió deseo físico, incluso más fuerte que antes.

La despertó y ella reaccionó inmediatamente, rodeándole con sus brazos, respondiendo con todo su cuerpo, y Mal apenas oyó el ruido de la ventana al levantarse.

Se incorporó sobre las manos, arqueando la espalda, mirando con horror por

encima del hombro y vio que Parker entraba por la ventana. Giró la cabeza y vio la bata encima de la silla que había junto a la mesilla de noche. Se apartó de la mujer y se lanzó hacia la bata, sabiendo que no podría lograrlo.

Como una máquina, notó un chasquido y recordó lo ocurrido hacía nueve meses. En la casa, cuando volvieron de la isla y abordó por primera vez a Ryan para hablarle de la traición.

—Tú conoces a Parker mejor que yo —empezó—. Dime una cosa. ¿Crees que intentaría quedarse con toda la pasta en una ocasión como ésta?

—¿Parker? —Ryan meneó la cabeza—. De ningún modo. He trabajado tres o cuatro veces con él, y juega limpio. No te preocupes por eso.

—De acuerdo —repuso Mal con visible incredulidad—. Si tú lo dices... Es que le he oído hablar con Sin, y por lo que decían me ha parecido que... Debían referirse otra cosa, eso es todo.

Ryan mordió en seguida el anzuelo.

—Espera un momento. ¿Qué, decían? —Parker decía algo de una división en dos partes. Al menos, esto es lo que he oído. Que una división en dos partes era mejor, o algo así. Y Sill ha dicho que tú eres el único que sabías pilotar el avión, y Parker le ha contestado que había un coche en el garaje. El que trajo Lynn.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Ryan.

—Cuando hemos vuelto, al bajar del avión. ¿Recuerdas que se han quedado atrás?

Ryan reflexionó unos momentos, con el ceño fruncido, y meneó la cabeza.

—Parker nunca ha hecho nada así. Sill tal vez, no le conozco. Pero Parker no.

—Lo que me hace sospechar —dijo Mal— es que Parker necesita pasta.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabías? Ésta es la razón por la que aceptó el trabajo, aun teniendo que salir del país y todo eso. Iba a hacer otro trabajo en Chicago y le falló...

—Sí, sí —repuso Ryan, contento de que le expusieran un hecho que él podía verificar—. Yo también estaba metido en eso. Sé de qué se trata.

—Sí, bueno, Parker necesita pasta. Por eso aceptó este trabajo cuando el otro le falló. Piénsalo, Ryan. ¿Había trabajado fuera del país alguna vez?

—¿Parker? No, siempre trabajó aquí.

—A eso me refiero. Por eso he pensado que quizá necesitaba la pasta hasta el extremo de querer traicionarnos. Por eso quería saber tu opinión.

Ryan siguió dándole vueltas unos minutos más, meneando lentamente la

cabeza de un lado a otro mientras pensaba. Al fin, meneó la cabeza con más fuerza y dijo:

—No. No lo haría, Mal. Es demasiado listo. Yo le encontraría —puedes creerme y él lo sabe. Parker no me traicionaría, es demasiado listo para hacerlo.

—Escucha, esto es lo que me asusta. Si Parker fuera a traicionarnos, no querría dejarnos con vida, para que pudiéramos perseguirle. Se aseguraría de que habíamos muerto mucho antes de abandonar esta casa.

—Sí —dijo Ryan con lentitud—. Sí, no se me había ocurrido pensarlo.

Mal le miró.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—No lo sé —repuso Ryan—. Quiero pensarlo. Parker. No es propio de él.

—Si planea algo, será esta noche. Cuando nos hayamos acostado.

—Tengo que pensarlo.

—Contéstame algo —dijo Mal—. No tenemos mucho tiempo.

—Sí. Diantre... Parker.

Ryan se alejó, meneando la cabeza.

Unas horas más tarde, ya entrada la noche, Mal cogió un cuchillo y cortó el cuello a Chester mientras dormía. Se deshizo del cuchillo y fue a la habitación de Ryan.

—¡Ryan, despiértate! Ha despachado a Chester... ¡Parker ya ha despachado a Chester!

Ryan no estaba dormido. Había permanecido despierto en la oscuridad, empuñando el revólver debajo de la almohada, con los ojos fijos en la puerta. Aunque no lo dijo, estuvo a punto de disparar contra Mal cuando entró en la habitación.

Los dos juntos fueron a ver el cadáver de Chester.

—Parker —murmuró Ryan, con incredulidad. Meneó la cabeza—. Jamás lo hubiera creído.

—Tenemos que matarle, Ryan —dijo Mal—. Antes de que él nos mate, tenemos que matarle nosotros.

Ryan asintió con lentitud.

—Sí. Iré a buscar el revólver.

—No —replicó Mal—. Espera un momento. No lo haremos de este modo.

Ryan se detuvo, con el ceño fruncido.

—Entonces... ¿cómo? ¿Tienes una idea mejor?

Mal tenía una idea mejor. Se le acababa de ocurrir, en aquel mismo

momento, y le excitó, le animó, le puso la carne de gallina. Lo había planeado todo con anterioridad, todo lo que estaba ocurriendo, levantar a Ryan contra Parker de modo que no importara cuál sobreviviera. Él estaría aguardando para terminar con el otro.

Pero súbitamente se le ocurrió esa idea y no se detuvo a analizarla, ni a pensar que era más complicada, más arriesgada y más peligrosa. Sólo pensó que era el modo de hacerlo, el modo en que había que hacerlo. Cuando le asaltaba una ocurrencia de esta manera se le cerraba la mente, y cualquier otra posibilidad se borraba de su cabeza.

Lynn. Lynn Parker. La esposa del bastardo, la esposa de trasero provocativo, pecho alto y piernas largas.

Desde el momento en que la vio por primera vez, cuando al bajar del taxi en Chicago reconoció a Parker y decidió hacerle la proposición, había deseado a aquella ramera. La miró y la deseó, y como era de Parker no pudo acercarse a ella. Y eso acrecentó aún más su deseo.

Ella haría el trabajo en su lugar. Ella misma, ella lo haría. Se le ocurrió de repente, y le pareció perfecto.

—Lynn —dijo. Ella hará el trabajo en nuestro lugar. Es perfecto.

Ryan frunció el ceño con extrañeza.

—¿Lynn? Es su esposa, Mal.

—Ya lo sé. Es la única que puede cogerle desprevenido. Conoces a ese malnacido, Ryan. ¿Quieres arriesgarte a que te esté esperando? Al diablo con eso.

¿Cómo piensas convencer a Lynn para que lo haga? Es absurdo, Mal.

—Le daremos a elegir. O se ocupa de él o la matamos. Se lo plantearemos de este modo. Le haremos entender que hablamos en serio: o ella o él.

Ryan meditó unos momentos, con una expresión preocupada en la cara.

—No lo sé, Mal —dijo con lentitud—. Lynn es su esposa, y no sé si...

—No querrás arriesgarte a que te esté esperando, ¿verdad, Ryan?

—No, no.

—Vale la pena intentarlo. Si no sale bien, nos reagrupamos, eso es todo.

El ceño de Ryan se intensificó.

—No tenemos mucho tiempo —se apresuró a decir Mal—. Hemos de movernos antes que él.

—Sí —dijo Ryan—. De acuerdo. Intentémoslo.

Por el camino, Ryan se detuvo un minuto en la habitación de Sill. Después,

sólo quedó Parker.

Entre cada dos dormitorios había un cuarto de baño, con el que ambos comunicaban. Entraron en el dormitorio contiguo al que ocupaban Parker y Lynn, y esperaron junto a la puerta entreabierta del cuarto de baño.

Ella apareció finalmente por la puerta del otro lado, desnuda, y la agarraron en el mismo momento que cerró la puerta, llevándola al otro dormitorio sin hacer ruido. Ryan le enseñó su cuchillo, manchado de sangre, y Mal su revólver, y ella fue lo bastante lista como para no gritar.

—Tenemos que decirte una cosa —empezó Mal, hablando en voz baja y apresurada—. Escucha bien. Ésta noche morirá alguien en la habitación de al lado y tú puedes elegir quién. Puedes ser tú o puede ser Parker. Si quieres, podéis ser los dos. ¿Qué decides?

Ella le miró fijamente, meneando la cabeza.

—No sé a qué te refieres. ¿De qué se trata, Mal? No sé a qué te refieres.

—Ya te lo he dicho —repuso él—. Alguien va a morir ahí dentro. Tú o Parker. Escoge.

—¿Cómo voy a...? No lo entiendo, Mal. Por favor, no sé a qué te refieres.

—Ryan, tócala con el cuchillo —dijo Mal.

La tocó, clavando la punta del cuchillo debajo de su pecho izquierdo y ejerciendo la presión justa para no llegar a romperle la piel. Ni siquiera la miró.

—Decídete, Lynn —apremió Mal. Tú o Parker. De prisa.

Ella se humedeció los labios, mirando tan pronto al uno como al otro. Finalmente, en voz tan baja que resultaba apenas perceptible, murmuró:

—No quiero morir.

Mal llevaba la automática de Sill en el bolsillo. La sacó y le alargó su propio revólver.

—Apunta con eso a Ryan o a mí —dijo—, y te matamos ahora mismo.

Ella levantó los ojos del revólver que tenía en la mano hacia su cara, y después volvió a mirar el revólver.

—¿Queréis que yo...? ¿Queréis que...?

—Piénsalo bien —dijo él—. Tienes tiempo. —Miró ostensiblemente su reloj de pulsera—. Dispones de treinta segundos.

—No pueden pretender que yo... yo... —Te quedan veinticinco segundos.

—Mal, por favor. Por el amor de Dios, Mal...

—Veinte segundos. Ryan, vuelve a tocarla con el cuchillo.

Ryan colocó la punta del cuchillo en el mismo sitio que antes, pero Mal dijo:

—No, aquí no. En el pezón. —Ella se echó hacia atrás y él dijo—: Diez segundos. ¿Si o no?

—Oh, Dios mío —murmuró ella. Notaba el cuchillo contra su pecho y tenía miedo de moverse—. No me obligues a matarle, Mal.

—Cuatro segundos —dijo él.

—Será mejor que aprietes un poco más, Ryan. Dos segundos. Un...

—¡De acuerdo!

Mal lanzó un suspiro de alivio. No quería matarla. Era lo último que hubiese querido hacer.

El plan daba resultado, detalle tras detalle, estaba obteniendo todo lo que deseaba. Quería la pasta, hasta el último centavo, para pagar al sindicato y ser readmitido en el seno de la Familia, a la que pertenecía. Estaba obteniendo la pasta, una parte tras otra, primero la de Chester y después la de Sill, y ahora la de Parker y pronto la de Ryan. Quería a Lynn, que estaba atada a Parker, y también iba a conseguirla.

Ella le ayudaría a matar a su marido, y éste sería el lazo que la ataría a él. Sabiendo que podía haber escogido la muerte y no lo había hecho, se daría cuenta de lo débil que era su amor por Parker, y necesitaría a alguien que pudiese compartir su culpa y aun así la quisiera. Y ese alguien sería él, Mal, el que lo había hecho junto con ella, el hombre por el que ella había matado.

Pero aún no estaba hecho. Ahora se lo explicó. El y Ryan estarían en el cuarto de baño, esperando. No le pedían que lo hiciese en seguida. Podía tomarse todo el tiempo que necesitara, podía aguardar el momento idóneo. Pero Parker no debía abandonar la habitación con vida. Si lo hacía, ella estaría muerta un segundo después.

Y si intentaba prevenir a Parker, Mal y Ryan lo sabrían. Estarían observando, estarían escuchando; lo sabrían. Una palabra de más y ella y Parker morirían juntos, en el mismo momento. Se lo explicó dos veces, para asegurarse de que lo había entendido. Ella le contempló inexpresivamente, mirando los movimientos de sus labios en vez de sus ojos.

—De acuerdo —dijo, cuando él hubo terminado—. Lo haré. Ya les he dicho que lo haría.

—Muy bien.

El quiso alargar el brazo y acariciarle el hombro, tocar su carne, pero cierto instinto le contuvo.

Ella atravesó el cuarto de baño y entró en la habitación donde Parker la

esperaba en la cama. Se dirigió hacia él en diagonal, ocultando a sus ojos el revólver que llevaba en la mano derecha, a la altura del muslo. Cuando se inclinó para reunirse con él, consiguió meter el revólver debajo del colchón, y entonces los brazos de Parker la rodearon y la atrajo hacia sí.

Mal se quedó en el cuarto de baño, con un ojo cerrado, mirando por la rendija que había entre la puerta y el quicio. Los dos cuerpos se movían sobre la cama en la penumbra y él siguió mirando, con una especie de excitación contenida, esperando que todo hubiera terminado, que él estuviese muerto y ella fuera suya.

Ryan le agarró del brazo, estirándole hacia el otro dormitorio e, irritado, Mal le siguió. Ryan le preguntó en susurros por qué no liquidaban ellos a Parker en este momento, desde el umbral del cuarto de baño.

Mal meneó la cabeza con exasperación.

—Podríamos matarla también a ella —dijo—. Y la quiero.

Ryan objetó:

—Pero ella no te quiere, Mal.

—Me querrá —dijo él, y volvió a su puesto junto a la puerta.

Lo que vio le dejó atónito. Siguió mirando, incapaz de creer que ella fuera siempre tan apasionada. Estaba ofreciendo a su marido una gran despedida. O quizá hubiera supuesto que Mal estaba mirando y trataba de demostrarle lo buena que era.

Aquello parecía no tener fin, pero al cabo de un rato Parker se levantó de la cama y fue a buscar su ropa. Se puso una camisa y unos pantalones, nada más, y cogió la automática de la mesilla de noche. Mal le oyó decir: «Ahora me voy a ver a Mal».

Mal y Ryan intercambiaron una rápida mirada. Para Ryan, fue la confirmación de lo que Mal ya le había dicho. Para Mal, fue la sorprendente revelación de que había dicho la verdad a Ryan desde un principio. ¡El hijo de perra estaba planeando matarle realmente!

Vieron que Parker se dirigía hacia la puerta; vieron que Lynn lanzaba una ojeada hacia el lugar donde se hallaban, con una expresión atemorizada e indecisa en la cara. Mal abrió la puerta unos cuantos milímetros más, lo bastante para que ella viera la automática en su mano, y entonces ella metió la mano debajo del colchón, sacó el revólver y pronunció el nombre de Parker.

Vieron que el primer disparo le alcanzaba en el vientre, y vieron que Lynn hacía otros cinco disparos contra él y tiraba el revólver al suelo, horrorizada. Y

entonces irrumpieron en la habitación.

Mal envió a Ryan al garaje en busca de gasolina. Quemarían la casa, se desharían de todas las pruebas.

Ordenó a Lynn que se vistiera. Había planeado tomarla entonces, por primera vez, en la misma habitación donde estaba su difunto marido, pero la expresión de su cara le detuvo. Además, sintió la repentina necesidad de salir de allí, de dejar todo aquello atrás y olvidarlo para siempre.

Prendieron fuego a la casa y se marcharon, y en el camión hacia el avión mató a Ryan por la espalda.

—Yo también sé pilotar un avión —dijo a Lynn, sonriendo—. Él no lo sabía. Soy más listo de lo que Parker pensaba.

En el avión, le dijo por qué se sentía justificado.

—Parker planeaba matarme, ¿verdad? Era él o yo. Del mismo modo que era él o tú. Exactamente igual.

Ella no le contestó más que cuando él le exigió una respuesta, y entonces lo hizo con monosílabos.

La tomó por primera vez en Chicago. Se había puesto en contacto con la Familia y les había dado el dinero, y ellos se quedaron atónitos. No podían creerlo.

—Recibirás noticias nuestras, Mal —dijeron—. Te llamaremos dentro de un par de días.

Así que volvió al hotel, donde ella le estaba esperando porque no tenía ningún sitio al que ir, y la tomó por primera vez. Y ella no reaccionó. Se abatió sobre ella como las olas contra un acantilado rocoso, y como un acantilado rocoso ella permaneció inalterada. Su rostro carecía totalmente de expresión, su cuerpo estaba insensible, sus emociones se encontraban en algún lugar muy lejano.

El supuso que todo ello se debía a que era demasiado pronto, que Lynn necesitaba un poco de tiempo para adaptarse. No le había discutido su derecho a tomarla; en realidad no había ningún problema. No tardaría en reaccionar.

Dos días después fue a verle un tipo de la Familia.

Quedó impresionado por la suite, eso resultó evidente, y también quedó impresionado por la calidad de la mujer que Mal tenía allí con él. Y la Familia ya estaba impresionada por el dinero que les había pagado.

Un tipo que tenía las agallas para hacerse con tanta pasta, y la lealtad para emplearla en saldar una deuda con la Familia, era un tipo al que la Familia podía

utilizar. Tenían un trabajo para él. Si esta vez no fallaba, su porvenir estaba resuelto.

Sólo había un pequeño problema. Sería mejor que no trabajara en Chicago. En Chicago había mucha gente que estaba enterada de su error y eso podría impedirle ser un administrador eficaz. Tenían un puesto para él en Nueva York.

A Mal le pareció muy bien. De todos modos, no le gustaba demasiado Chicago. Pensó que se encontraría mejor en Nueva York.

Lynn fue con él. No tenía ningún otro sitio al que ir.

En Nueva York le nombraron director de ventas del ramo de bebidas alcohólicas. Los cigarrillos son baratos en el distrito de Columbia. No hay impuesto estatal sobre la venta. En cambio, los cigarrillos son caros en Canadá. Hay un impuesto de importación sobre las marcas americanas. Por otra parte, el whisky canadiense es barato en Canadá, pero hay un impuesto de importación que lo encarece en los Estados Unidos.

Éste es el motivo por el que coches llenos de cigarrillos parten de Washington en dirección al norte, y los mismos coches, ahora llenos de whisky, parten de Montreal en dirección al sur. Aproximadamente la mitad del cargamento de licores llega hasta Nueva York y el resto prosigue hasta Washington.

Mal era el encargado de recibir la mercancía en Nueva York. Controlaba al equipo que vendía los licores a una selección de restaurantes, bares y tiendas de bebidas alcohólicas. Era un trabajo puramente administrativo, consistente en verificar que las cantidades correctas fueran a parar a los lugares correctos en el momento correcto, y que nadie escamoteara una sola botella. Era un trabajo que él podía hacer, un trabajo que podía gustarle. Parecía hecho a su medida.

Y Lynn, se quedó con él. No tenía ningún otro lugar al que ir. Pero no entró en calor, por mucho que él lo intentara, por mucho tiempo que pasara con ella, por mucha pasta que gastara en ella. Era una muñeca sin vida, nada más. Era como si el cuerpo sudoroso y jadeante de Mal ni siquiera estuviese allí.

Tuvo que buscar satisfacción en otra parte, con Pearl y con otras. Finalmente se mudó, dándole suficiente pasta para mantenerse, y ella se quedó porque no tenía ningún otro sitio al que ir. Después empezó a tener miedo de ella, a pensar que un día, a modo de una expiación desesperada, podía decidir matarle a él tal como había matado a Parker. Por eso se aseguró de que no pudiera encontrarle cuando se mudó. Ella no protestó; supuso que jamás querría encontrarle.

Pasó el tiempo y él se adaptó a su nueva vida, acostumbrándose al trabajo y

la gente y la ciudad, sabiendo que estaba haciendo un buen trabajo y que al cabo de uno o dos años podría aspirar a un ascenso. La isla de Keeley, la casa y los ochenta mil dólares se fueron borrando gradualmente de su memoria, hasta que un tipo llamado Stegman le dijo que Parker estaba vivo y le buscaba.

El hombre muerto satisfizo sus ambiciones. Tuvo la mejor suite del hotel y la mejor prostituta profesional.

Y las tuvo justo a tiempo.

TERCERA PARTE

Para Parker, el camino fue largo y difícil desde Stegman, el taxista, en Carnasie hasta la ventana del hotel St. David. Lo de Carnasie fue un callejón sin salida. Lynn resultó fácil de encontrar; constaba en la guía telefónica bajo su propio nombre. No había razón para que no fuera así... se suponía que Parker estaba muerto. Pero Mal era más precavido. O bien utilizaba un nombre distinto.

Así que Parker regresó a Manhattan desde Carnasie, al hotel donde le habían reservado la habitación porque él no les había dado instrucciones en sentido contrario. Se quitó la ropa que llevaba hacia tres días, se duchó y afeitó, volvió a vestirse y salió a comer algo y a pensar...

Sentado a la mesa del restaurante, se le ocurrió la idea. Había intentado encontrar a Mal a través de Lynn y el sistema se reveló ineficaz desde un principio. Ahora tendría que intentarlo de otro modo. Era lógico suponer que Mal volvía a estar relacionado con el sindicato. Quizá lograra encontrarle a través del sindicato.

Ése sistema no le gustaba. La gente del sindicato tenía fama de encubrirse entre sí.

En cuanto empezara a husmear, Mal se enteraría. Mal sabría que estaba vivo y buscándole. Sin embargo, no podía hacer otra cosa; éste era el único recurso que le quedaba.

Terminó de comer y tomó un taxi hasta Central Park Oeste y la calle 104. Éste era el peor extremo del parque, donde los barrios pobres se habían extendido hacia el sur y el este hasta llegar al mismo borde de la hierba. Parker echó a andar hacia el oeste por la 100 hasta llegar a una tienda de ultramarinos. Había un letrero que decía BODEGA, en español, en letras negras sobre fondo amarillo, debajo del emblema de la Pepsi-Cola. Debajo de BODEGA figuraba el nombre del propietario en letras negras más pequeñas: Delgado.

En el interior reinaba un hedor compuesto por veneno para cucarachas, harina podrida, cera para suelos, madera vieja, género humano y cien cosas más. Dos mujeres bajas y gordas, vestidas de negro, eran las únicas clientes. En el reducido espacio detrás del mostrador, un corpulento hombrecillo con un abundante bigote se rascaba el codo izquierdo, con la mirada perdida en el infinito.

Parker pasó junto a las mujeres y dijo al hombre:

—¿Ha visto a Jimmy últimamente?

Delgado continuó rascándose el codo. Volvió a la realidad y fijó los ojos en la cara de Parker.

—¿Es amigo de Jimmy?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que no sabe dónde está?

—Perdimos el contacto.

—¿Cómo es que no le había visto hasta hoy?

—Jimmy trabajó para mí en aquel asunto de la nómina en Buffalo.

Las manos de Delgado se crisparon súbitamente y miró con alarma a las dos mujeres. En voz baja y apremiante, dijo:

—No hable de este modo.

Sin bajar la voz, Parker prosiguió:

—Usted ha querido saber quién era. Ahora ya lo sabe. Ahora puede decirme dónde está Jimmy.

Delgado dio nuevas muestras de inquietud, pero las dos mujeres continuaban manoseando las diversas mercancías de la tienda. Se retorció nerviosamente el bigote y dijo:

—Venga a la trastienda.

Parker le siguió hacia el fondo de la habitación, hasta el otro lado de una grasienta cortina. En la trastienda el hedor era aún más fuerte. Delgado, que olía a pimientos, se acercó y le susurró:

—Está en Canadá. Conduciendo, ya sabe.

—¿Cigarrillos?

—Sí.

—¿Cuándo vuelve?

—Dentro de dos o tres días. Deme lápiz y papel.

—Sí. Espere aquí.

Parker esperó, encendiendo un cigarrillo para amortiguar el mal olor,

mientras Delgado salía otra vez a la tienda. Hubo un rápido intercambio de palabras en español entre Delgado y una o ambas mujeres. Habían estado robando mientras él se hallaba en la trastienda. Volvió visiblemente enfadado y respiró profundamente. Se encogió de hombros mirando a Parker.

—Ya sabe como son.

Le dio un largo lápiz amarillo y un grasiento cuaderno y Parker escribió el nombre del hotel.

Cuando vuelva, que me llame aquí. Parker, dígaselo. Si no estoy, que deje el recado.

—¿Parker? Será mejor que lo anote.

—Es un nombre fácil de recordar.

Parker le devolvió el cuaderno y el lápiz. Delgado titubeó, empeñado todavía en que le escribiera el nombre, pero después se encogió de hombros y le precedió hacia la parte delantera de la tienda.

Las dos mujeres aún estaban allí, silenciosas y asustadas. También había dos policías uniformados, llenando toda la tienda. Con expresión dura e implacable, miraron a Parker, y Parker dijo: «La cartera» y se llevó lentamente la mano al bolsillo posterior. Ellos esperaron y Parker sacó la cartera y la alargó al más próximo.

Ambos leyeron el permiso de conducir, que le identificaba como Edward Johnson, y después le devolvieron la cartera y uno de ellos preguntó:

—¿Cuál era el asunto que trataban en la trastienda? ¿Compraba o vendía algo?

—Ni una cosa ni otra.

—Nada de eso, oficiales —se apresuró a decir Delgado—. Ya me conocen y saben que no hago nada de eso.

Gotas de sudor asomaron por encima de su bigote.

—¿Nada de qué? —inquirió uno de los policías.

Delgado pareció confundido. Parker dijo:

—Nada de droga. —Se quitó la chaqueta, se enrolló las mangas de la camisa y les enseñó los brazos—. No me inyecto, ni la vendo, ni la compro —aseguró—. Saquen a las mujeres de aquí y les enseñaré las piernas. Verán que tampoco tengo ninguna marca.

—No será necesario —dijo el policía que llevaba la voz cantante—. Bastará con que se vacíe los bolsillos. Usted también, Delgado. Y déjeme ver ese cuaderno.

Echó una ojeada al cuaderno y miró a Parker.

—¿Qué es eso del Hotel Carlington?

—Me hospedo allí —dijo Parker.

—No es lo que pone en el carnet de conducir.

—Me he peleado con mi esposa.

—¿De qué hablaban en la trastienda?

—Hemos tomado un refresco —explicó Parker—. Soy un viejo amigo de Jimmy. He venido a buscarle.

—¿Un viejo amigo? ¿De dónde?

—Del norte del estado. Trabajamos para la misma agencia de transportes en Buffalo.

¿Cómo es que no tiene un carnet de chófer?

—Ya no trabajo en eso.

—¿Qué clase de trabajo hace ahora?

—Estoy sin empleo. Me despidieron. Ésta fue la causa de la pelea.

—¿Qué pelea?

—Con mi esposa. Ya se lo he dicho.

—¿De dónde le despidieron?

—De la General Electric. En la isla.

El policía se mordió la parte interior de la mejilla y lanzó una mirada rápida a su compañero.

—Es una buena historia, Johnson, pero no creo que sea cierta.

Parker se encogió de hombros. El policía dijo:

—¿Cómo es que está tan obsesionado por los narcóticos? ¿Cómo es que ha sacado a relucir el tema en cuanto nos ha visto?

—El vecindario tiene cierta reputación, ¿sabe? —rehusó Parker—. Además, he estado leyendo el Post.

—Claro. Póngase contra esa pared.

Parker se inclinó hacia adelante, con las palmas de las manos sobre la pared, y el policía le cacheó brevemente, después de lo cual retrocedió diciendo:

—De acuerdo.

—Estoy limpio —dijo Parker—. ¿Puedo coger mis cosas?

—Sí.

Parker cogió la cartera y los cigarrillos de encima del mostrador y volvió a metérselos en el bolsillo, observando cómo cacheaban a Delgado y tampoco le

encontraban nada. El agente que hablaba hizo una hosca inclinación de cabeza a Parker y dijo:

—Puede irse. Supongo que volveremos a vernos.

—Lo dudo —contestó Parker—. El centro de la ciudad está más civilizado.

—Nosotros no pedimos este barrio —replicó el policía.

—Nadie lo ha hecho —dijo Parker.

—Lárguese —ordenó el otro policía.

Parker se marchó, pasando junto a las dos mujeres, que seguían aterrorizadas. No habían entendido una sola palabra. Creían que Delgado había llamado a la policía para que las arrestara por robo.

—Estoy buscando a una chica —dijo Parker.

Ella le sonrió con presunción.

—¿Qué te crees que soy, encanto... una sandía?

Parker cogió su jarra de cerveza, mirando la húmeda circunferencia que había dejado sobre la barra.

—Me refiero a una chica determinada.

Ella arqueó una ceja. Se había depilado las suyas y pintado otras encima, aunque un poco demasiado arriba, y cuando arqueó la ceja quedó fuera de lugar, como una película de dibujos animados mal hecha.

—¿Una chica de alterne? No las conozco a todas, muñeco.

—Trabaja por teléfono —explicó él—. No actúa por cuenta propia, sino que pertenece a una organización.

Ella meneó la cabeza.

—En este caso, no la conozco.

Parker vació la jarra de cerveza e hizo señas al camarero para que les sirviera otra ronda.

—Debes conocer a gente que puede conocerla —insistió Parker.

—Quizá sí y quizá no. —Llegaron las bebidas y ella añadió—: Gracias. ¿Por qué crees que voy a decirte algo? No te conozco de nada.

Él la miró.

—¿Acaso tengo aspecto de policía?

Ella se echó a reír.

—No mucho. Eso sí que no lo eres. Pero quizá quieras hacerle pasar un mal rato. Quizá ella te contagió hongos o algo por el estilo.

—Soy su hermano —mintió Parker—. Hace tiempo que no sé nada de ella. El médico me ha diagnosticado un pequeño cáncer en la garganta. Quiero volver

a verla, ya sabes. Es mi última oportunidad.

Ella se mostró impresionada y triste.

—Caray —dijo—. Es una lástima, hombre. Lo siento.

Parker se encogió de hombros.

—He tenido una vida feliz. Ahora me quedan unos seis meses. Por eso quiero verla. Sólo quedan ella y una tía nuestra, y a ésa no iría a verla aunque tuviera un remedio para el cáncer.

—Caray —repitió la muchacha. Reflexiones sobre la mortalidad arrugaron su frente—. Sé cómo te sientes, hombre —dijo—. Quizá no me creas, pero así es. En este asqueroso negocio, estás pensando constantemente en la enfermedad. Ahí tienes a una chica amiga mía; vivíamos juntas. No se encontraba demasiado bien; le dolía la garganta al tragar y a veces escupía sangre, de modo que pensó que tenía tuberculosis. Yo le dije una y otra vez que fuera al médico, así que al final lo hizo y la ingresaron en un hospital. Tenía no sé qué en la parte de atrás de la garganta. No era cáncer. La enfermedad profesional, ¿sabes?

Parker asintió. No podía importarle menos, pero si la dejaba hablar de esto quizá hablaría de lo otro.

—Sigue allí —prosiguió ella—. Fui a verla una vez, y fue horrible. Erá una piltrafa, ¿sabes? Ya ni siquiera podía hablar, sólo graznar. Debe de hacer unos seis meses de eso. Con una vez tuve bastante, hermano. No he vuelto desde entonces. En mi opinión, lo mejor sería que se muriese.

Entonces se interrumpió, y abrió mucho los ojos, llevándose una mano a la boca.

—No te preocupes —dijo Parker—. Sé a lo que te refieres. Yo no pienso pasar por eso. Cuando no pueda resistirlo más, me cortaré esta vena. —Dio la vuelta a la mano, enseñándole la muñeca—. ¿Ves? Ésa azul de ahí.

Ella se estremeció.

—No hables así, ¿quieres, muñeco? Me deprimes.

—Lo siento —Parker engulló la mitad de su cerveza—. ¿Qué hay de mi hermana? —preguntó.

—¿Cómo se llama? Nunca se sabe, quizá la conozca.

—Por lo que he oído, utilizaba el nombre de Rose Leigh.

Ella reflexionó, enarcando las cejas pintadas. Meneó la cabeza y dijo:

—No, creo que no. En el primer momento me ha sonado bastante, pero creo que no.

—Es de una vieja canción —dijo él—. «Rosalie, querida mía, Rosalie, mi

amor...». Por eso te ha sonado.

—Quizá sí. Escucha, tal vez Bernie la conozca.

—¿Bernie?

—El camarero. A veces se reciben llamadas aquí. Levantó una mano. ¡Eh, Bernie!

Bernie se acercó por el otro lado de la barra, con el semblante inexpresivo.

—¿Otra ronda?

—En seguida —dijo ella. Se inclinó sobre la barra, apremiante y solemne—. Escucha, Bernie, ¿conoces a una chica llamada Rose Leigh? ¿Cómo la canción?

—¿Rose? —se encogió de hombros—. De vista, no. Nunca ha estado aquí. Pero conozco el nombre, sí. Por el teléfono.

—Éste es su hermano —dijo ella, señalando a Parker con el pulgar—. La está buscando.

Bernie contempló desapasionadamente a Parker.

—¿Para llevársela a casa?

Parker meneó la cabeza.

—Hace tiempo que no sé nada de ella. Quiero verla.

—Está enfermo —dijo la muchacha, en un susurro—. Quiere ver a su hermana por última vez, ¿sabes?

Bernie no era un sentimental. Replicó:

—¿Y qué quieres que haga yo?

—¿Dónde puede encontrarla?

—¿Cómo voy a saberlo? Sólo he oído su nombre por teléfono.

—¿Dónde puedo encontrar a alguien que sepa dónde está? —le preguntó Parker.

Bernie reflexionó unos momentos.

—No le conozco, amigo —dijo al fin—. No querría decir algo que no debo.

La muchacha volvió a abrir su enorme boca.

—Quizá podrías llamar a alguien que la avisara de que su hermano está en la ciudad.

A Bernie pareció gustarle esa idea.

—Sí —dijo—. Eso sí que puedo hacerlo.

—Que le digan que soy Parker. De este modo sabrá que soy yo realmente.

Bernie asintió. Se alejó y ella dijo:

—Has venido a un buen sitio. Bernie te ayudará.

—He venido donde están las chicas de alterne —repuso él.

—Hablando de eso, aún no he ganado un centavo. Me gustaría quedarme hablando contigo, pero...

—No te preocupes.

—Buena suerte —le deseó ella.

—Gracias.

Bajó del taburete, se estiró la falda sobre las caderas y se dirigió lentamente hacia la puerta. A medio camino, vio que le hacían una seña y fue hacia una mesa ocupada por dos tipos que parecían muy ansiosos. Se detuvo junto a la mesa, habló con ellos un minuto y después volvió sobre sus pasos y habló con una muchacha que estaba sentada al extremo de la barra. La muchacha observó a los dos hombres, después asintió y ambas volvieron a la mesa.

Parker los contempló a todos por el espejo que había detrás de la barra. Los cuatro, ahora dos parejas, se estaban levantando de la mesa cuando Bernie volvió del teléfono.

—Llamarán dentro de un rato.

—¿Les ha dicho que soy Parker?

—Sí.

—Muy bien. Gracias. —Empujó su vaso vacío hacia adelante—. Otro de éstos.

Esperó veinticinco minutos. Si eso fallaba, si no podía encontrarla o ella no podía averiguar dónde estaba Mal, tendría que esperar a Jimmy Delgado. Y si Jimmy tampoco sabía nada, tendría que intentarlo por otro medio. No importaba. Disponía de todo el tiempo que necesitara. Mal, el traidor. ¿Dónde podía haberse metido?

Cuando sonó el teléfono de la cabina, Bernie echó a andar lentamente a lo largo de la barra, levantó la tabla del extremo y salió, volvió a bajar la tabla, entró en la cabina y cerró la puerta. Descolgó el teléfono y habló, y escuchó. Después miró a Parker, y se miraron el uno al otro mientras volvía a hablar. Dando una descripción.

Finalmente, dejó el auricular encima del estante y abrió la puerta.

—Es para usted.

Parker bajó del taburete, entro en la cabina telefónica y cerró la puerta. Hacía mucho calor allí dentro. Antes de coger el receptor, conectó el ventilador. Se puso en marcha con un zumbido y envió una bocanada de aire fresco hacia su nuca.

—¿Diga?

Una voz de mujer exclamó:

—Está bien, chico listo, ¿quién eres tú?

—Hola, Wanda —dijo él.

—Me llamo Rose.

—Antes te llamabas Wanda. Soy Parker, como te ha dicho el hombre.

—Prueba otra cosa, chico listo. Parker está muerto.

—Lo sé, pero no podía descansar tranquilamente sin haberte pagado los veinte pavos.

La línea zumbó junto a su oreja durante unos segundos, y después ella dijo:

—¿Eres realmente Parker?

—Ya te lo he dicho.

—Pero... vi a Lynn en Stern's hace tres o cuatro meses. Me dijo que habías muerto.

—Es lo que ella creía. Quiero hablar contigo.

—Tienes suerte —declaró la muchacha—. Éstos son mis días de descanso mensual. El doscientos noventa y ocho de la Sesenta y cinco Oeste... el nombre está abajo, al lado del timbre.

—Voy en seguida.

—Espera. Déjame hablar otra vez con el camarero. Hemos quedado en que le diría si eras quien pretendías o no.

—De acuerdo.

Salió de la cabina telefónica y de repente le pareció que hacía mucho más fresco en el bar. Sorprendió la mirada de Bernie, y le indicó el teléfono con una seña.

—Quiere volver a hablar con usted. Bernie asintió y se dirigió hacia allí. Por el camino, dijo:

—No se vaya todavía, ¿eh?

Parker asintió. Los dos tipos que había en el extremo de la barra ni le miraron.

Bernie habló unos momentos por teléfono, colgó y regresó. Una sonrisa forzada se abrió paso hacia sus labios y desapareció casi instantáneamente.

—Está bien, amigo —dijo—. Me alegro de haber podido ayudarle.

—Gracias de nuevo —repuso Parker.

Bajó del taburete y se dirigió hacia la puerta. Los dos tipos sentados en el extremo de la barra si le miraron esta vez.

No había cambiado. Aún aparentaba tener diecisiete años, a pesar de que ya

debía rondar los treinta y cinco. Su pequeñez contribuía a dar esa impresión, pues apenas media un metro cincuenta y era de constitución menuda. Tenía unos ojos grandes, redondos y verdes, una reluciente cabellera rojiza y una boca en forma de corazón que parecía un capullo carmesí sobre su pálida tez.

Su cuerpo estaba maravillosamente proporcionado para su tamaño, con unos cónicos senos bien separados, una cintura estrecha y caderas redondeadas. Sólo la delataba su forma de hablar, pues no era la forma de hablar de una colegiala.

Abrió la puerta de par en par, con un vaporoso vestido que al menos tenía diez colores, y exclamó:

—¡Adelante, granujilla...! Déjame que te dé la bienvenida a tu segunda vida.

Él asintió, cruzó el recibidor y bajó los dos escalones que conducían a un enorme salón decorado como un plató cinematográfico. Numerosas figuras de porcelana en su mayoría ranas, llenaban la superficie de todas las mesas.

—El arisco Parker —dijo ella, cerrando la puerta y bajando los escalones tras él—. Estás igual que siempre.

—Tú también. Quiero pedirte un favor.

—Pensaba que eras mi adorado hermano. Siéntate. ¿Qué bebes?

—Tomaré una cerveza.

—Yo tomo vodka.

—Cerveza.

—Bueno, ya empezamos. Debería saber a qué atenerme. Parker no hace visitas sociales. No tienes por qué tomar la cerveza si no quieres.

—Muy bien —repuso él. Se sentó en el sofá—. Tienes buen aspecto.

Ella se sentó en la butaca de cuero que había frente a él, apoltronándose con una pierna encima del brazo del sillón.

—La conversación nunca ha sido tu fuerte —dijo—. No te andes con rodeos y pídemelo el favor que quieras.

—¿Conoces a un tipo llamado Mal Resnick?

Ella encorvó los hombros, se mordió la comisura del labio inferior, y desvió la mirada hacia una pantalla con flecos.

—Resnick —repitió, pronunciando el nombre con voz ahogada porque seguía mordiendo el labio—. Resnick. —Después meneó la cabeza y se levantó de un salto. No, no me suena nada. ¿Era uno de los nuestros? ¿Acaso debería conocerle de la costa?

—No, de aquí, de Nueva York. Está metido en el sindicato.

—La Familia, encanto. Ahora ya no decimos sindicato. Es legal.

—No me importa cómo lo llaméis.

—De todos modos... ¡oh! —Abrió desmesuradamente los ojos y los clavó en el techo—. ¡Oh! ¡Ése hijo de puta!

—¿Le conoces?

—Personalmente, no. Una de las chicas me habló muy mal de él. La contrató para toda la noche... y eso cuesta cincuenta pavos. En el sobre sólo había treinta y cinco. Sé quejé a Irma, e Irma le dijo que sería inútil armar un escándalo porque pertenecía a la Familia. Además, me dijo que era un desastre. Muchos gruñidos y gemidos, pero nada efectivo.

Parker se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, e hizo crujir los nudillos.

—¿Puedes averiguar dónde está?

—Supongo que en la sede de la Familia —respondió ella.

—¿Qué es eso, una especie de club?

—No un hotel.

Pareció a punto de decir algo más, pero súbitamente giró sobre sus talones y cogió una caja de plata de encima de la mesa. La abrió, extrajo un cigarrillo con un filtro rosado, y después tomó un encendedor de plata maciza de estilo griego.

Parker la observó, esperando a que hubiera encendido el cigarrillo para decir:

—Está bien, Wanda, ¿qué es?

—Llámame Rose, ¿quieres, encanto? He perdido la costumbre de responder al otro nombre.

—¿Qué es?

Ella le miró un momento, pensativa y envuelta en una nube de humo. Después asintió y dijo:

—Somos amigos, Parker. Supongo que somos amigos, si es que cualquiera de los dos puede decir que tiene amigos.

—Por eso he acudido a ti.

—Por supuesto. La lealtad de la amistad. Pero es que, además, soy una empleada. En un negocio donde hay que ser leal a la compañía. Y a la compañía no le gustaría que yo hablara a nadie del hotel de la Familia.

—Así que no me has dicho nada. —Hizo crujir los nudillos con impaciencia—. Eso ya lo sabes, ¿por qué hablar de ello?

—¿Hasta dónde llega tu fuerza, Parker? —Dio media vuelta y atravesó la habitación, dirigiéndose hacia las ventanas y hablando por encima del hombro mientras andaba—. Me lo he preguntado a menudo. Creo que eres el hombre

más fuerte que he conocido en mi vida. —Se detuvo y volvió la cabeza hacia él, con una mano en las cortinas—. Sin embargo, me pregunto si eso es suficiente.

—¿Suficiente para qué?

Ella corrió la cortina hacia un lado. La ventana era alta y ancha. Se quedó frente a ella, mirando al exterior, minúscula y bien proporcionada.

—Buscas a un hombre de la Familia llamado Resnick —dijo—. Te conozco bien; lo buscas para algo que no le gustará.

—Voy a matarle —declaró Parker.

Ella sonrió, asintiendo.

—Tenía razón —dijo—. No le gustará. Pero ¿y si algo va mal y te cogen, y te preguntan quién te habló del hotel? ¿Y si te obligan a contestar?

—Les diré que fue un tipo llamado Stegman.

—¿Sí? ¿Qué tienes contra Stegman?

—Nada, pero es creíble. ¿Acaso le conoces?

—No. —Volvió a cerrar las cortinas, paseó un poco más por la habitación, cruzándola hasta el otro extremo sólo para echar la ceniza en una concha azul—. Está bien —dijo—, espera aquí. Haré una llamada. Quiero asegurarme de si es ahí donde está o no.

—De acuerdo.

—Si te decides a tomar la cerveza —dijo ella—, la cocina está por allí.

Salió de la habitación y él se distrajo encendiendo un cigarrillo. Después cogió una rana de porcelana verde de la mesa más próxima y la miró. Brillaba y tenía los ojos negros. Le dio la vuelta y vio que era hueca, con un agujero redondo en la base, y las palabras Made in Japan impresas en la porcelana junto al agujero. Volvió a dejar la rana en su lugar y paseó la mirada por la habitación. Al parecer, no le iban mal las cosas.

Ella volvió y dijo:

—Está allí. Incluso tengo el número de la habitación.

—Estupendo —repuso él, levantándose.

Ella sonrió, con una sombra de acritud.

—La conversación no es tu fuerte —dijo—. Consigues lo que quieres y te marchas.

—Nunca he podido pensar en dos cosas a la vez —replicó él—. Quizá vuelva a verte otro día.

—¡Qué diablos vas a venir! Toma, te lo he anotado.

Parker cogió el papel que ella le alargaba y leyó su pequeña y cuidadosa

escritura: «Oakwood Arms, Park Avenue y Calle 57. Suite 361». Lo leyó tres veces, y después estrujó el papel y lo echó en un cenicero de cristal de forma abstracta.

—Gracias.

—A tu disposición, querido. Somos amigos, ¿no?

El sarcasmo le torció la boca. Él se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera.

—Lo de los veinte dólares iba en serio —dijo.

Ella miró los dos billetes de diez que él le alargaba, titubeando.

—Oh, vete al infierno, ¿quieres? ¡Qué te aspen, sinvergüenza! ¡Siete años y ni siquiera me preguntas cómo estoy!

Parker volvió a meter los billetes en la cartera y la cartera en el bolsillo.

—La próxima vez —dijo— traeré más.

Ella cogió una rana, echó la mano hacia atrás para tirársela y se detuvo. Él esperó, mirándola. Ella bajó el brazo y murmuró:

—Debería avisarle de que vas a ir.

—No serías capaz de hacerlo —contestó él.

Se dirigió hacia la puerta.

La camarera seguía preguntándole si quería algo más.

Parker no tuvo más remedio que apartar la mirada de la calle. Observó que llevaba un vendaje en un dedo, de modo que replicó:

¿Qué pasa, es que su marido no le da bastante?

Después de esto, le dejó en paz.

Se quedó mirándole con indignación desde el otro extremo de la barra, pero a él no le importó. Siguió observando la calle y dejó que su taza de café de quince centavos se enfriara. Era una cafetería de Park Avenue, y muy cara. Un bocadillo costaba ochenta y cinco centavos, y sin mantequilla. Todo así.

Al otro lado de la calle se levantaba el Oakwood Arms, un edificio de piedra gris con una modesta marquesina. Un tipo de cabello blanco, alto y delgado, salió a barrer los escalones de la entrada con una escoba de mango amarillo y después volvió a desaparecer en el interior. Tanto él como el portero llevaban un uniforme azul con galones amarillos.

Un taxi se detuvo frente al hotel y dos voluminosas matronas se apearon de él, riéndose tontamente mientras buscaban en el billetero con qué pagar al taxista. Un botones uniformado de azul salió por la puerta giratoria y bajó los

escalones recién barridos, y el taxista abrió el portaequipajes. Una de las matronas llevaba una maleta azul celeste y la otra una gris.

El taxista se alejó, con una propina del quince por ciento en el bolsillo, y mientras las matronas y el botones entraban, un tipo vestido con un traje gris perla salió a la calle, con aspecto próspero, seguido por un tipo más joven vestido de negro, con aspecto vigilante. Parker los siguió con la mirada, etiquetándolos mentalmente. Un jefe de la Familia y su guardaespaldas.

El jefe detuvo un taxi, mientras el guardaespaldas miraba a su alrededor, y después ambos entraron en el vehículo y se alejaron.

Empezaba a oscurecer. Y él empezaba a impacientarse; no sabía si Mal estaba dentro o fuera. Si estaba fuera, tendría que esperar hasta que entrara y volviera a salir. Si estaba dentro, sería más sencillo.

Continuaron llegando huéspedes, en su mayoría turistas, otros que por su aspecto debían pertenecer a la Familia, y otros de aspecto indeterminado. No vio a Mal entre ellos, ni reconoció a ninguno. Aparte de él, no había nadie apostado fuera del edificio.

Pero él sabía lo que habría dentro: dos o tres tipos sentados en el vestíbulo, leyendo el periódico, que alzarían la mirada cada vez que entrara alguien. Si ese alguien no gozaba del visto bueno de la Familia, si su presencia no era bien acogida en el hotel, los dos o tres tipos dejaban sus periódicos e irían a su encuentro, le acorralarían contra una puerta del vestíbulo y le llevarían a una habitación trasera donde pudiesen preguntarle lo que quisieran o decirle lo que les apeteciera.

Mal había escogido un buen lugar para vivir. Sería difícil entrar ahí sin ser visto. A derecha e izquierda de la entrada del vestíbulo había establecimientos comerciales con puertas que daban a la calle, una tienda de cigarros a la izquierda y una cafetería a la derecha. Debían tener una puerta de acceso al hotel, pero no le servirían de nada. Ésas entradas también estarían vigiladas.

La camarera volvió a acercarse, aún enfadada.

—Si no quiere nada más —dijo—, haga el favor de dejar sentar a alguien que quiera tomar algo.

Él paseó la mirada a lo largo de la barra. La mitad de los taburetes estaban vacíos.

—Otra taza de café —pidió—. Éste está frío.

Ella pareció a punto de replicar, pero el dueño estaba sentado frente a la caja registradora, mirándoles. Se llevó la taza de café, trajo otra y añadió otros quince

centavos a la cuenta.

No tendría más remedio que buscar otro puesto de observación. A un lado de la cafetería había una floristería y después la esquina, y al otro lado una tienda de antigüedades y una zapatería, y otras muchas tiendas hasta llegar a la esquina. Sin embargo, la cafetería no tardaría en cerrar, y la camarera le irritaba.

Quizá en el segundo piso de algún sitio. Dejó la nueva taza de café pero ni un centavo de propina, pagó la cuenta al dueño y salió a la calle. Enfrente, una muchacha de la Familia bajó de un taxi y subió los escalones contoneando las caderas. El portero le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Parker se detuvo en la acera, mirando los letreros impresos en las ventanas de los segundos pisos. Un dentista, un salón de belleza, una tienda de ropas de segunda mano, una tienda de filatelia y numismática, otro dentista. Estaba oscureciendo y ninguna luz brillaba a través de las ventanas, excepto las de la tienda de ropa. Miró hacia el otro lado de la calle, pero no ocurría nada.

En la puerta contigua a la cafetería había los rótulos del dentista y el salón de belleza. También estaban los de una tienda de pelucas y el bufete de un abogado en el tercer piso. Parker entró y subió las escaleras. Mal podía estar saliendo en ese momento, mientras él subía las escaleras.

Se apresuró todo lo que pudo y llegó al rellano. El dentista a la derecha, el salón de belleza a la izquierda, cristal opaco en la mitad superior de las puertas, Vio luz a través del cristal de la puerta del salón de belleza. Llamó con los nudillos, cerrando el otro puño con impaciencia, y al cabo de un minuto divisó una sombra sobre el cristal y una voz de mujer preguntó:

—¿Quién es?

—Le traigo el café.

Después de un segundo de estupefacción, ella dijo:

—¿Qué café? No he pedido ningún café.

—De la cafetería de abajo —precisó él—. El jefe me ha mandado al salón de belleza.

—Pero yo no he pedido ningún café.

—Señora —dijo él—, me han dado el café para el salón de belleza.

Ella abrió la puerta para seguir discutiendo. Era una mujer menuda, muy maquillada, y mientras abría desmesuradamente los ojos él la golpeó con los nudillos en la barbilla. Sus ojos se cerraron y cayó hacia atrás.

Parker entró, cerró rápidamente la puerta y pasó por encima de ella. Era una antesala. Una lamparilla iluminaba el dinero sobre la mesa. La mujer había

estado contando los ingresos del día.

Traspuso la puerta que conducía a una habitación a oscuras donde se hallaba toda la maquinaria y los secadores le parecieron monjes de enormes cabezas que rezaran sus oraciones. Miró hacia la calle a través de la palabra «Belleza» impresa en la ventana. No ocurría nada. Quizá Mal hubiera salido mientras él estaba en las escaleras. Bueno, regresaría antes del amanecer.

Quizás aquella muchacha de la Familia fuese para él. Tal vez no hubiera salido. No importaba, tenía tiempo. No tenía nada más que tiempo.

En la oscuridad, desenchufó dos secadores, arrancó los cordones de un tirón y los llevó a la otra habitación. La mujer no se había movido. Utilizó un cordón para atarle las manos a la espalda y el otro para atarle los tobillos. Encontró unas tijeras junto a un inhalador en el cajón de una mesa, cortó una parte de su falda y la empleó como mordaza. Tenía un buen par de piernas... Pero ahora no. Cuando hubiera terminado, cuando Mal estuviera muerto; entonces querría a alguien.

Volvió a la otra habitación, arrastró una silla hasta la ventana, se sentó y encendió un cigarrillo. Había gente que entraba y gente que salía.

No era un buen lugar de observación. Si Mal salía y paraba un taxi, ¿qué? Quizá tuviera que esperar el taxi unos momentos, momentos que Parker aprovecharía para bajar a la calle, pero quizá no. Si salía y echaba a andar, sería mejor. Si no salía, sería peor.

Tenía que haber un modo de entrar allí. El hotel no estaba exactamente en la esquina. En ese lado había un estrecho edificio de oficinas junto a él. Otro hotel en el otro lado. El Oakwood Arms tenía once pisos de altura, el hotel de su izquierda sólo nueve. El edificio de oficinas sobrepasaba los veinte.

¿Entrar por la azotea? Entonces tendría que bajar hasta el tercer piso. Era un sistema que no le gustaba. Pero si no ocurría nada antes de las dos, tendría que ponerlo en práctica.

Había gente que entraba, y gente que salía. Reconoció a un individuo; le había visto en Chicago. Un hombre de la Familia. Pero ni rastro de Mal.

Terminó su último cigarrillo, y esto le puso nervioso. No quería alejarse de la ventana, pero lo hizo. El bolso de la mujer estaba encima de la mesa, al lado del dinero. Tenía medio paquete de cigarrillos con filtro. Se los metió en el bolsillo de la camisa.

Le echó una mirada; seguía inconsciente. Eso le preocupó. Estaba de costado, con la cara en sombras. Se acercó y la observó atentamente. Tenía los

ojos casi salidos de las órbitas, y el cuello y la cara amarotados y moteados: Recordó el inhalador que había visto al lado de las tijeras, en el cajón. Debía de tener sinusitis o algo por el estilo, y la nariz obstruida.

Era estúpido. No le gustaba, era estúpido. No había ninguna razón para que estuviese muerta. No había ninguna razón para que una mordaza sobre la boca le hubiera causado la muerte. Furioso por la estupidez de lo ocurrido, volvió a la otra habitación y se sentó de nuevo frente a la ventana. Fumó los cigarrillos con filtro, pero eran demasiado suaves. No tenían sabor alguno, de modo que aspiró el humo demasiado profundamente, fumó con demasiada frecuencia y se le irritó la garganta.

Y el aire de la habitación empezó a viciarse.

Esperó y observó. Y ni rastro de Mal. A las dos, sólo le quedaba un Newport. Lo dejó dentro de la cajetilla encima de la mesa, con el dinero. Sus huellas estaban por todas partes. Ronald Casper, el vago que mató al guardia en California, había matado otra vez. No valía la pena intentar borrar todas las huellas. Si llegaban a atraparlo, el guardia de California sería suficiente. No necesitarían a esa mujer con congestión respiratoria.

Bajó las escaleras hasta la calle y entró en la cafetería. Estaban a punto de cerrar; un muchacho de color fregaba el suelo, con todas las sillas encima de las mesas.

El dueño se encontraba ahora detrás de la barra, y había dos clientes sentados en los taburetes. Parker dijo:

—Un paquete de Lucky y ocho cafés para llevar. Cinco solos, dos con azúcar y uno con leche.

—Ha llegado por los pelos —comentó el dueño—. Estoy cerrando. Son las dos... hora de cerrar.

—Si tuviera una caja de cartón pequeña —expuso Parker—, sería más fácil de llevar que una bolsa.

—Cinco minutos más tarde —le dijo el dueño— no habría tenido suerte.

Abrió la cajetilla de Lucky inmediatamente y encendió un cigarrillo. Después pagó los cafés, dispuestos en una caja de cartón no muy alta, y el dueño le abrió la puerta.

Cruzó la calle en diagonal hacia el edificio de oficinas. Si Mal salía en ese momento, sería otra estupidez. Vería a Parker, se refugiaría dentro y no volvería a salir. Y complicaría las cosas.

Pero Mal no salió. Y el edificio de oficinas de la esquina funcionaba las

veinticuatro horas del día. Eso significaba que había un empleado de servicio durante toda la noche para atender al ascensor y abrir y cerrar la puerta a los inquilinos que trabajaban hasta tarde. Desde la ventana del salón de belleza, Parker había visto salir a tres hombres poco después de medianoche y al empleado cerrar la puerta tras ellos. Y en unos cuantos pisos aún había luces encendidas.

Había cuatro puertas de cristal seguidas. A través de ellas, vio dos ascensores y a un tipo con un uniforme gris que estaba sentado en una silla de cocina junto a un podio de madera sobre el que se veía el libro de registro de entradas. El tipo estaba leyendo el News.

Parker golpeó con el pie la parte baja de la puerta, donde estaba forrada de metal, y el tipo dejó el News y se dirigió lentamente hacia allí, arrastrando los pies sobre el brillante suelo geométrico. Observó a Parker y después se fijó en la caja del café, asintió y se apoyó en una rodilla para sacar el cerrojo de la puerta. El cerrojo estaba cerca del suelo en la tira de metal que atravesaba la puerta de un extremo a otro en la parte inferior.

Parker entró y el empleado volvió a colocar el cerrojo. Se incorporó artríticamente y dijo:

—Una bonita noche.

Parker asintió con un gruñido.

Se dirigieron a los ascensores. Ambos estaban en la planta baja, pero sólo uno tenía una luz encendida en su interior. Entraron en ése y Parker dijo:

—Doce.

—Muy bien.

Mientras subían, el empleado quiso saber si Parker había leído el caso de los dos niños en el periódico y Parker le dijo que no. Llegaron al duodécimo piso y le preguntó:

—¿Quiere que le espere?

—No —contestó Parker—. Tengo cinco aquí, y tres en el décimo. Bajaré al décimo por las escaleras y después le llamaré.

—De acuerdo.

Las puertas se cerraron y Parker tiró la caja, sin importarle dónde cayera. Se estrelló en el suelo y los recipientes de café rodaron y se derramaron, ensuciándolo todo. Fue hasta el extremo del pasillo, giró a la derecha y llegó a una puerta con un letrero que anunciaba algo de unos contables. Se quitó un

zapato y rompió el cristal escarchado cerca del pomo. Después volvió a ponerse el zapato, metió la mano en el agujero y descorrió el cerrojo.

Había aparatos de aire acondicionado en todas las ventanas. A través de una de ellas, vio la azotea del hotel medio piso más abajo, a unos dos metros. Un salto fácil.

Rompió de un golpe el cristal de encima del aparato de aire acondicionado y saltó por la ventana, cayendo en la azotea del hotel. Frente a él estaba la puerta que conducía a las escaleras. Se acercó e intentó abrirla; estaba cerrada con llave, tal como esperaba, de modo que caminó hasta el borde de la azotea que daba a la pared posterior, donde había la escalera de incendios. A poca distancia se hallaba la pared posterior de otro edificio, y entre ambas la oscuridad era completa.

La primera parte de la escalera de incendios era metálica, hasta el descansillo del último piso. La ventana que había allí era ancha y baja, y daba a un corredor. El corredor estaba tenuemente iluminado y vacío, pero la ventana se hallaba cerrada por dentro.

Volvió a subir la escalera hasta la azotea y entró en el despacho de los contables por la ventana. Registró todos los cajones y en una especie de armario lleno de suministros de oficina y un mimeógrafo encontró un destornillador grande, un martillo y una almohadilla sin entintar. Lo cogió todo y volvió a salir, atravesó la azotea y bajó hasta la ventana. Sería más fácil romper la ventana, pero no quería hacer el menor ruido.

Introdujo el destornillador en la rendija que había entre las dos partes de la ventana, junto al cerrojo. Después sacó la almohadilla de su caja de metal y la sostuvo contra la parte superior del destornillador para amortiguar el sonido cuando lo golpeará con el martillo.

El destornillador fue introduciéndose lentamente, separando las dos partes de la ventana y forzando el cerrojo hasta que al fin cedió. Entonces se le cayó el destornillador, que se estrelló contra el metal de la escalera de incendios, y él se quedó agachado junto a la ventana después de recogerlo, y no se levantó hasta estar seguro de que nadie había oído el ruido.

Levantó la ventana, entró por ella y volvió a cerrarla. La bombilla roja que había encima de la ventana le coloreó la cara y las manos.

Encontró las escaleras y las bajó rápidamente, deteniéndose en cada rellano para escuchar. No se topó con nadie, y en el tercer piso permaneció unos momentos frente a la puerta antes de abrirla cautelosamente.

El rellano estaba vacío.

Encontró la 361 a mano derecha. Fue muy fácil entrar; el destornillador se introdujo fácilmente entre la puerta y el quicio, y descorrió el pestillo.

Entró con grandes precauciones, atento a cualquier sonido, cualquier movimiento. La suite estaba a oscuras. ¿Fuera de casa, o dormido? Atravesó el salón en la oscuridad, bendiciendo el silencioso grosor de la moqueta, y miró por la puerta del dormitorio.

La cama estaba vacía y sin hacer; no había sábanas, ni mantas, ni almohada. El colchón era de rayas grises y blancas, y brillaba tenuemente a la mortecina luz que entraba por la ventana.

Sobresaltado, irrumpió en la habitación, miró a su alrededor, se precipitó hacia el armario y abrió la puerta.

Estaba vacío. Allí ya no vivía nadie.

Mientras ella daba la vuelta al pomo. Parker se abalanzó sobre la puerta, propinándole un golpe que la lanzó hacia atrás. Estuvo a punto de caerse por los tres escalones que conducían al salón, pero recuperó el equilibrio en el último momento. Él entró en el apartamento, irritado y violento, cerrando la puerta de golpe tras sí.

—Se ha mudado —dijo—. El bastardo se ha mudado.

—Por poco me haces caer por las escaleras —protestó ella.

Ahora llevaba una bata de seda azul celeste y zapatillas con borlas azules. En el salón, la última película de la televisión estaba llegando a su fin.

Te digo que se ha mudado. Ni ropa, ni nada. Ya no vive nadie en esa maldita habitación.

Ésta vez, ella le oyó.

—¿Mal?

—¿Quién, si no? Wanda, será mejor que digas la verdad.

—Llámame Rose —contestó automáticamente ella—. Ya he perdido la costumbre de responder a otro nombre.

—No me importan tus costumbres, Wanda —Parker avanzó hacia ella, con el rostro sombrío, y ella bajó de espaldas los escalones que conducían al salón. Tenía la cara a la altura del pecho de él. Parker alargó una mano y la asió por el cabello, retorciéndolo y atrayéndola hacia sí—. No está allí —dijo—, y quiero saber una cosa, Wanda. ¿Ha estado allí alguna vez?

—Parker, te juro... —Ahora se hallaba aterrorizada, consciente de lo que él era capaz de hacer, y tartamudeaba—. Te juro, te juro...

—No está allí, Wanda —repitió Parker, como si ella aún no le hubiera

entendido—. La cama no está hecha, el armario está vacío, no hay nada que sea de nadie. No está allí, y quiero saber si ha estado alguna vez.

—Parker... Parker... —Él le retorció el mechón de cabellos, y ella se puso de puntillas, intentando mitigar el dolor—. Yo no te mentiría —balbució—. No tengo ningún motivo para mentirte.

—Un motivo —replicó él. Le retorció el cabello con más fuerza, levantándola de modo que los dedos de sus pies apenas tocaban el suelo—. Si me guardaras rencor por alguna cosa, Wanda, ése podría ser un motivo. Me envías al hotel de la Familia, me dejas irrumpir en él en busca de un tipo que ni siquiera está allí, y dejas que la Familia me agarre y se ocupe de mí. Éste podría ser el motivo.

—¡Ningún rencor, Parker! —exclamó ella—. No te guardo rencor... ¿Por qué iba a guardarte rencor?

—Tú me lo dirás, Wanda.

—¡Parker, por favor!

Él la soltó tan súbitamente que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Su enmarañado cabello rojizo le tapaba parcialmente la cara. Levantó los ojos hacia él, temerosa de lo que pudiera hacer a continuación, y él dijo:

—Por el momento, Wanda, voy a creerte. Sólo por el momento. Voy a creer que Mal vivía en esa habitación, y que se ha mudado por alguna razón. Quizá estaba asustado y...

Se interrumpió, dejando de mirarla para fijar la vista en la ventana.

—Asustado —repitió—. Tal vez. Tal vez te hayan avisado. Habrá ido a meterse en algún agujero.

—Vivía allí, Parker —dijo ella con desesperación—. La chica que estuvo con él me dio la dirección. Ésta es la pura verdad, Parker... te lo juro.

—¡Oh, Mal! —exclamó él—. ¡El muy hijo de puta! —Después bajó la cabeza y volvió a mirarla, aún tirada en el suelo—. Tú averiguarás dónde, Wanda. Tú averiguarás dónde se ha refugiado.

—¿Cómo voy a hacerlo? Parker, por el amor de Dios, sé razonable. ¿Cómo crees que voy a hacerlo?

—Conozco a ese hijo de puta —dijo él—. Fue corriendo a ese agujero, pensando en mí y la muerte. Y llamó a una chica, Wanda, puedes apostar. Conozco a ese mal nacido; llamó a una chica. Llama al mismo sitio, Wanda, y averigua dónde.

—¿Cómo voy a hacerlo? —Sentada en el suelo, abrió los brazos en un gesto

exagerado—. ¿Qué razón voy a dar? No puedo llamar sin más, Parker... querrán saber por qué.

—Muy bien —dijo él—. Le prestaste veinte pavos. Os conocisteis en una fiesta o algo así, y le prestaste veinte pavos. El te aseguró que te los devolvería hoy, de modo que fuiste a su hotel y se había mudado. Y quieres saber dónde está, para poder ir a verle mañana y recuperar la pasta. ¿Entendido?

—Parker, no sé...

—Más te conviene saberlo. Levántate.

Al cambiar de posición, se le abrió la bata desde la cintura, dejando al descubierto sus piernas bronceadas y su vientre blanco, y le recordó a Lynn, aquella última noche en que fue a su apartamento. Dio media vuelta, irritado y diciendo:

—Abróchate la bata y levántate de una vez.

Se puso en pie, trémula, mirándole con aprensión, aterrorizada al verle así, sin saber qué más le exigiría.

—Lo intentaré —dijo, queriendo aplacarle—. Lo intentaré, Parker, haré todo lo que pueda.

—Así está mejor —repuso él.

La siguió al dormitorio, donde estaba el teléfono. Había una cama de matrimonio con una colcha de satén azul y una mesilla de noche lacada, de un tono crema. El teléfono estaba encima de la mesilla de noche, y era un modelo de lujo de color azul.

—No sé cómo me dejé convencer para que me instalaran esto —dijo ella, mientras cogía el teléfono, intentando reírse y hacer una broma cualquiera, algo que distendiera el ambiente—. No puedes marcar, ni colgarlo. —Se sentó en el borde de la cama, con el teléfono en el regazo, y lo sujetó con una mano mientras marcaba con la otra. Se equivocó en el tercer número y cortó la comunicación, riéndose con nerviosismo y diciendo—: ¿Ves a lo que me refería?

La segunda vez consiguió marcar bien el número. Parker se quedó con la espalda apoyada en la pared, junto a la puerta, observándola.

Le contestaron a la tercera llamada y preguntó por una tal Irma. Hubo una pequeña pausa y ella evitó mirar a Parker. Cuando finalmente Irma se puso al teléfono, le contó la historia del préstamo de los veinte dólares.

Irma le hizo varias preguntas y ella las contestó. ¿Por qué había esperado a aquella hora para llamar? Porque había pasado toda la noche pensando en ello, cada vez más excitada, y finalmente había decidido llamar. Y además, ¿dónde

había conocido a Mal Resnick? En aquella fiesta que dieron aquella vez para aquel Bernie de Las Vegas, cuando doce de las chicas fueron enviadas a la fiesta y Mal estaba allí. ¿Y por qué había prestado veinte dólares a un perfecto desconocido? Porque pertenecía a la Familia y creyó que debía hacerlo. Incluso le pareció que era una buena política. Y, ¿habían terminado ya sus vacaciones? No, hasta mañana no.

Lo hizo bien, sin que sus palabras o su tono de voz dieran a entender que algo marchaba mal, y al fin Irma accedió a darle la nueva dirección de Mal si le prometía no ir a verle hasta la mañana siguiente, porque aquella noche Linda estaba con él. Ella se lo prometió, y después cogió la libreta y el lápiz de la mesilla de noche y anotó la dirección.

Cuando hubo terminado de dar las gracias a Irma y colgó, tras intentar varias veces que el auricular se aguantara sobre la horquilla, volvió a dejar el teléfono en la mesilla de noche y se levantó, alargando la libreta.

—Aquí está —dijo—. El Hotel St. David, en la Cincuenta y siete. Habitación quinientos dieciséis.

Él cogió la libreta.

—Lo has hecho muy bien —comentó.

—Si tienes que irte, vete cuanto antes —rogó ella, súbitamente cansada—. He de hacer las maletas.

—¿Las maletas?

—Vas a matarle esta noche —dijo ella, con voz ahogada—. Mañana, Irma se acordará de que la he llamado y querrá saber dónde estaba. Vendrán a verme y harán preguntas, y me matarán. Tengo que irme de aquí esta misma noche.

—Gracias —dijo él.

Ella le miró con mal humor.

—No me las des —repuso. No lo he hecho por amor a ti. Si hubiera rehusado, me habrías matado tú. De este modo, tendré unas cuantas horas de ventaja.

Parker saltó por la ventana y vio que Mal se levantaba, con la cabeza vuelta por encima del hombro y la cara desencajada por el pánico. Vio que Mal se abalanzaba hacia la bata que había encima de una silla, y comprendió que debía haber un revólver en el bolsillo. Pero no se precipitó. Ahora disponía de mucho tiempo, de todo el tiempo del mundo.

Entró en la habitación. Mal se desplomó sobre la silla, él y la silla cayeron ruidosamente al suelo, y entonces la mujer se incorporó, estupefacta, no asustada

todavía, con los ojos fijos en él. Levantó un brazo para taparse el pecho.

Mal estaba cómico, verdaderamente ridículo, atrapado debajo de la silla y la bata. Agitaba los brazos a su alrededor, en busca del bolsillo donde estaba el revólver. Parker se acercó a él y apartó la silla de un puntapié, y Mal logró al fin coger el revólver, con la cara aún desencajada pero con unos movimientos espasmódicamente rápidos, como los de una marioneta.

Mal intentó levantarse con el arma en su mano sudorosa, pero Parker alargó un brazo, cogió el cañón y le arrebató el revólver de la mano. El metal de la culata estaba más oscuro y brillante por el sudor.

Parker tiró el revólver al rincón donde había caído la silla, se inclinó y rodeó el cuello de Mal con las manos. Mal se agitó sobre el suelo como un pez, sacudiendo los brazos y las piernas, y Parker continuó apretándole el cuello y miró por encima de su cabeza a la mujer incorporada en la cama.

—Tú no tienes nada que ver con esto. Mantén la boca cerrada y no te pasará absolutamente nada.

Ella estaba abriendo la boca en aquel momento, a punto de proferir un grito, pero ahora lo contuvo. Volvió a cerrar la boca y guardó silencio, observando con ojos desorbitados cómo Parker apretaba el cuello de Mal y los brazos y piernas de Mal se movían con creciente pesadez. Y entonces, de repente, Parker le soltó. Mal se cayó hacia atrás, sólo semiinconsciente, llevándose las manos al cuello y respirando con un sonido entrecortado.

Parker se quedó mirándole y pensó que era demasiado fácil. Y no era suficiente. No quería torturar a Mal; eso no le reportaría más que una pérdida de tiempo. Lo mejor sería poner fin a su vida con sus propias manos, rápida e implacablemente.

Pero era demasiado fácil y no era suficiente. Por primera vez pensó en el dinero. La mitad del botín le pertenecía. Los demás estaban muertos. Él y Mal estaban vivos; eso significaba que la mitad del botín le pertenecía.

También quería el dinero. Matar a Mal no era suficiente; sería un trabajo a medias. Una vez hubiese matado al bastardo, ¿qué?

Tenía menos de dos mil dólares a su nombre.

Tenía que seguir viviendo, tenía que reanudar sus viejas costumbres. Tenía que volver a los hoteles de lujo y los trabajos ocasionales, la vida fácil y cómoda que había llevado hasta que ese mal nacido se presentó en el taxi y le habló del asunto de la isla. Y para volver a esa vida, necesitaba dinero. La mitad. Cuarenta y cinco mil dólares. En voz alta, dijo:

—Cuarenta y cinco mil dólares, Mal, esto es lo que me debes.

Mal intentó hablar, pero sólo pudo articular un graznido. Aún no había recuperado la voz, el mal color aún no se había borrado completamente de su cara.

Parker miró a la mujer.

—Lárgate —dijo—. Vístete y lárgate.

Ella saltó de la cama, con movimientos torpes, y si normalmente era una mujer hermosa y elegante ahora no lo parecía.

—Mal —dijo Parker—. ¿Quieres que ella llame a la policía?

—No —graznó Mal.

—¿Quieres que llame a la Familia?

—No.

Parker asintió y se volvió hacia la mujer, que estaba inclinada delante, poniéndose las bragas, torpe en su apresuramiento.

—Escucha bien —le dijo—. Escucha lo que Mal tiene que decir.

Ella se quedó inmóvil, mirándoles, y Mal graznó:

—No hables con nadie, no digas nada de esto a nadie. El sobre está en el salón. Cógelo... vete a casa... no digas nada a nadie.

—Eso es —asintió Parker. Se sentó en el borde de la cama, y esperaron hasta que la mujer se hubo marchado. Entonces Parker volvió a levantarse—. Me debes cuarenta y cinco mil dólares, Mal.

En este momento Mal pensó que quizá no le matara después de todo. Quizá Parker no quisiera matarle, sino tan sólo obtener su mitad del dinero. Se levantó del suelo, aún tembloroso, y dijo:

—En este momento no los tengo, Parker. Yo...

—¿Qué has hecho con el dinero?

—Tuve que pagar ochenta mil dólares a la Familia. Se lo di todo a ellos.

Esto le satisfizo. Esto sería suficiente. Iría al sindicato —la Familia, como quisieran llamarlo—, se presentaría a ellos y recuperaría el dinero. Era lo que necesitaba; necesitaba actuar, presionar, luchar. Mal no era suficiente; era fácil, era demasiado fácil, era lo más fácil con que había tenido que enfrentarse en su vida.

—Muy bien —dijo Parker—. Es la misma Familia que la de Chicago, ¿verdad?

Mal asintió, desconcertado.

—Por supuesto. De costa a costa, Parker, es la misma.

—¿Quién la dirige? ¿Quién es el jefe aquí, en Nueva York?

—¿Qué quieres hacer, Parker? No puedes...

—¿Quieres morir, Mal?

—¿Qué? ¡No! Por el amor de Dios, Parker...

Se miraron fijamente unos instantes. Parker extendió las manos para que Mal pudiera verlas, curvadas, preparadas para cerrarse entorno al cuello de Mal.

—¿Quién es el jefe en Nueva York, Mal?

—Ellos me matarán, Parker, ellos...

—No, si ya estás muerto.

Parker rodeó el cuello de Mal con las manos, suavemente, todavía sin apretar. Tenía los brazos estirados, y de este modo no podría protegerse si Mal decidía darle una patada en la ingle o un puñetazo en el estómago, pero sabía que Mal no intentaría nada por el estilo. No tenía nada que temer de Mal. Mal era fácil.

El labio inferior de Mal tembló, y después explicó:

—Hay dos: el señor Fairfax y el señor Carter. Son los que dirigen los negocios en Nueva York.

—¿Dónde puedo encontrarles, Mal?

—El señor Fairfax no está en la ciudad en este momento.

Mal sacó la lengua para humedecerse los labios, y lanzó una ojeada al rincón donde Parker había tirado el revólver.

—Parker —dijo, suplicante—, podemos llegar a un acuerdo...

—¿Dónde puedo encontrar a Carter?

—Por favor, Parker, no te servirá de nada. No podrás llegar hasta él, y si nosotros nos ponemos de acuerdo...

Parker apretó las manos en torno al cuello de Mal.

—¿Dónde puedo encontrar a Carter?

Mal titubeó, desvió la mirada, gesticuló con las manos, cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, y capituló.

—En el quinientos ochenta y dos de la Quinta Avenida —contestó. Cerró los ojos, como si entonces no fuera realmente él quien hablara—. Tiene una oficina allí. Inversiones Frederick Carter. Séptimo piso, no recuerdo el número.

Parker apartó las manos del cuello de Mal.

—Bien —dijo—. Eso está muy bien.

Mal quiso suplicar de nuevo, empezó a decir algo sobre la posibilidad de que llegaran a un acuerdo, pero entonces Parker le interrumpió.

—Háblame de la oficina. Has dicho que no podría llegar hasta él. ¿Por qué?

Mal le explicó la distribución de la oficina y después le habló del hombre silencioso, y de lo que el hombre silencioso decía cuando se trataba de alguien a quien el señor Carter no quería ver.

Parker asintió, escuchando, y después dijo:

—Has estado allí recientemente, ¿eh, Mal? ¿Cuándo te enteraste de que te buscaba? —Miró a su alrededor—. Te echaron, ¿verdad? ¿No te ayudaron?

—Me dijeron que era asunto mío. El señor Carter lo dijo.

Parker se echó a reír.

—Deberían haber sido más listos, ¿no crees, Mal?

Después volvió a rodear el cuello de Mal con sus manos, y esta vez no aflojó la presión hasta que Mal dejó de respirar.

CUARTA PARTE

El hombre silencioso abrió la puerta del despacho interior y miró a Parker. Titubeó y después le preguntó qué deseaba. Parecía desconcertado. No reconoció a Parker como un hombre de la Familia, pero tampoco le identificó como un inversionista. Parker contestó:

—Diga a su jefe que el tipo que ha matado a Mal Resnick está aquí.

El desconcierto reflejado en la cara del hombre silencioso pasó de ser real a simulado. Dijo:

—Lo siento. No sé de qué está hablando.

—No tiene por qué saberlo —replicó Parker.

Le volvió la espalda y se dirigió a uno de los sofás. Se sentó y cogió un ejemplar de U. S. News & World Report que había sobre la mesa. Leyó en la portada que la industria automovilística se estaba recobrando.

El hombre silencioso se quedó mirándole, sin saber qué hacer. Al ver que Parker no levantaba los ojos, se encogió de hombros, salió y volvió a cerrar la puerta. Parker dejó la revista y se puso en pie. Examinó los dos grabados de caza que había en la pared, pero ninguno de los dos era un espejo de una sola cara. Miró la puerta del despacho interior. El picaporte era de metal dorado y la cerradura estaba junto a él. Parecía resistente. Parker pensó en tres hombres que habrían podido traspasarla como un cuchillo a través de mantequilla.

Pasaron cinco minutos y el hombre silencioso regresó con aspecto receloso. Anunció:

—El señor Carter le recibirá. Primero tengo que cachearle.

Parker levantó los brazos. Mal ya estaba muerto y ahora podía tomarse las cosas con calma. Fue razonable, como un hombre de negocios que se dispusiera a tratar de una deuda. El hombre silencioso podía cachearle, no importaba.

El hombre silencioso terminó y dio un paso atrás.

—Está bien —dijo de mala gana.

Abrió la puerta y la franqueó. Atravesaron el despacho gris y el salón bar hasta el despacho del señor Carter. El señor Carter estaba sentado detrás de su mesa, leyendo un informe de valores. Levantó la mirada y dijo:

—No sabía que Mal estuviera muerto.

—Lo está.

—Oh, no dudo de su palabra. —Indicó la butaca de cuero en la que Mal se había sentado—. Siéntese aquí.

El hombre silencioso estaba detrás de Parker. Dio media vuelta, en dirección a su silla del rincón, y Parker giró sobre sus talones, con la mano izquierda extendida y los dedos rígidos. Las puntas de sus dedos se hundieron en el costado del hombre silencioso, justamente encima del cinturón. El hombre silencioso exhaló un gemido y se inclinó hacia un lado, tratando de respirar. Parker alargó la mano derecha, con el puño cerrado, y le golpeó en la mandíbula, precisamente debajo de la oreja. El hombre silencioso empezó a desplomarse y, antes de que llegara al suelo, Parker le había sacado el 32 de la pistolera de la cadera. Cuando se volvió, el señor Carter aún estaba abriendo el cajón. Se quedó inmóvil cuando se vio encañonado por el 32.

Parker le ordenó:

—Cierre el cajón.

El señor Carter miró a su hombre tendido en el suelo y cerró el cajón. Parker abrió el 32 y vació el tambor en la palma de su mano. La punta de las balas había sido estriada, para que se dilataran al dar en el blanco. Se acercó a la mesa y dejó el 32 encima del secante verde. Las balas fueron a parar a la papelera.

—Usted no quiere que yo tenga un arma. Yo tampoco quiero que usted la tenga.

El señor Carter miró otra vez a su hombre.

—Es uno de los mejores.

Parker meneó la cabeza.

—No, no lo es. Se adormece con demasiada facilidad. —Se sentó en la butaca de cuero. Ahora ya podemos hablar.

El señor Carter esbozó una sonrisa.

—Creo que Resnick me mintió.

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—Dijo que le disparó, que tomó su parte del robo de una nómina y se fue con su esposa.

—Una parte es una mentira. Mi esposa fue la que me disparó.

—¿En serio? Ahora lo comprendo. —El señor Carter apoyó las palmas de las manos en el secante, a ambos lados del revólver vacío—. ¿Desea algo de mí?

—Mal les dio ochenta mil dólares.

—Nos pagó. Era una deuda.

—Cuarenta y cinco mil dólares eran míos. Quiero que me los devuelvan.

La tenue sonrisa del señor Carter desapareció. Parpadeó, volvió a mirar a su hombre tendido en el suelo y contestó:

—No hablará en serio.

—Es mi dinero.

—A la organización se le adeudaba una cierta suma —respondió el señor Carter—. Ésta suma fue pagada a la organización. Cualquier deuda de Resnick ha muerto con él y la organización así lo entiende. No podemos hacernos cargo de las deudas personales de nuestros empleados.

—Ustedes tienen cuarenta y cinco mil dólares de mi dinero. Quiero que me los devuelvan.

El señor Carter meneó la cabeza.

—La solicitud jamás sería aprobada. La organización se negaría a...

Parker le interrumpió.

—Los humoristas lo llaman el sindicato. Los matones y las prostitutas lo llaman la Familia. Usted lo llama la organización. Espero que no les desorienten tantos nombres. Aunque se llamen a sí mismos la Cruz Roja, me deben cuarenta y cinco mil dólares y me los devolverán les guste o no.

La fría sonrisa del señor Carter volvió a sus labios.

—¿Sabe, amigo mío, contra quién está intentando luchar? ¿Tiene idea de la cantidad de empleados que hay en nuestra organización, de costa a costa? ¿De cuántas organizaciones filiales en cuántas ciudades? ¿De cuántos funcionarios controlamos a nivel local y estatal en todo el país?

Parker se encogió de hombros.

—Son tan grandes como el servicio de correos. Tienen medios, de modo que pueden devolverme mi dinero sin ninguna dificultad. El señor Carter meneó la cabeza.

—Estoy intentando disuadirle por su propio bien —dijo—, hum... he olvidado su nombre. Resnick me lo dijo, pero... lo siento, no lo recuerdo.

—Parker. A partir de ahora lo recordará. La sonrisa se fortaleció apenas durante un segundo.

—Sí, creo que sí. Muy bien, Parker, permítame que le exponga las verdades

de la vida. La organización no es irrazonable. Paga sus deudas, trabaja dentro de una ética comercial aceptable, y hace lo que puede para obtener beneficios. Exceptuando el hecho de que trabaja al margen de la ley, se ajusta estrictamente al concepto corporativo. En otras palabras, si hubiera acudido a mí con una deuda contraída por nuestra sociedad, no habría habido ningún problema. Pero usted nos pide que le reembolsemos el importe de una deuda contraída por un antiguo empleado. Ninguna sociedad en el mundo accedería a eso, Parker, y estoy seguro de que nuestra organización tampoco lo hará.

—Mal les dio un dinero que no le pertenecía. Me pertenecía a mí. Ahora usted lo sabe, de modo que puede devolvérmelo.

—En primer lugar —dijo el señor Carter, yo, personalmente no podría devolvérselo. Tendría que ser el resultado de una decisión al más alto nivel. En segundo lugar, puedo decirle ahora mismo que estoy tan seguro de cuál sería esa decisión que ni siquiera voy a presentar la solicitud.

—No es una solicitud —corrigió Parker. Sin esperar un comentario, prosiguió—: Vamos a ver, ¿cuál es su puesto en esta organización... en esta sociedad suya? ¿Qué es usted, un vicepresidente o algo parecido?

—Más bien un director regional. Con otro caballero...

—Fairfax.

El señor Carter asintió, sonriendo.

—Resnick le dijo muchas cosas antes de morir, ¿verdad? Si, el señor Fairfax. Él y yo velamos por los intereses de la organización en Nueva York.

Entonces, ¿se puede saber quién dirige todo esto? Usted ha dicho que sabía cuál sería la decisión. ¿Quién tomaría la decisión?

—Un comité...

—Un hombre, Carter. Cuando llegas arriba, siempre encuentras a un hombre.

—No exactamente. En este caso, no. Son tres hombres. En realidad, cualquiera de ellos...

—¿Está alguno de ellos en Nueva York?

—Uno. Pero si me está pidiendo que le llame...

—No le estoy pidiendo que le llame —Parker oyó un movimiento a su espalda. Se puso en pie. El hombre silencioso estaba recobrando el conocimiento e intentaba levantarse del suelo. Parker le dio un puntapié en la cabeza y volvió a desplomarse. Se volvió de nuevo hacia el señor Carter—. No le estoy pidiendo que le llame —repitió—. Le estoy ordenando que le llame.

—¿Qué hará si me niego?

—Matarle, y esperar que Fairfax regrese a la ciudad.

El señor Carter hizo una tienda de campaña con los dedos y la contempló.

Sus labios se fruncieron y relajaron, una y otra vez. Miró a Parker por debajo de las cejas y dijo:

—Le creo. ¿Y si llamo y este caballero se niega, como sé qué hará?

—No lo sé —contestó Parker—. Veamos qué tiene que decir.

El señor Carter reflexionó unos momentos. Finalmente repuso:

—Muy bien. No conseguirá nada, pero llamaré. —Descolgó el teléfono y marcó. Parker observó, recordando el número. El señor Carter esperó un momento y después dijo—: Fred Carter quiere hablar con tu jefe, encanto. —Hizo una pausa, frunció el ceño con irritación y repitió—: Dile que Fred Carter. —Otra pausa y, con más irritación, agregó—: Bronson. Quiero hablar con Bronson.

Parker le sonrió, pero él no devolvió la sonrisa.

Se produjo una espera más larga antes de que Bronson se pusiera al aparato, y entonces el señor Carter volvió a anunciarse:

—Soy Fred Carter. Siento llamarle por una cosa así, pero hay un problema. Y su secretaria me ha obligado a decir su nombre. No, yo no quería... aquí hay alguien más. Éste es el problema.

Parker escuchó mientras el señor Carter explicaba la situación. Volvió a sonreír cuando el señor Carter dijo que el dinero procedía del robo de una nómina en Des Moines. Después, se limitó a escuchar.

Cuando la historia tocó a su fin, hubo una pausa y el señor Carter dijo:

—Ya se lo he explicado. Ha insistido en que llamara porque, de lo contrario, me mataría. Ya ha matado a su ex esposa y a ese Resnick, y Dios sabe a cuántos más.

—Nueve puntualizó Parker, aunque no estaba seguro de ello.

La conversación prosiguió. Finalmente, el señor Carter dijo:

—Muy bien. Espere un momento. —Tapó el teléfono con la mano—. Quiere llamar a uno de los otros dos, a Florida. Después volverá a llamarnos.

Parker meneó la cabeza.

—En cuanto usted cuelgue, enviará a un ejército. Lo haremos en una sola llamada.

El señor Carter transmitió esta información y después explicó a Parker:

—Dice que en este caso la respuesta es no.

—Déjeme hablar con él.

—Quiere hablar con usted.

El señor Carter le alargó el auricular.

—¿Cuánto vale ese Carter para usted? —preguntó Parker.

La voz que sonó junto a su oído era áspera e irritada.

—¿A qué se refiere?

—O me pagan, o Carter es hombre muerto.

—No me gusta que me amenacen.

—Nadie lo hace. Si me dice que no, mataré a su señor Carter, y después le tocará el turno a usted. Dejaremos que su compañero de Florida decida. Y si dice que no, le mataré a usted y entonces le tocará el turno a él.

—¡No puede cargarse toda la organización, maldito estúpido!

—Sí o no.

Parker esperó, sin mirar nada, oyendo únicamente el sonido de una respiración al otro lado de la línea. Al fin la airada voz dijo:

—Lo lamentará. No podrá huir de nosotros.

—Sí o no.

—No.

Espere un momento.

Parker dejó el auricular y dio la vuelta a la mesa. El señor Carter le miró con sorpresa y después se abalanzó hacia el cajón central.

Logró abrirlo, pero Parker cogió la pistola antes que él.

El señor Carter se levantó rápidamente, tratando de ponerse a cubierto, y Parker le hundió el cañón de la pistola en el vientre para amortiguar el sonido. Apretó el gatillo y el señor Carter se encogió sobre sí mismo, chocando con la butaca y golpeándose la cabeza con la mesa antes de caer al suelo.

Parker dejó la pistola y cogió el teléfono.

—Muy bien dijo. Ya está muerto. Tengo su nombre y su número de teléfono. Dentro de cinco minutos tendré su dirección. Dentro de veinticuatro horas le tendré a usted. Sí o no.

—¡Dentro de veinticuatro horas estará muerto! Ningún hombre puede oponerse a la organización.

—Hasta la vista —se despidió Parker.

Cuando Justin Fairfax entró en su lujoso apartamento de la Quinta Avenida iba acompañado por dos guardaespaldas, pero ambos llevaban su equipaje. Cuando Parker les salió al encuentro en el salón ya tenía la pistola del señor Carter en la mano.

—No suelten las maletas —dijo.

Fairfax estaba irritado. Sus vacaciones en Florida se habían visto interrumpidas por lo que parecía ser una sarta de tonterías. Miró airadamente a Parker e inquirió:

—¿Quién es usted? ¿Qué significa esto?

Los guardaespaldas permanecieron inmóviles, sin soltar el equipaje. No les pagaban para ser temerarios.

Parker dijo:

—Soy el motivo por el que ha regresado a Nueva York. Acérquese al sofá. Ponga las manos donde yo pueda verlas.

—¿Usted es Parker?

—Acérquese al sofá.

Fairfax retrocedió cautelosamente hacia el sofá, con los ojos fijos en la cara de Parker. Estaba mirando a un hombre que había desafiado a la organización. Quería saber qué aspecto tenía un hombre así.

Volviéndose hacia los guardaespaldas, Parker les ordenó:

—Den media vuelta y no suelten esas maletas.

Dieron la vuelta. Como profesionales, sabían lo que se avecinaba. Y sabiendo lo que se avecinaba, se pusieron en tensión y encogieron la cabeza entre los hombros.

Parker dio la vuelta a la pistola, la sujetó por el cañón y dejó caer el brazo dos veces seguidas. Los guardaespaldas se desplomaron y las maletas cayeron sobre la alfombra con un ruido sordo. Fairfax alzó una mano y se tocó el bigote, como para asegurarse de que aún seguía allí.

Era un hombre alto y majestuoso, con las sienes plateadas y un pequeño bigote entrecano. Una madura estrella cinematográfica, o tal vez el prototipo del dueño de un casino. Debía de tener unos cincuenta y cinco años o un poco más, y era evidente que asistía con regularidad a un gimnasio.

Parker dio otra vez la vuelta a la pistola y señaló con ella a los guardaespaldas.

—Arrástrelos hasta el dormitorio. Fairfax volvió a tocarse el bigote, reflexionando, y después dijo:

—Esto no le servirá, de nada, Parker.

—Creo que sí. ¿Quiere una bala en la rodilla?

—No.

—Entonces arrástrelos hasta el dormitorio.

Los guardaespaldas pesaban. Cuando los hubo arrastrado a ambos hasta el dormitorio más próximo, Fairfax resoplaba y aparentaba su verdadera edad. No había ninguna llave en la cerradura de la puerta del dormitorio, de modo que Parker preguntó dónde estaba.

Fairfax dijo:

—Sólo hay una llave. Está en la puerta de aquel armario.

—Vaya a buscarla. Y desconecte ese teléfono. Arranque los cables.

—No es necesario. Está enchufado. —Desenchufó el teléfono y enseñó el enchufe a Parker—. No tengo supletorios. Tengo enchufes para el teléfono en todas las habitaciones.

—Traiga el teléfono.

Ya sabía que la escalera de incendios daba a la ventana del otro dormitorio. Hizo que Fairfax cerrara la puerta con llave y después los dos volvieron al salón. Parker le ordenó que se sentara, y él obedeció, diciendo:

—No entiendo qué hace usted aquí. Pensaba que iba tras de Bronson.

—No soy idiota. ¿Es aquello un enchufe para el teléfono?

—Sí.

—Conéctelo. Llame a Bronson. Dígame que me debe cuarenta y cinco mil dólares. O me paga, o no le quedará nadie para dirigir sus negocios en Nueva York.

—No puedo llamarle. Ha salido de la ciudad.

Parker sonrió.

—Es un hombre valiente. Haga una llamada de larga distancia.

—No servirá de nada, Parker. Ha dejado morir a Cáster y también me dejará morir a mí.

—Con Carter, pensó que yo estaba fanfarroneando.

—No dudó en correr el riesgo —Fairfax volvió a tocarse el bigote—. No sé todos los detalles del caso —dijo—. No sé si tiene derecho a reclamar el dinero o no. Lo único que sé es que Bronson dijo que no. No cambiaré de opinión, pase lo que pase. Nunca lo hace.

—Ésta vez lo hará —Parker se sentó, enfrente del otro hombre—. Cuando usted le llame, quiero que le explique algo de mí. He trabajado por mi cuenta durante los últimos dieciocho años. En ese tiempo he trabajado con un centenar de hombres diferentes. En conjunto, ellos han trabajado con casi todos los profesionales del negocio. Ya sabe a qué negocio me refiero.

—Lo único que sé de usted —dijo Fairfax, con la boca oculta tras los dedos

que tocaban su bigote es que estuvo implicado en el robo de una nómina en Des Moines.

—A eso me refiero —Parker se cambió la pistola de mano. Por un lado están ustedes y su organización, y por el otro estamos nosotros. No tenemos una organización, pero somos profesionales. Nos conocemos. Nos respaldamos unos a otros. ¿Sabe de qué estoy hablando?

—De ladrones de bancos —dijo Fairfax.

—Bancos, nóminas, vehículos blindados, joyerías, cualquier sitio que compense el riesgo —Parker se inclinó hacia adelante—. Pero no asaltamos casinos —añadió—. No asaltamos las oficinas de apuestas ilegales ni los almacenes secretos de narcóticos. No asaltamos al sindicato. Sería muy fácil —ni siquiera se quejarían a la policía— pero no lo hacemos.

—Tienen una buena razón —replicó Fairfax—. Les atraparíamos si lo intentaran.

Parker meneó la cabeza.

—No nos encontrarían. No estamos organizados; sólo somos un tipo aquí y otro allí que se conocen uno a otro. Ustedes están organizados, de modo que son fáciles de encontrar.

—En otras palabras —dijo Fairfax—, si no le damos los cuarenta y cinco mil dólares, los robará... ¿no es así?

—No. Yo no hago las cosas de este modo. Me limito a cortar cabezas. Pero también escribo cartas, a ese centenar de hombres de los que le he hablado. Les digo que el sindicato me ha robado cuarenta y cinco de los grandes; les pido que me hagan un favor y les roben a su vez en cuanto tengan la oportunidad. Quizá la mitad de ellos no tome mi propuesta en consideración. La otra mitad son como yo; están preparados para realizar el trabajo. Muchos de nosotros somos así. Ustedes, los pertenecientes a una organización, son un blanco perfecto. Entramos en un establecimiento del sindicato y miramos a nuestro alrededor, y lo pesamos detenidamente... pensamos en ello como un trabajo. No hacemos nada porque ustedes están en el mismo lado que nosotros, pero lo pensamos. Desde hace años tengo planeados tres asaltos al sindicato, pero nunca los he realizado. Lo mismo ocurre con muchas personas a las que conozco. Pero de repente les dan luz verde, tienen la excusa. No la desaprovecharán.

—¿Y compartirán el botín con usted?

—Claro que no. Yo recuperaré mi dinero a través de ustedes, personalmente. Se lo quedarán para ellos. Y a ustedes les costará mucho más que cuarenta y

cinco mil dólares.

Fairfax se restregó el bigote.

—No sé si esto es una baladronada o no —dijo—. No conozco a los de su clase. Pero si se parecen en algo a las personas que conozco, es una baladronada. Las personas que conozco se preocupan de conservar su pellejo, no el mío.

Parker volvió a sonreír.

—Yo no digo que vayan a hacerlo por mí —aclaró—. No lo harán porque sea yo, sino porque tienen planeado un asalto al sindicato y lo único que necesitan es una excusa. —Volvió a coger la pistola con la mano derecha—. Sáquese los dedos de la cara.

Fairfax dejó caer la mano sobre las piernas, rápidamente, como si tocarse el bigote fuera un hábito que intentara corregir. Se aclaró la garganta y dijo:

—Quizá sepa de lo que está hablando; es posible.

—Dígaselo a Bronson. —Parker señaló el teléfono—. Llámeme ahora mismo. Dígale lo que le he explicado. Si contesta que no, usted morirá y a él le costará dinero. De todos modos, tendrá que pagarme antes o después.

—Le llamaré —aseguró Fairfax—, pero no servirá de nada.

Parker escuchó mientras Fairfax llamaba a Bronson al Hotel Ravenwig de Las Vegas. Le hicieron esperar un poco porque Bronson no estaba en su habitación y tuvieron que buscarle, pero finalmente se puso al teléfono y Fairfax le transmitió el mensaje, incluida la amenaza de Parker.

—No sé si fanfarronea o no. Dice que no lo harían por amistad con él, sino porque quieren asaltar algunos de nuestros establecimientos desde hace años.

Después de esto hubo una pausa. A continuación dijo:

—No, no lo creo. Es duro, eso es todo. Duro y decidido y no le importa nada más.

Parker se cambió la pistola de mano. Fairfax volvió a escuchar, y después alargó el teléfono a Parker.

—Quiere hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Sobre las condiciones.

—Colóquese junto a aquella ventana.

Fairfax dejó el auricular encima de la mesa, se levantó y se dirigió hacia la ventana. En ese momento empezaron a oírse ruidos en el dormitorio contiguo. Fairfax hizo una mueca y dijo:

—Tendré que reemplazar a esos dos.

—Ha sido culpa de usted —replicó Parker—. No se haga llevar las maletas por sus guardaespaldas. —Se acercó al sofá, tomó asiento en el lugar donde Fairfax había estado sentado, y se llevó el teléfono a la oreja—. Vamos a ver, ¿de qué se trata?

—Es usted una molestia, Parker —dijo la airada voz de Bronson—. Es una irritación, como un mosquito. Está bien. Cuarenta y cinco mil dólares es una bagatela. Una cantidad pequeña, para canallas pequeños con una mente pequeña. Para librarse del mosquito, está bien... me desharé de usted con cuarenta y cinco mil dólares. Pero déjeme decirle algo, Parker.

—Dígamelo —repuso Parker.

—Es usted un hombre marcado. Recibirá su maldito dinero y después será hombre muerto. Ya lo sabe. No enviaré a nadie determinado en su persecución. No pienso malgastar tiempo ni dinero. Me limitaré a correr la voz. Un insignificante ladronzuelo llamado Parker, diré. Si te topas casualmente con él, mátales. Eso es todo, sólo si te topas casualmente con él. ¿Sabe de lo que estoy hablando, Parker?

—Por supuesto —contestó Parker—. Carter me lo explicó todo. Son tan importantes como el servicio de correos: Están esparcidos de costa a costa. Tendría que buscarle en las páginas amarillas.

—No podrá ir a ninguna parte, Parker. A ninguna parte. La organización le encontrará.

—La organización no dispone ni de tres hombres que puedan matarme. Envíe a sus Mal Resnick tras de mí, Bronson. Envíe a sus Carter y a sus Fairfax. Envíe a sus guardaespaldas. Tendrá que contratar a mucha gente nueva, Bronson.

—Muy bien, jugador de segunda clase —dijo Bronson con furor—. Siga fanfarroneando. Ahora dígame dónde quiere que le deje sus malditos cuarenta y cinco mil dólares.

—Hay un barrio de Brooklyn —explicó Parker—. Carnasie. Hay una estación de metro cerca de allí. Dos hombres, con el dinero en efectivo dentro de un maletín, estarán allí a las dos de la madrugada de mañana. Yo estaré en el andén. Ningún billete por encima de cien, ninguno por debajo de diez. Si es un material impreso por ustedes mismos, será mejor que envíe a dos hombres de los que pueda prescindir. Si envía a más de dos, el mosquito le chupará la sangre.

—Siga fanfarroneando, Parker —dijo Bronson—. ¿Cómo se llama esa estación de metro?

—Es el final de la línea.

—Para usted también, Parker.

Bronson colgó.

Parker volvió a dejar el auricular encima de la horquilla y se puso en pie. En el dormitorio proseguían los ruidos. Fairfax se tocaba el bigote con las yemas de los dedos. Cuando Parker se levantó, pareció darse cuenta repentinamente de que lo estaba haciendo, porque bajó la mano con rapidez y se mostró desconcertado.

Parker dijo:

—Tiene suerte, Fairfax. Su jefe ha cedido más fácilmente de lo que suponía. Y es una pena. Me hubiera gustado terminar con usted. —Después sonrió—. Quizá piense traicionarme. Quizá intente tenderme una trampa. Entonces podré volver.

Fairfax se tocó el bigote.

—Voy a despachar a esos dos —dijo.

Parker meneó la cabeza.

—No servirá de nada.

El impulso le hizo seguir avanzando. Ya ni él mismo estaba seguro de cuánto era una fachada para impresionar a la organización y cuánto era él mismo. Sabía que era duro, sabía que se preocupaba menos de las emociones que otras personas. Pero nunca le había gustado la idea de matar. Y ahora ni él mismo estaba seguro de si sólo había pretendido asustar a Fairfax o si realmente había pensado cumplir su amenaza.

Era un impulso, nada más. Dieciocho años en un negocio, haciendo una o dos operaciones limpias, rápidas y sencillas al año, viviendo relajado y cómodo en hoteles de lujo durante el resto del tiempo con una mujer que le gustaba, y de repente todo cambiaba. La mujer había desaparecido, la línea de conducta había desaparecido, el relajamiento había desaparecido, la limpia rapidez había desaparecido.

Pasó varios meses en una granja-prisión por vago, pasó más de un mes atravesando el país como un peregrino, y dedicó tiempo, esfuerzo y pensamientos a una operación que no era limpia ni rápida ni sencilla, y que no le produciría ni un centavo: la búsqueda y el asesinato de Mal Resnick. Y más asesinatos, y amenazas al sindicato sin ninguna razón de peso, como si durante dieciocho años hubiera estado almacenando toda la mezquindad y toda la perversidad, y ahora tuviese que darles salida.

No sabía si podría conseguirlo, si podría asaltar al sindicato y salir impune, y

en realidad no le importaba. Lo estaba haciendo y seguía avanzando llevado por el impulso, y esto era lo único que importaba.

Y ahora, otro asesinato. Estaba apoyado contra un árbol, en la oscuridad de la avenida Farragut, mirando la barraca que albergaba la compañía de taxis de Stegman, esperando que Stegman saliera. Stegman había mentido, pues sabía cómo ponerse en contacto con Mal. Se había puesto en contacto con Mal. De otra forma, Mal no se habría asustado de aquel modo.

De modo que ahora también tenía que zanjar una deuda con Stegman. De la fácil y conocida línea de conducta a esta nueva, el cobro de deudas. Mal le debía algo, Lynn le debía algo, el sindicato le debía algo, Stegman le debía algo. Todos le debían algo y él cobraba. Era una nueva línea de conducta, pero sería bueno llegar finalmente al término de ella y volver a la antigua.

Tendría que buscar a otra Lynn. Había muchas, en torno a las piscinas de los hoteles de lujo. Y esta vez sabría vigilarla más de cerca y no enamorarse.

Era más de medianoche. Si Stegman no aparecía pronto, tendría que esperar hasta después del pago. Stegman estaba allí dentro, con sus camaradas de póquer. Parker les había visto entrar, había visto encenderse la luz de la habitación trasera, y ahora estaban jugando al póquer. Pero la partida tenía que acabar alguna vez.

Parker había ido a una cafetería cercana alrededor de las diez para tomar una hamburguesa y un café, y cuando regresó la luz seguía encendida y los coches de los jugadores seguían aparcados en la avenida Farragut; la partida continuaba.

Parker encendió otro cigarrillo y dio la vuelta al árbol. Aquí había árboles a ambos lados de la calle, y casas particulares, de una y dos familias. Era como una pequeña ciudad, o la zona residencial de una ciudad mediana. No parecía Nueva York.

Parker dio la vuelta al árbol y miró hacia el final de la oscura manzana, donde había visto a una pareja de adolescentes hacía media hora. Salieron a un porche y un columpio chirrió durante un rato, pero ahora no emitía ningún sonido. No podían verle, y él tampoco a ellos.

Todo el mundo seguía una línea de conducta. Ellos también; una línea de conducta muy sencilla, que sin duda cambiaría. El también; una línea de conducta muy complicada, que sin duda cambiaría. Muy pronto.

La puerta de la choza se abrió y los jugadores de póquer salieron. Parker echó a andar manzana abajo, alejándose de la barraca y mirando por encima del hombro. Stegman permaneció un momento en el umbral, hablando con dos de

ellos, y después volvió a entrar en el barracón. Las luces de la habitación trasera continuaron encendidas. Los jugadores de póquer subieron a sus coches y se marcharon.

Llegó un taxi y el conductor entró en la cabaña, y después volvió a salir, se metió en el vehículo y se alejó. El tipo de la radio estaba en la habitación delantera, Stegman en la habitación trasera, y nada más.

Parker cruzó la calle. Dio la vuelta hasta la parte posterior y miró por la ventana. Stegman estaba sentado ante la mesa, jugando manos de póquer, haciendo apuestas imaginarias. Aquélla noche debía de haber perdido.

Parker volvió a la parte delantera. El tipo de la radio estaba sentado frente a su aparato, leyendo un libro de bolsillo. Parker entró, enseñó su pistola al hombre y dijo:

—Estese quieto.

Era un empleado distinto de la última vez.

—Aquí no tenemos dinero —dijo el hombre—. No lo guardamos aquí.

—Cállese —replicó Parker. Se acercó a la otra puerta y la abrió—. Salga, Stegman.

Stegman dio un salto y se le cayeron las cartas de las manos.

—Oh, Dios mío —susurró—. ¡Oh, Dios mío!

—No tardará mucho en verle —dijo Parker—. Salga de aquí.

Agitó la pistola con impaciencia y Stegman salió, temblando, inseguro sobre sus pies. Toda clase de mentiras acudieron a sus labios, pero no llegó a decir ninguna.

Parker se colocó detrás de él.

—Nos vamos a dar un paseo —anunció—. Cogemos el mismo coche de la última vez. Aguijoneó a Stegman con la pistola en la nuca.

Subieron al coche. Stegman se colocó detrás del volante, y lanzó una mirada a la radio debajo del salpicadero, lamiéndose los labios.

Parker dijo:

—¿Cree que estará llamando a la policía? ¿O a los otros chóferes? Conéctela y oigamos lo que está diciendo.

Stegman conectó la radio. Tenía los dedos húmedos de sudor y le costó un poco dar la vuelta al botón. La radio sólo emitía descargas eléctricas, de modo que el empleado debía estar al teléfono, llamando a la policía.

—Iremos por ahí —dijo Parker, señalando con la pistola hacia la avenida Rockaway.

Stegman puso el coche en marcha. Lo caló enseguida porque el nerviosismo le hizo soltar el embrague con demasiada rapidez. La segunda vez lo puso en movimiento. Salieron a la calle y enfilaron la avenida Rockaway.

Parker ordenó:

—Gire por la primera a la izquierda.

Stegman giró a la izquierda, por la calle 96 Este, una bocacalle de otra bocacalle, soñolienta y oscura, y Parker dijo:

—Aparque junto a la acera. Pare el motor.

Stegman obedeció. Parker dejó la pistola sobre sus rodillas y con el filo de la mano golpeó la nuez de Stegman. Éste se quedó sin aliento, se le cayó la cabeza hacia adelante y se atragantó cuando intentó respirar.

—Me dijo que no más favores —le recordó Parker—. Debería haber mantenido su palabra.

Agarró a Stegman por el cabello y le empotró la cara en el volante. Después le golpeó de nuevo, con el lado de la mano, en la parte inferior de la nariz. La cabeza de Stegman cayó hacia atrás. Con la fuerza suficiente, esto significaba un dolor insoportable. Con más fuerza, significaba la muerte. El golpe no fue lo bastante fuerte para matar. Stegman gimió y burbujas de saliva aparecieron en las comisuras de su boca. Parker se sintió súbitamente asqueado. Aquello no le satisfacía, sólo quería terminar de una vez. Cogió la pistola por el cañón, la descargó cuatro veces y Stegman dejó de existir.

Parker limpió la culata de la pistola con la chaqueta de Stegman y bajó del coche. Se metió el arma dentro del cinturón y bajó por la calle Glenwood hasta el final de la manzana, subió por la avenida Rockaway y cruzó la calle en dirección a la entrada del metro.

Ése tramo del metro era un tanto peculiar, ni ferrocarril subterráneo ni elevado: Los raíles estaban tendidos al nivel del suelo, un par a cada lado, y terminaban en el otro extremo del andén. Final de la línea.

A la derecha estaban las vías muertas, llenas de polvorientos vagones. Más allá había varias hileras de casas nuevas, todas ellas de ladrillo y dos pisos de altura, donde vivían los conductores, y algo más lejos un gran edificio, de siete pisos de altura, donde vivían los demás empleados de la compañía. El terreno era llano, completamente llano.

Dos trenes flanqueaban el andén, con las puertas abiertas. Un letrero luminoso colgado bajo el tejado del andén decía SIGUIENTE TREN, y una flecha

señalaba hacia la izquierda. Un hombre corpulento, con una chaqueta de pana, se hallaba sentado en el banco del andén, leyendo el News, con una cesta de almuerzo junto a él.

Parker se dirigió hacia allí y tomó asiento al lado del hombre. Cogió la cesta, la abrió y vio la Luger guardada en su interior. El hombre soltó el News y alargó un brazo hacia la cesta.

Parker meneó la cabeza, puso la cesta encima del banco, fuera del alcance del hombre de la Familia y dijo:

—Le aconsejo que suba a ese tren antes de que arranque.

El hombre volvió la mirada hacia los torniquetes, la taquilla y los lavabos, después se encogió de hombros y se levantó. Dobló el periódico, se lo colocó debajo del brazo y subió al tren.

Parker se levantó y echó a andar hacia el final del andén, con la cesta en la mano. Los lavabos estaban en una barraca de tablas algo separada en el mismo andén, pasado el final de las vías. Había una antesala con un radiador, para esperar en invierno, y las dos puertas verdes. Parker entró en el lavabo de caballeros. Dos individuos con camisa de franela y pantalones color caqui estaban allí, sin hacer nada. El faldón de la camisa les salía fuera de los pantalones.

Parker abrió la cesta, extrajo la Luger y se las enseñó:

—Quítense la camisa —ordenó—. No metan las manos por debajo de ella.

Uno se dispuso a obedecer, pero el otro parpadeó con sorpresa, sonrió y dijo:

—¿Qué pasa?

Parker esperó, haciendo caso omiso de la pregunta. Él que había empezado a desabrocharse el primer botón titubeó, y miró a su compañero. La sonrisa del compañero se debilitó y dijo:

—No sé qué pretende, amigo. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema —replicó Parker—. Quítense la camisa.

—Es que no quiero quitármela.

—Apretaré el gatillo cuando arranque el tren —le anunció Parker—. Si prefiere que no espere tanto, desobedézcame.

El que vacilaba dijo:

—Al diablo con todo. Haz lo que dice, Artie. ¿De qué te servirá no hacerlo?

Artie reflexionó, se encogió de hombros y empezó a desabrocharse la camisa. Ambos se quitaron la camisa y la sujetaron con una mano. Ambos

llevaban dos pequeños revólveres metidos en la cinturilla de los pantalones, debajo del cinturón.

Parker dijo:

—Dense la vuelta. —Los dos hombres así lo hicieron, y él se acercó, les quitó las armas y las dejó dentro del lavabo. Después dijo—: Su tren está a punto de salir. Será mejor que se den prisa.

Volvieron a ponerse la camisa sin comentarios y abandonaron la habitación. Parker echó las cuatro armas en un retrete y salió de nuevo al exterior. Echó a andar a lo largo del tren que iba a salir y vio a los dos hombres con el individuo de la chaqueta de pana. Los tres estaban sentados juntos, hablando. Levantaron los ojos y le vieron pasar.

En el otro extremo del andén se encontraba el edificio de la terminal, alto y estrecho. Junto a él había una máquina de coca-cola, y un hombre con americana y corbata que llevaba un maletín y tenía una botella de coca-cola en la mano. Estaba allí cuando Parker entró en el andén, y seguía en el mismo sitio. Parker aún no le había visto beber un sorbo de la coca-cola. Miraba hacia los trenes de las vías muertas.

Parker fue hasta el extremo del andén se detuvo junto a la máquina de coca-cola:

—¿Tiene cambio de veinticinco centavos? —preguntó.

—Desde luego —contestó el hombre.

Dejó la botella de coca-cola encima de la máquina, se cambió el maletín de mano y rebuscó en el bolsillo de los pantalones. Parker abrió la cesta de picnic y sacó la Luger. Estaba de espaldas al andén.

—Enséñeme lo que lleva en el maletín —ordenó.

—Desde luego —volvió a decir el hombre.

No parecía sorprendido, desató las dos correas y levantó la solapa. Hizo ademán de meter la mano en su interior y Parker meneó la cabeza. El hombre sonrió y se limitó a separar los compartimentos del maletín. Dentro había una pistola de precisión del 25, con cañón largo.

—Vuelva a cerrarlo —dijo Parker. El hombre lo hizo así—. Déjelo al lado de la máquina y suba al tren.

Siguió al hombre con la mirada mientras andaba por el andén y subía al mismo vagón que los otros dos. Unos minutos después, el revisor y el maquinista bajaron ruidosamente por la escalera exterior metálica del edificio de la terminal y abordaron el tren.

Las puertas se cerraron y el tren arrancó. El letrero luminoso se apagó y volvió a encenderse para informar de que el siguiente tren era el del otro lado.

Al cabo de media hora, a la una y veinte, llegaron otros cinco individuos, con trajes llamativos y estuches de instrumentos musicales. Se apearon del tren y permanecieron junto a él, riendo y hablando a gritos, y Parker esperó diez minutos frente a la máquina de coca-cola, para asegurarse. Al ver que seguían sin dar muestras de querer marcharse, estuvo seguro.

Se acercó, se presentó y dijo:

—Será mejor que se apresuren si no quieren llegar tarde al concierto. De lo contrario, pueden demostrarme sus dotes musicales aquí, ahora mismo.

Los otros cuatro miraron al que llevaba el estuche del trombón. Éste miró el tren parado junto a ellos, con los pasajeros a bordo, a la mujer de la distante taquilla y al edificio de la terminal. Su coche no se encontraba todavía fuera, de modo que se abstuvieron de toda representación.

A las dos menos cuarto, una mujer se apeó de un tren y dejó un maletín sobre el banco del andén. Parker la alcanzó y se lo devolvió. Pareció asustada cuando él se lo alargó y apresuró el paso hacia la calle. Cuando hubo desaparecido, Parker entró en la cabina telefónica del andén y llamó al apartamento de Fairfax. Fairfax contestó y Parker reconoció la voz.

—Acabo de librarme de la mujer con el maletín —dijo. Aún no he matado a ninguno de estos sujetos, pero mataré al próximo. Y si el dinero no llega, iré a hacerle una visita.

Fairfax repuso:

—Espere un momento. —Hubo una pausa y después Fairfax habló de nuevo —. Tardará un poco.

—Está bien —contestó Parker.

No apareció ninguno más. A las tres menos veinte, llegó un tren y dos hombres se apearán juntos de él; uno llevaba una maleta. Se acercaron a Parker, que estaba sentado en el banco, y dejaron la maleta junto a él. Dieron media vuelta para marcharse, sin una palabra, pero Parker les ordenó: Esperen.

Los hombres se volvieron y Parker señaló la maleta:

—Ábranla.

Ellos se miraron y se humedecieron los labios. No sabían si contenía explosivos o no. Finalmente, uno de ellos abrió los dos cierres y levantó la tapa. En el interior no había nada más que dinero.

Los dos hombres exhalaban un suspiro de alivio y Parker dijo:

—Está bien. Vuelvan a cerrarla.

Ellos así lo hicieron, y echaron a andar por el andén en dirección a la salida y la calle.

Había tres modos de salir de allí. Había el metro. Había el autobús que llegaba hasta el extremo del andén, para los que tenían que hacer transbordo en esa estación. Había la salida que conducía a la calle. Tomara el camino que tomase, le estarían esperando.

Fue hasta la máquina de coca-cola y dejó la maleta en el suelo. Cambió la Luger de la cesta del almuerzo al bolsillo lateral de sus pantalones y la pistola de precisión pasó del maletín a su cinturilla, junto al bolsillo derecho de la cadera. Aún tenía la pistola del señor Carter, y la empuñó en la mano izquierda.

Recogió la maleta, fue hasta el otro extremo del andén y bajó los escalones situados más allá de un letrero que decía: SOLO EMPLEADOS. Había un tablón de madera levantado sobre el tercer raíl.

Parker pasó cuidadosamente por encima y se dirigió hacia las vías muertas. Allí estaba muy oscuro y nadie le prestó atención.

Atravesó cuidadosamente la zona de vías muertas, procurando no rozar siquiera la cubierta de madera de cada tercer raíl, y al fin los dejó atrás y llegó a un sendero de gravilla cubierto de maleza. Aquí había más luz a lo largo del sendero, y extremo sus precauciones andando por el lado más oscuro. Al fondo se divisaba la calle Glenwood, con coches aparcados junto a ambas aceras y las hileras de casas a lo largo de las bocacalles. No pudo ver si había alguien en los coches.

El sendero proseguía a través de una abertura en la verja que rodeaba las vías muertas. Parker se detuvo junto a la verja, observó, escuchó y después la traspuso y giró a la izquierda, en dirección contraria a la avenida Rockaway y la entrada del metro. Llevaba la maleta en la mano derecha, y la pistola en la izquierda, pegada al costado.

Cruzó la calle, porque tres muchachos de color andaban en su dirección por el mismo lado, vestidos con impermeables y sombreros de ala ancha y cantando con voz de falsete. Anduvo dos manzanas y giró a la derecha donde comenzaba la barriada en construcción, y arrojó la pistola del señor Carter en una papelera. No era probable que quien la encontrara en aquel barrio diera parte a la policía.

Se cambió la maleta a la mano izquierda y siguió andando con la mano derecha cerca del bolsillo donde había metido la Luger. Los neumáticos de un

coche chirriaron al doblar la esquina que él acababa de dejar atrás.

A su derecha había un solar nivelado, en el que las casas aún no habían empezado a construirse. Se metió en él, sacando la Luger del bolsillo, y uno de los ocupantes del coche disparó demasiado pronto. Se dejó caer al suelo y el coche siguió adelante, doblando la otra esquina con un chirrido.

Se puso en pie y se internó en el solar.

Una alta pared de madera separaba el solar de los patios traseros de las casas que daban a la siguiente calle. Se agazapó junto a la pared, con la Luger en la mano, y esperó.

El mismo coche volvió a dar la vuelta a la manzana, esta vez más despacio, y se detuvo a poca distancia de él. Parker se hallaba envuelto en la más completa oscuridad y no podían verle. Al cabo de un minuto, la puerta trasera del coche se abrió y bajaron dos hombres.

Entraron en el solar donde se había escondido, dieron unas cuantas vueltas y salieron nuevamente a la calle.

Se quedaron junto al coche, y al cabo de unos minutos aparecieron otros dos coches y aparcaron. Varios hombres se apearon de ellos, y celebraron una conferencia. Después, dos de los coches volvieron a alejarse en dirección a la esquina y la avenida Flatlands, a poca velocidad. Uno giró a la derecha, y el otro a la izquierda.

El tercer coche permaneció donde estaba. Tres hombres bajaron de él, cruzaron la calle y desaparecieron en la oscuridad, entre los edificios de la barriada en construcción. El conductor se quedó en el coche, fumando un cigarrillo, y observando el solar.

Parker retrocedió hasta la calle Glenwood a lo largo de la cerca, dejando la maleta junto a ella. Llevaba la Luger en la mano derecha, y la pistola de precisión en la izquierda. Mantuvo las manos pegadas al cuerpo mientras andaba.

Cuando llegó a la calle Glenwood, salió a la acera y empezó a silbar.

Siguió adelante, sin dejar de silbar, dobló la esquina y continuó andando hacia el coche. El conductor le observó por el espejo retrovisor, pero no llevaba ninguna maleta y silbaba.

La ventanilla del coche estaba abierta. Cuando Parker llegó a su altura, se volvió e introdujo el cañón del arma por la abertura, apuntando al conductor, y murmuró:

—Ni una sola palabra.

El conductor se quedó inmóvil, con ambas manos aferradas al volante.

Parker dijo:

—Pase a este asiento y baje por este lado. —Dio un paso atrás y el conductor obedeció—. Ahora métase en este solar.

Los dos fueron hasta el lugar donde había dejado la maleta. Cogió la Luger por el cañón, la descargó con fuerza y el conductor se desplomó. Dejó la pistola de precisión junto a él, recogió la maleta y volvió rápidamente al coche.

Se puso al volante, arrancó y se alejó a toda velocidad. Cuando daba la vuelta a la esquina, un hombre salió corriendo de uno de los edificios en construcción que había a mitad de la manzana.

Aparcó el coche en la avenida Flatbush, cerca del Grand Army Plaza, y tomó un taxi que le llevó a Manhattan.

Encima de la cama había mil seiscientos billetes de color verde, agrupados en fajos de cincuenta.

Había veinte fajos de billetes de diez, diez fajos de billetes de cincuenta, y dos fajos de billetes de cien. El total ascendía a cuarenta y cinco mil dólares.

Parker se sentó en una silla junto a la cama y miró su dinero. La maleta, ahora vacía, yacía en el suelo a sus pies. Había contado el dinero y todo estaba allí, y ahora lo contemplaba y se preguntaba cómo era posible que lo hubiera recuperado.

Sin embargo, no resultaba tan difícil de comprender. Se imaginaba cuál había sido el razonamiento de Bronson. Éste mosquito, este Parker, está causando problemas y desorganizándolo todo. Quiere cuarenta y cinco mil dólares. Muy bien, démosle los cuarenta cinco mil dólares.

Intentemos atraparle una vez hecha la entrega, pero si no podemos es igual, pues ya tiene sus cuarenta y cinco mil dólares. Por lo tanto no causará más problemas. Y la organización dispone de todo el tiempo y todos los medios para atraparle más adelante. No seguirá molestando a la organización, y la organización puede ocuparse de él cuando más le convenga. Cuarenta y cinco mil dólares no es tanto, si se tienen en cuenta los beneficios.

Éste era el punto de vista de Bronson. El suyo también era sencillo: había seguido una línea de conducta durante dieciocho años, y de repente había tenido que cambiarla. Un trabajo, el trabajo de la isla, había salido mal y le había obligado a cambiar de costumbres. Ahora ambos estaban muertos, Lynn y Mal, los dos que le habían traicionado. Y había vuelto a hacer el trabajo recuperando

su parte. No podía reanudar su vida habitual con un trabajo mal hecho a sus espaldas.

Ahora sí. Tenía dinero suficiente para dos o tres años de su antigua vida, y una operación de cirugía plástica. Tendría que ir a Omaha, a ver a Joe Sheer, y averiguar el nombre del médico que le había operado. Eso fue cuando Joe se retiró, hacía tres años. Se hizo cambiar la cara para no correr el riesgo de que algún viejo conocido se topara con él y le reconociera.

Con una cara nueva y con cuarenta y cinco mil dólares, la organización podría buscarle eternamente sin encontrarle jamás. Debería ser más cuidadoso que antes con las personas con las que trabajara, pero esto no era un problema. De todos modos, le gustaba elegir sus trabajos y sus compañeros.

Un trabajo se le había torcido, y él lo había enderezado. Era así de sencillo.

Se levantó, apagó el cigarrillo y cogió la maleta del suelo. Volvió a meter en ella los fajos de dinero, la cerró y la deslizó debajo de su cama. Después descolgó el teléfono, pidió que le comunicaran con American Airlines e hizo una reserva para el avión de las 3.26 h. de la tarde, con destino a Omaha.

Después encargó que le llamaran al mediodía, se duchó con toda calma y abrió la botella de vodka que había comprado en el camino de regreso. Ahora podía beberla; había terminado su trabajo y podía relajarse. En Omaha, quizá Joe pudiera encontrarle una mujer. Si no, esperaría hasta llegar a Miami.

Se despertó al oír el repiqueteo del teléfono y le avisaron de que era mediodía, el primer día de su nueva-vieja vida. El hotel no era tan bueno como los que solía frecuentar, pero no importaba. Ya estaba en el camino de regreso, al principio.

Se duchó otra vez, se vistió e hizo el equipaje. Salió de la habitación con dos maletas, la suya y la del dinero. Bajó en el ascensor y cruzó el vestíbulo, y el empleado de la recepción le señaló a dos hombres vestidos con trajes arrugados.

Fueron hacia él y titubeó, incapaz de creer que se atrevieran a intentar algo allí. Además, ¿cómo habían podido encontrarle? Era incomprensible. Pero iba desarmado, ya que se había deshecho de la Luger en la avenida Flatbush la noche anterior.

Los dos hombres le salieron al paso y uno de ellos se metió la mano en el bolsillo de la cadera, y Parker se puso en tensión, dispuesto a arrojarle la maleta con la ropa. Pero todo lo que salió del bolsillo fue una cartera. El dueño de la cartera la abrió con un golpe rápido, mostrando la placa sujeta al cuero, y dijo:

—¿El señor Edward Johnson?

¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?

—Sí —contestó, porque el empleado le había señalado—. ¿Qué ocurre?

—Queremos hablar con usted. —El hombre vestido de paisano miró a su alrededor—. En privado —añadió—. Iremos al despacho del director.

—¿Qué ocurre? ¿De qué se trata? —Tenemos que hacerle unas cuantas preguntas. ¿Quiere venir con nosotros?

Uno de ellos le asió del brazo izquierdo, suavemente. Sólo era hasta el despacho del director, de modo que no se resistió. No intentó adivinar qué ocurría. Les siguió, por su propia voluntad, esperando saber qué terreno pisaba antes de hacer algún movimiento.

Los tres empleados, detrás del mostrador, les miraron por el rabillo del ojo mientras los detectives le conducían hacia una puerta con el rótulo «Privado» y le hacían entrar en un pequeño despacho. La puerta de la habitación contigua, el despacho del director, estaba abierta, y el director les escudriñó desde el otro lado de su mesa.

Uno de los detectives fue hasta la puerta y dijo:

—No tardaremos, señor. Gracias por su cooperación.

—No hay de qué —repuso el director, que parecía desconcertado.

El detective sonrió y cerró la puerta. Después volvió a ponerse serio y dijo:

—Siéntese, señor Johnson.

Parker se sentó en el extremo del sofá más cercano a la puerta, dispuesto, esperando que le dijeran a qué se debía todo aquello. El silencioso permaneció junto a la puerta. El otro cogió una silla y se sentó al revés, de cara a Parker, con los antebrazos doblados sobre el respaldo y una pierna a cada lado.

—Hace dos días —dijo— estuvo usted en una tienda de comestibles de la calle Ciento cuatro Oeste, entre Central Park Oeste y la avenida Manhattan. Pasó unos minutos en la trastienda, hablando con Manuel Delgado, el propietario. Cuando dos agentes entraron en la tienda, usted declaró que había estado tomando un refresco con el señor Delgado en la trastienda, y que había ido allí en busca del hijo del señor Delgado, Jimmy. Declaró que usted y Jimmy Delgado habían trabajado para la misma compañía de transportes en Buffalo. También sacó a colación el tema de los narcóticos, aunque ninguno de los agentes había insinuado siquiera que estuviesen pensando en narcóticos o sospecharan que usted tuviera algo que ver con la droga. ¿Recuerda si fue así?

—Sí —contestó Parker.

No expliques nada, no te justifiques, no discutas. Espera a saber de qué se

trata.

El detective asintió.

—Muy bien —dijo—. También declaró que había sido despedido recientemente de una fábrica de la compañía General Electric de Long Island. ¿Es así?

—Eso es lo que dije —replicó Parker. El detective captó la matización.

—Pero ¿es cierto o no?

Así que habrían comprobado esa parte. Tendría que cambiar de historia.

—No —contestó Parker.

El detective asintió de nuevo.

—Exactamente; lo hemos investigado. La dirección de California que ha dado al hotel tampoco es cierta, ¿verdad?

—No.

—¿Querría explicarnos esas mentiras?

—A los policías hay que darles algunos datos —dijo Parker.

—Les confiesas que vas de un lado para otro y te arrestan automáticamente. Si les das algunos datos, te dejan en paz. Lo mismo en el hotel. Si no anoto una dirección permanente, el hotel me mira con malos ojos.

—Comprendo. —El detective volvió a asentir—. Entonces, la verdad es que es usted un vagabundo, que no tiene dirección, ni trabajo, ni nada, ¿verdad?

—Así es.

¿Y de dónde ha sacado el dinero para pagarse este hotel?

—Lo gané en una partida de dados.

—¿Dónde?

Parker meneó la cabeza. El detective enrojeció.

—¡No me menea la cabeza, granuja! No hubo ninguna partida de dados.

Parker esperó, dispuesto. Aún no había ninguna razón para hacer nada. Quizá más tarde pudiera desquitarse.

El detective se dominó.

—Está bien —dijo—. Levántese. Dé media vuelta. Toque la pared, encima del sofá, con las palmas de las manos.

El otro detective se acercó y le vació los bolsillos. Después le dejaron volver a sentarse.

El primero examinó su permiso de conducir. Lo hizo con más atención que nadie hasta el momento, y frunció el ceño. Le dio la vuelta y observó distintas

partes de él, después se pasó la lengua por la yema del pulgar y frotó el sello estatal. Miró a su compañero y sonrió con desdén.

—Una falsificación comentó. Y ni siquiera es buena. Toma, Mírala.

El otro detective miró el carnet y también sonrió; después alargó el documento a su compañero. El primer policía se lo ofreció a Parker, diciendo:

—¿Quiere que se lo devuelva, señor Johnson?

—No, gracias —repuso Parker. Usted lo ha echado a perder.

—Lo siento. ¿Cómo se llamaba la compañía de transportes para la que trabajaron usted y Jimmy Delgado en Buffalo?

Parker dio el primer nombre que se le ocurrió.

—Hermanos Lester.

El detective extrajo una agenda de bolsillo, la abrió, leyó algo y meneó la cabeza.

—Falso.

Parker preguntó:

—¿Le importa explicarme a qué se debe todo esto?

—No me importa nada —contestó el detective—. Porque después usted me explicará a mí a qué se debe todo esto. Un hombre interesado en narcóticos, como usted.

—Falso —dijo Parker.

—Jimmy Delgado —explicó el detective— ha sido detenido a las cinco de esta madrugada en la frontera canadiense, cuando regresaba de Montreal. Intentaba entrar en Estados Unidos con un cargamento de licor y marihuana. —Esbozó una fría sonrisa—. Ahora, señor Johnson —dijo—, usted me explicará a qué se debe todo esto. Me dirá cuál es su verdadero nombre y qué hace para ganarse la vida, y qué tiene que ver con ese cargamento que Jimmy Delgado pretendía introducir en este país.

Parker alzó las manos por detrás de la cabeza y se retrepó en el sofá. Empezó a cruzar una pierna sobre la otra, pero en lugar de ello lanzó el talón contra la cara del detective, justo encima de la nariz. Detective y silla cayeron hacia atrás, y Parker saltó del sofá y se abalanzó sobre el otro, que se disponía a desenfundar el revólver. Parker le golpeó en el estómago con la cabeza, que levantó rápidamente para alcanzar al detective en la barbilla. Después le pegó un puñetazo en la garganta.

Parker dio un paso atrás, tirando del detective por la corbata. El detective se tambaleó y cayó al suelo. Parker agarró la maleta del dinero, abrió la puerta y

echó a correr.

Cuando llegó a la puerta giratoria, oyó gritos a su espalda. El cristal de la puerta brilló y notó un tirón en el hombro.

Salió a la calle y vio un taxi detenido en la parada delante del hotel, esperando una carrera. Abrió la puerta, lanzó la maleta al interior y entró rápidamente.

—¡A la Grand Central! —gritó. ¡Una propina si llego a tiempo para tomar el tren!

Ya no había tiempo para ir al aeropuerto. La alarma llegaría primero.

—¡En marcha! —exclamó el taxista.

Se apartaron bruscamente de la acera, doblaron la esquina con un chirrido de neumáticos, mientras la luz se ponía roja, y zigzaguearon temerariamente a través del tráfico. Parker levantó la mano izquierda para tocarse el hombro derecho. La chaqueta estaba desgarrada, en la costura, pero la bala no le había tocado.

Extendió la mano y palpó la maleta, y era la que no debía ser. La examinó y volvió la cabeza para mirar por la ventanilla trasera. Los detectives tenían la maleta con los cuarenta y cinco mil dólares. Él tenía la maleta con los calcetines y las camisas.

El taxista preguntó:

¿A qué hora sale su tren?

—Acaba de salir —dijo Parker.

—¡Caray! —exclamó el taxista—. Realmente, no andaba usted muy sobrado de tiempo.

—Estaba bromeando. Aún hay tiempo.

Parker sonrió, enseñando los dientes y pensando: «¿Qué hago ahora? ¿Ir a ver al alcalde de la ciudad de Nueva York? ¿Decirle que la ciudad me debe cuarenta y cinco de los grandes?».

Cuando el taxi se detuvo, dio al conductor un billete de diez. Acarreó la maleta hasta el interior de la estación Grand Central. El reloj de encima de la rotonda señalaba las 12.53. Echó a andar a lo largo de las verjas, mirando las horas de salida hasta que encontró un tren que salía a las 12.58.

Uno de los lugares a los que iba era Albany.

Franqueó la verja y entró en el andén. Había un revisor junto a la entrada del primer vagón de pasajeros y le dijo:

—No he tenido tiempo de comprar el billete. Lo haré en el tren.

—Espere un momento.

Esperó, con la mirada fija en el lugar por donde aparecerían los policías si aparecían, y transcurrieron cinco minutos uno por uno. Después el revisor le dejó abordar el tren y le preguntó para dónde quería el billete.

—Albany —dijo Parker y el revisor escribió interminablemente en el billete y varios papeles, aceptó su dinero y le permitió ir a sentarse.

El vagón estaba casi vacío.

Se dejó caer en el primer asiento que encontró, con la maleta equivocada a su lado, y pensó en Omaha, Joe Sheer y la cirugía plástica. Necesitaría pasta para el cirujano. Tenía menos de dos mil dólares. Podía ocultarse unos días en casa de Joe Sheer, y después tendría que dar un golpe.

¿Quizá un golpe contra el sindicato? ¿Otra picadura del mosquito antes del cambio de cara? Era culpa del sindicato que ahora no tuviese los cuarenta y cinco mil dólares. Habían hecho un trabajo descuidado y chapucero, y Parker había logrado huir con el dinero, y ahora los cuarenta y cinco mil dólares debían tener desconcertada a toda la división de narcóticos.

Sí, un golpe contra el sindicato. Le gustaba la idea.

Bajó del tren en Albany, fue al aeropuerto y compró un billete para Omaha.

Parker y los otros tres hombres salieron del ascensor y enfilaron lentamente el rellano hacia la izquierda. Dos mujeres se dirigían hacia ellos, con abrigos de pieles encima de los hombros y los bolsos colgando del antebrazo. Al cruzarse, estaban hablando de tintes para el cabello. Siguieron andando hasta los ascensores y pulsaron el botón de descenso.

Parker murmuró:

—Esperemos hasta que se vayan.

Los cuatro siguieron adelante, dejando atrás la puerta que querían. En ella había un rótulo que decía: ST. LOUIS SALES, INC. El nombre de la ciudad era correcto, pero el resto era falso. Cerca de la mitad del dinero procedente de los corredores de apuestas de San Luis pasaba por allí.

Llegaron al final del rellano y se quedaron junto a la puerta de la oficina del fondo, una compañía representante de máquinas de escribir, hasta que las dos mujeres desaparecieron en el interior de un ascensor. Después, los tres hombres sacaron del bolsillo máscaras de Huckleberry Hound y se las pusieron. Parker se abstuvo; al fin y al cabo, su parte en este trabajo iría destinada a hacerse una cara nueva.

Volvieron sobre sus pasos, ahora más deprisa, hacia la puerta con el letrero

de ST. LOUIS SALES, INC. El hombre llamado Wiss extrajo un escoplo del bolsillo y lo cogió por el extremo de la hoja, como una porra. Era el único al que Parker no conocía; Joe Sheer se lo había recomendado. Los otros dos, Elkins y Wymerpaugh, habían trabajado con Parker en el pasado. Se detuvieron, flanqueando la puerta, dos a cada lado. Parker y Elkins empuñaban revólveres. Wiss descargó el mango del escoplo sobre el cristal de la puerta, que se hizo añicos hacia adentro. Antes de que el ruido se apagara, había lanzado el escoplo hacia el interior para dar algo en qué pensar a los que estaban en la habitación, y metido la mano en la abertura para abrir la puerta. Le dio un empujón y Parker y Elkins entraron, con las armas por delante.

Los tres hombres que había en el pequeño despacho se quedaron inmóviles. El encargado de la máquina sumadora permaneció sentado, con los dedos encima de las teclas, mirándoles. El que estaba en pie junto a la rejilla de ventilación se quedó con una mano debajo del brazo, a punto de sacar el arma de la pistolera. El que estaba sentado detrás de la otra mesa mantuvo la mano en el cajón que había abierto cuando oyó romperse el cristal.

—Manos arriba —ordenó Parker.

Wiss sacó su revólver, atravesó rápidamente la habitación y abrió la puerta del despacho interior, pero estaba vacío. Se volvió, diciendo:

—¡El jefe está fuera!

—Habrá ido a almorzar —dijo Parker. Salgamos antes de que regrese.

Wymerpaugh, apostado en el umbral y con la vista fija en los ascensores del fondo del rellano, alargó el maletín a Elkins. Elkins se acercó al tipo de la máquina sumadora y le ordenó:

—Arriba.

Sin bajar las manos, el hombre de la máquina sumadora se puso en pie y se apartó de la mesa. Elkins abrió el estuche de la máquina de escribir y metió los fajos de billetes escondidos en él dentro del maletín. Después devolvió el maletín a Wymerpaugh, cogió el maletín que llevaba Parker y fue al despacho interior. Wiss le siguió, sacándose más herramientas de los bolsillos.

El tipo sorprendido junto a la rejilla de ventilación dijo:

—¿Es que se han vuelto locos? Esto es dinero de la Familia.

Parker esbozó una sonrisa. ¿De verdad?

Se oyeron algunos ruidos procedentes del despacho interior, mientras Wiss y Elijas trabajaban en la caja fuerte. Wymerpaugh cerró la puerta y se inclinó para escudriñar el rellano por el agujero del cristal.

Elkins y Wiss reaparecieron. Wiss estaba metiéndose varias herramientas en los bolsillos y Elkins llevaba un abultado maletín.

Parker dijo al hombre de la rejilla de ventilación:

—¿Sabe quién es Bronson?

El tipo se encogió de hombros.

—He oído hablar de un individuo que se llamaba así. En el Este.

—Es él. Dígale que ha sido Parker dígale que el mosquito quería un interés sobre el préstamo. ¿Lo ha entendido?

—Eso no me importa.

Elkins devolvió el maletín a Parker, y después recogió todas las armas que había en la oficina y las tiró por el pozo de ventilación. Una vez hecho esto, dijo:

—Ahora no os mováis durante unos cuantos minutos, chicas.

Los cuatro salieron y se dirigieron hacia los ascensores. Wiss y Elkins y Wymerpaugh se quitaron las máscaras de Huckleberry Hound. Dejaron los ascensores atrás y salieron por una puerta con el rótulo de ESCALERA. Subieron dos tramos, franquearon la puerta de aquel rellano y se encaminaron al despacho del abogado: HERBERT LANSING, ABOGADO. Elkins abrió la puerta, y entraron.

Ésta parte era la mejor. Había sido idea de Parker. En un edificio de oficinas de ese tamaño, pensó, tenía que haber cuándo menos un despacho cuyo inquilino se fuera de vacaciones. Lo único que necesitaban era hacer averiguaciones en el edificio y esperar.

Cuando Herbert Lansing se marchó de vacaciones, Elkins lo averiguó por el ascensorista, que últimamente había sido su compañero de borracheras. Una incursión de Elkins y Wiss, en ropa de trabajo, para hacer una copia de la llave, y todo estuvo listo.

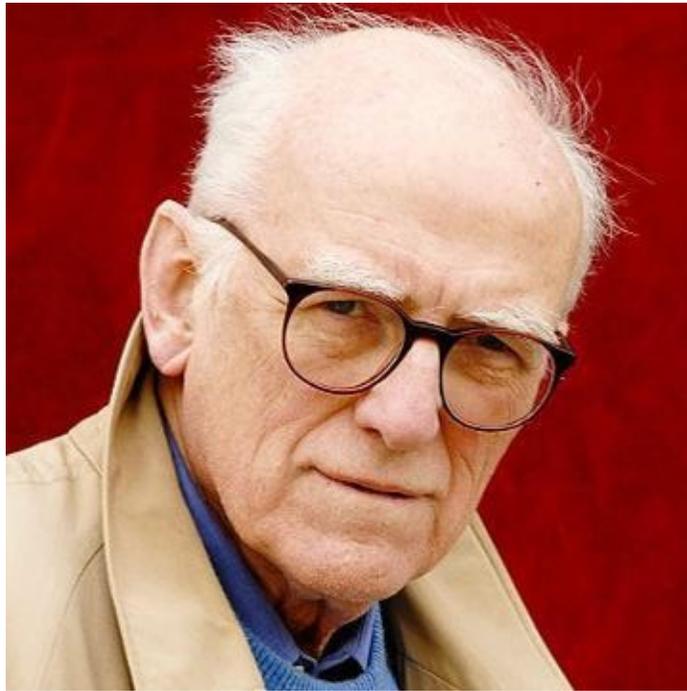
Entraron en el despacho, y Elkins abrió la botella de whisky que había guardado allí cuando hicieron la llave. Pasaron la botella de uno a otro y después vaciaron los maletines sobre la mesa del abogado e hicieron el reparto. El tercio de Parker —esto era lo que le correspondía— ascendía a veintitrés mil dólares.

Los guardó dentro de su maletín, tomó otro trago de la botella y se retrepó en la silla, sonriendo. La operación había sido un éxito. Había vuelto a su antigua vida.

Wymerpaugh sacó una baraja y jugaron al póquer hasta las cuatro y media. A esa hora Parker había aumentado sus ganancias hasta cerca de veintisiete mil

dólares. Los cuatro ordenaron el despacho, cerraron la puerta con llave y se separaron, dirigiéndose cada uno a un piso diferente.

Parker tomó un taxi hasta el aeropuerto Lamben de San Luis y alcanzó el avión de las seis y cinco con destino a Omaha. Ahora, una cara nueva, y los viejos hábitos. Miró por la ventanilla y sonrió. Miami estaba muy bien en esta época del año. O quizá prosiguiera hasta Los Cayos.



RICHARD STARK es uno de los seudónimos utilizados por DONALD E. WESTLAKE.

Donald E. Westlake nació en el neoyorquino barrio de Brooklyn en 1933 y falleció de una crisis cardíaca, el 31 de diciembre de 2008. Fue un autor que experimentó en todos los tonos del género criminal.

Tras servir en las Fuerzas Aéreas, comenzó su carrera literaria con la escritura de *The mercenaries*, en 1960. Ha publicado novelas juveniles, westerns y relatos, pero ha obtenido reconocimiento unánime en su especialidad, la novela policíaca.

Muchos de sus libros han sido llevados a la pantalla grande, entre ellos *The hunter*, que se convirtió en la brillante película de cine negro *Point blank*, (cuyo *remake*, *Payback*, tuvo un éxito arrollador en 1999), o *Two much*. Ha escrito para Hollywood los guiones de *The stepfatherly* y *The grifters*, nominada al Oscar al mejor guión. Ha ganado tres premios Edgar y ha sido nombrado Mystery Writers of America Grand Master en 1993. Ha utilizado también entre otros, los seudónimos de Cunningham, Alan Marshal, Edwin West, Edwina West, Edwin Wood, Tucker Coe, Timothy J. Culver, Samuel Holt, Curt Clark, Ben Christopher o Grace Salacious.

Podemos destacar las dos series dedicadas a sus personajes más relevantes: *Parker*, protagonista hasta 1974 de diecisiete novelas y que volvería a reaparecer en 1997 con *Comeback* y *John Dortmunder*, ladrón profesional, al que Westlake recurriría en diez novelas y ocho relatos.